

MARCELA GUIJOSA

Altar de muertos

memorias
de un mestizaje

Premio DEMAC 1993-1994

México, 1994

Altar de muertos

Memorias de un mestizaje

Por Marcela Guijosa. Primera edición, México 1994.

© Derechos reservados, primera edición, México, 1994 por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

segunda edición 1995

ISBN 968 - 6851 - 05 - 4

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios —incluidos los electrónicos— sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

***Este libro está dedicado
a todos los vivos y los muertos
de mi altar fundamental.***

*La cuestión del origen es para el mestizo la
central, la cuestión de vida o muerte.*

Octavio Paz

*¿Qué mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi Patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?*

Sor Juana Inés de la Cruz

*Si tú mueres primero,
yo te prometo,
escribiré la historia de nuestro amor,
con toda el alma llena
de sentimiento...
La escribiré con sangre,
con tinta sangre del corazón.*

*Nuestro juramento,
canción cantada por Olimpo Cárdenas*

Indice

Capítulo		Pág.
1	Sobre mi ser mestizo	11
2	El principio	13
3	Mueran los gachupines	16
4	La bola y Toño	19
5	Tepexpam uno	22
6	Domingos en Artes	31
7	Tepexpam dos	35
8	Hacia Belén	37
9	Mis abuelos primos	42
10	Escuelas varias	46
11	Ingenuidad	56
12	Decires	58
13	Mi tía Lines	59
14	Otros domingos	63
15	Misas, religiones, y otras vueltas	67
16	Un diálogo: no somos Pérez	73
17	Cariño Verdad	75
18	Los de San Felipe	78
19	El Sanatorio	85
20	Trabajos de mi padre	88

21	Mi tía Chiqui	93
22	En la casa	103
23	Memoria mestiza	111
24	Altar de muertos	112

1 | Sobre mi ser mestizo

Qué sencillo hubiera sido. Qué bonito un mestizaje completo. Como la historia esa de las razas, donde Dios mete a las esculturas humanas en el horno, y unos le salen crudos y es la raza blanca y los mejorcitos son los morenos, doraditos, bien hechos. Nosotros.

Como si Dios amasara lo indio con lo español, bien revueltas las masas, y al horno. Y saliera lo mexicano parejito parejito. Todos iguales, cafés con leche.

Que hubieran llegado los españoles y sin matar a nadie hubieran hablado con los indios. Que se hubieran puesto de acuerdo y cada español se hubiera juntado con una india y viceversa. Escojan sus novias y novios. Tengan hijos. Hagamos la nueva raza.

Y que todos tuviéramos unos tatarabuelos españoles y unas tatarabuelas indias y que los recordáramos con cariño, y que veneráramos por igual a las dos razas originales, míticas, que nos dieron la vida, padre de nuestra carne, madre de nuestra carne. Que vivieran sólo en nuestra memoria las dos culturas separadas y nuestra cultura mexicana hubiera salvado y practicara diario lo mejor de las dos, ya fundidas y amasadas e inseparables.

Que no fuera yo esta mezcla mal hecha, con partes sin revolver, con grumos de harina blanca y con terrones de azúcar morena que me duelen. Que estuviera yo toda del mismo color. Que mis sueños y mis dioses no me desgarraran jalando para dos lugares tan lejanos con todo el mar de soledad en medio.

Que mis pirámides fueran mías, completas, y que yo entendiera esa vieja lengua y esos viejos rituales y esas terribles serpientes emplumadas y esos cráneos que me miran en un idioma que no me sé.

Que no me pesaran tanto las catedrales con piedras vergonzosamente robadas de otra religión, que no anduviera yo cargando esa cruz tan pesada sobre este suelo de nopales y de órganos con mis rodillas desolladas y mis manos espinadas para ver a mi Virgen de Guadalupe.

Que no tuviera yo las raíces tan separadas que amenazan con partir mi tronco en dos. Que no estuvieran mis pies apoyados en tierras tan lejanas con mi sexo dolorido con un pedazo para allá y otro pedazo para acá, con mi vientre abierto, con mis piernas estiradas en un ángulo imposible para conservar el equilibrio.

O con el cuerpo y el alma tan lejanos, tan diferentes, con mi carne de esta tierra y de esta agua y de estos volcanes y mi espíritu en cambio tan invadido de latines y romances y guerras púnicas y sumas teológicas.

Que supiera yo quién soy todos los días sin tener que disfrazarme unas veces de huipil y de quesquémetl y otros de seda y de piqué y tira bordada porque sólo así es elegante en última instancia y los bordados de colores y las telas de algodón hechas a mano en telar de cintura son preciosos pero no es excelente presentación más que si vas a Cuernavaca un sábado o si trabajaras en el Colegio de México o en el Museo de Antropología y tal vez concursarías a ver quién tiene el mejor huipil amusco o guatemalteco pero encima eres de la clase media y ni tienes la lana para los que más te gustan ni para los modelos de gente decente de gente bien, lo que se dice bien, de traje sastre de lino con blusa de seda cien por ciento o con encajes de bolillo como los que tejía tu abuelita y ni siquiera eres tehuana para poder andar diario con tu blusa bordada y tus enaguas floreadas y tu collar de centenarios porque vives en la ciudad de México hoy en día en la posmodernidad y cuando vas a los pueblos y te vistes de india las indias te desprecian y hasta te insultan por usar unas ropas que no te pertenecen, con tu pelo corto casi rapado y con tus jeans de mezclilla, por más blusas de San Pablito y aretes de plata que traigas arriba, eres mitad y mitad, eres híbrida, eres partida en dos y no mezcla, eres sirena con tu cara de mujer y tus pechos y tus brazos femeninos y tus uñas pintadas y la otra mitad es de animal irracional, es ciega y submarina, con escamas azules y carne fría y antigua, con olor a pescado, con parálisis para caminar en la tierra, y dónde tendrás que vivir para sobrevivir, mitad aire y mitad agua, mitad sol y mitad sombra, mitad frío y mitad calor.

Y así eres toda mitad y mitad, mitad cristiana y mitad pagana y mágica y llena de idolatrías. Mitad masculina y mitad femenina, mitad libre y activa y valerosa, conquistadora, aventurera, evangelizadora, pedagógica. Y la otra mitad de noche, de luna, de agua y de sumisión, oscura y receptiva, fecunda, dormida, cíclica. Y loca, y húmeda, y pasiva. Pasiva raíz, pasiva leche, pasiva tumba.



2 | El principio

A mis diez años yo me sentía *mestiza*. Se me hacía muy fácil. Mi madre, Dolores Mendiola, de México. Mi padre, Vicente Pedregosa, de España. Yo simplificaba y veía a mi padre como un nuevo Cortés, guapo y aventurero, y a mi madre como una Malinche de Guanajuato. No entendía mucho de razas ni de historia, sólo sentía muy claramente dos mundos que me rodeaban, lo mexicano y lo español, dos culturas que yo no sabía que eran dos culturas; dos familias muy diferentes con sus costumbres y sus modos de hablar y sus comidas tan distintas, y un papá y una mamá teñidos con esas diferencias, y yo en medio, yo hija, yo mezcla, encontrando en mí marcas de los dos lados, a veces cómo te pareces a tu padre pero a veces eres idéntica que tu madre, y yo eligiendo a veces ser más esto que aquello, etiquetando mis pedazos para reconocermé, en la boca me parezco a mi mamá y en los ojos a mi papá y entonces ya tenía yo una boca mexicana y unos ojos españoles y más con la canción, qué padre tener ojos españoles, y olé y olé, y decidiendo que yo era más Mendiola que Pedregosa cuando algo de lo español no me gustaba, como los malditos pelos en todo mi cuerpo, en las piernas como de futbolista, en los brazos, en los cachetes, en los bigotes, en las cejas gruesas y casi juntas. Y mi mamá y mis tías cómo se angustiaban y un día mi mamá le preguntó al doctor Lastra, que era un viejo español nuestro pediatra que venía a la casa, “oiga, doctor Lastra, y esta niña porqué será tan peludísima”, y él contestó tranquilamente: “¡Bueno! ¡Seguro es exceso de hormonas masculinas!” Y yo aterrorizada oyendo —seguro igual de aterrorizada que mi mamá, que simplemente enmudeció— y desde entonces la pinche duda de mi feminidad qué, incompleta, anormal... Y desde entonces y desde siempre la angustia de mi madre por mis pelos y su preocupación por comprarme algún remedio, como el Plativel, que eran unos polvos azules que se mezclaban con agua oxigenada y que te decoloraba los pelos de los brazos y los bigotes y también la piel, porque te quedaba manchada como de blanco, de otro color que la tuya, y ardía muchísimo cuando te lo ponías, y de

todos modos se notaban los pelos, ahora amarillos o zanahorias, horribles, porque nunca aguantabas el tiempo suficiente para que quedaran *platinados*.

Oscilaba todo el tiempo entre los dos reinos, cambiando de nacionalidad a ratos, dependiendo de la conducta de mis padres o de mis amores y desamores con mis primos de ambas familias preguntándome todo el tiempo con quién te vas y yéndome alternativamente con melón o con sandía, y así me la he pasado toda mi vida, pensándolo bien, por más que ahora sí entiendo que cuál mestiza, si mi madre no es india aunque sea morena clara y nacida en San Felipe Torresmochas, Guanajuato, y aunque de chiquita le dijeran la Negra y su abuela racista le polveara la cara para que no se viera tan prieta y no la dejaba vestirse ni de verde ni de blanco ni de rojo porque iba a parecer, respectivamente, aguacate pellizcado o mosca en leche o cuchillada en perro prieto.

Y por más que he buscado entre las castas no encuentro en mis ancestros ningún tentenelaire ni ningún saltapatrás y más bien parece una familia de criollos. La única esperanza que tengo para seguir siendo mestiza la pongo en el árbol genealógico de mi mamá, más mítico que real, donde parece ser que uno de los primeros Mendiolas que se instaló en Guanajuato, proveniente del país vasco, casó con una india. Crucita, dicen que se llamaba, aunque a veces dicen que Soledadita y otras dicen que Romanita. “Mamá Romanita le decían, indita indita, con trenzas, morenita”, dice mi mamá. Yo quiero creer que sí, que sí tengo una abuela india, por favor. Eso de ser criolla no se oye bien. Si soy mexicana necesito ser mestiza.

Y luego mi papá, nacido en Madrid pero casi criollo, porque vivió aquí toda su vida y se fue amexicanando lenta pero inexorablemente por más que conservara con orgullo hasta el fin de sus días su decir castizo y exagerado salpicado siempre de coños y me cagos. Acabó echando raíces y transformándose, de tal manera que cuando fue a re-conocer su tierra, a los cincuenta y cinco años, se sintió extraño e incómodo y a veces como que no entendía los modos de hablar y de ser de sus congéneres de allá y regresó aliviado a su casa de la colonia Nueva Anzures, a su querida ciudad de México, a sus hijos y a su trabajo mexicano, para seguir haciéndose el muy español.

Y sí. Mi padre y su familia, eran lo español. España era Vicente Pedregosa. Y yo, edípica y enamorada, en mi niñez amaba mucho más a una España mítica que a este México tan cercano: con mi mamá, Dolores Mendiola, casi siempre estuve peleando.

Y entonces España era lo alegre, lo fuerte, lo ruidoso. México era lo débil, lo callado, lo sufridor. España era lo rico. México era lo pobre. España era la fiesta, la comida abundante, la paella, la ropa buena y elegante. México era lo cotidiano, lo simple, el quehacer de la casa, la ropa viejita, los regaños aburridos, la sopa de pasta y los frijoles. Todavía no me daba cuenta de que precisamente eso, ese México, era mi tierra y mi casa, mi madre, mi más profundo sustento.



3 Mueran los gachupines

En la secundaria tenía un maestro de historia que odiaba lo español. Su clase era muy moderna, comparada con las de las monjitas y otras viejas profesoras de mi primaria que creían que los españoles nos trajeron la Cultura, el Idioma, y sobre todo, la Verdadera Religión.

El odiaba con toda su alma a los gachupines. Y muchas niñas de mi salón, también. Yo participaba en las discusiones, apasionadamente, defendiendo a los españoles. Creo que aún sigo, todavía hoy. Cómo iban a ser malos mi padre y mis tías y mis abuelos. Cómo malditos gachupines. Cómo que mueran. Si en mi casa la palabra gachupines estaba prohibida. Se dice españoles. Y me defendía a mí, a la mitad de mi propia sangre, con dolor, con furia, y no entendía ni por qué.

Lo que sí sabía es que yo no era ni azteca ni maya ni zapoteca. Y sabía que mis compañeras tampoco. Pero yo me sentía diferente; mi color moreno aceitunado no procedía de lo indio, sino de mi sangre mora. "Morucha", me decía mi padre. Yo prefería ser morucha y no simplemente prieta; era más elegante la sangre árabe que la nahuatlaca.

Sin embargo, nunca me viví como española. Pero sí como *hija de españoles*, que así se decía, y era como tener una nacionalidad especial. Era lo más padre de ser mestiza.



Tienes esa parte española. La tienes viva, fuerte, rotunda. Casi como separada. La sientes como inteligencia, como valentía, como agudeza. Crees que significa claridad y fuerza.

Pero sientes esa parte tuya también como odio. Como desprecio. Es racismo, intolerancia, soberbia, sequedad.

Te hace odiar a México. Te hace sentirte superior a México. Como si no fueras mexicana, No te ves, no te encuentras aquí del todo.

Pero también eres. Esa es tu otra mitad. Y la odias. Odias ese silencio ladino y agachado, el complejo, la devaluación. La oscuridad de la piel y del alma.

Cuál grandeza mexicana. Cuáles aztecas. Cuál cultura, todo perdido, todo roto. No lo supiste defender nunca. Puras piedras borradadas, puros pedazos incomprensibles. Pura pobreza mugrosa. Lodo. Niños llenos de mierda y de mocos, niños chamagosos sin calzones, jugando en los charcos y en la tierra. Máscaras insensibles. Adultos que parecen retrasados mentales, rostros de palo, sonrisas estúpidas, caras de ídolos, sin expresión. Cuáles indios artistas, puros pendejos, puros vencidos.

Cuáles machos de verdad, cuáles valientes. Puros niños berrinchudos, violentos, hijos de la chingada. Puros pendejos asustados, fanfarrones borrachos, albureros. Tramposos y abusivos. Esa es la raza de bronce.

Y cuáles mujeres. Mierda de mujeres violadas, golpeadas, sometidas, calladitas. Ellas sumisas. Ellas detrás. Ellas incapaces de nada. Ellas lo que diga su señor. Ellas sucias, feas, pobres, siempre pobres. Avergonzadas. Mentirosas. Cabronas con sus niños. Con sus niñas sobre todo, odiando a las mujeres, odiándose a sí mismas, como tú. Pinches esclavas. Sin cuerpo, sin sexualidad. Con sus manos enrojecidas de lavar y lavar. Ellas planche y planche. Ellas sufre y sufre. Estúpidas, humilladas, manipuladoras, como a veces tú.

Ellas se apantallan, y ellos, como tú, con los gringos. Con los franceses. Con los extranjeros españoles, güeros, hermosos y blancos, como te apantallas tú.

Ellos y tú se vuelven serviles y obedientes. Se quedan pendejos con su sabiduría y su gracia. Con la seguridad que tienen cuando hablan, cuando caminan. Y llegan los chilenos y los argentinos y dominan. O los alemanes y los gringos. Llegan y al poco tiempo ya tienen sus casas chingonas en Tepoztlán o en Valle para los fines de semana. Sus dólares. Sus puestos importantes en el gobierno y en las universidades. Sus coches último modelo.

Y desde tu morenez y desde tu pobreza, desde tu impotencia y desde tus pedazos y tu suciedad y tu silencio los odias callada, aunque estés enamorada de ellos. Y cuando te hablan, ahí estás de nalgas prontas. Sí como no, desviviéndote por darles todo, por ser encantadora, por ser su sirvienta. Les das todo, actúas aplicadita para que te quieran, para que te reconozcan. A ver si se dan cuenta que tú eres como ellos. Si no eres tan, tan mexicana, eres hija de españoles, eres otra cosa.

Véanme, yo sí sé hablar y escribir. Sé cantar canciones en inglés y todo. Me sé zambas y chacareras. He ido a Europa y conozco París. Hasta sé bailar flamenco. Fíjense todas las monerías que hago, como perro, para que me quieran.

Para que no me desprecien como yo me desprecio. Para que no vean mi piel llena de cicatrices, mi pobreza y mi mugre, mi humildad, mi pobre casa. Para que no descubran mi parte india, sometida, apestosa, morena.



4 | La Bola y Toño

Y sin embargo bendito sea Dios que nunca *pronuncié*. Bendita mi madre que me enseñó a hablar en suavecito, en mexicano y en guanajuatense, con sus dichos, con sus válgame Dios y si Dios nos da licencia, con sus por favorcitos y si fuera usted tan amable.

Porque qué sangrones eran esos chavos, hijos de españoles, que hablaban con la zeta y con la cé y gritaban “qué hay, guapa”, cuando te saludaban.

Eran los de “La Colonia”. Nunca supe muy bien a quiénes comprendía esa colonia. La Colonia, se entendía, eran los españoles en México. Pero no eran todos. Eran más bien los ricos, eran más bien los franquistas. No los pobres ni los refugiados.

A mis dieciséis años, por mediación de mis primos los Valdepeñas, yo conocí a algunos muchachos y muchachas de esos. Se llamaban a sí mismos “La Bola”. Casi todos iban en la Ibero, y eran muy ricos. O por lo menos me lo parecían, porque eran mucho más ricos que yo. Eran todos *juniors* de industriales, comerciantes, panaderos, millonarios.

Pertenecer a la Bola era un honor para mí. Era pertenecer al mundo español, al mundo refinado y elegante de mis primos, que eran mis ídolos. Juan Ramón y Agustín eran grandes y eran más españoles que yo. Que ellos te invitaran a salir con sus amigos era una maravilla. Era relacionarte con gente bien. Era arreglarte los domingos. Era ir a comer a casa de mi abuela, pero era salirte acabando de comer, al cine, a tomar un café o una “limonada preparada”, a donde fuera, y no quedarte en la aburrición de jugar cartas toda la tarde.

Los de La Bola eran ruidosos y cantadores. Todos tenían coche. Se decía “los niños y las niñas de la Bola”, y así siguen hablando, aunque tengan cuarenta o cincuenta años. Los niños tenían coche, y pasaban por las niñas. Todos y todas vivían en Polanco. Las niñas iban guapísimas: estrenaban cada domingo. Usaban minifaldas y bolsas de piel chiquitas. Se peinaban de rol para arriba o de rol para

abajo. Algunas tenían el pelo más corto, como una que se llamaba La Chofi o como yo, con bastante crepé en la coronilla. Otras, cola de caballo en la nuca y un moñote rectangular. Como las Muñoz, que eran muy guapas: parecían sevillanas. Usaban zapatos de *Iberia*, padrísimos, chatos y de tacón gordo. Llevaban las uñas pintadas de blanco, cuadradas, y anillos de madera. Yo quería ser como ellas y me pintaba las uñas cuadradas de blanco y usaba anillos de madera —hasta que me salió una dermatitis por contacto, así dijo el doctor—. Los zapatos de *Iberia* y las bolsas nomás se me antojaban, porque eran carísimos.

Una vez me encontré un pedazo de tela en mi casa. Era horrible, de algodón corriente azul agua, de cuadritos, con unas rayas moradas. Yo a fuerzas quería estrenar, y puse a mi muchacha Ricarda, dos días antes, a hacerme un vestido, diseñado por mí: Línea A, con escarola en el escote. Y aunque Ricarda bastante hizo, quedó espantoso. No me quise dar cuenta, y así me fui el domingo, con mucha ilusión, pero a la hora de la hora me sentí horrorosa: pobre, corriente, inferior a ellas. Con mi vestidito que jamás iba a parecer de *El Corte Inglés*. Con mis taconcitos pirinola, picuditos, pasados de moda, de cuando mi papá tenía la zapatería.

Claro que fui absolutamente feliz cuando un día me dijo Juan Ramón, mi primo:

—Andale, Marcelita, ¿eh?... que le gustas a un niño de la Bola.

—¿Yo?— Yo ruborizada, apenada. —¿A quién...?

—A Toño Azcona... El otro día me dijo, “me gusta tu prima Marcela”-. Y se burlaba, se reía, me daba codazos.

Qué pena me daba, pero qué felicidad. Había yo sido elegida.

Y ya no recuerdo ni cómo, pero a la semana siguiente Toño me invitó a ir con él a la romería de la Cruz de Mayo. Y no sólo ir, sino ir en su camioneta.

La Cruz de Mayo era —y sigue siendo— todo un ritual entre la H. Colonia. Se hace el primer domingo de mayo, y tienes que ir vestida de manola, o sea, de sevillana, de olanes, de lunares, de peineta, de claveles en el pelo. Rápidamente mi mamá le habló a Pili Araujo, nuestra tía profesora de baile español para que me prestara un vestido. Era amarillo canario con olanes negros. Muy escotado. Pero me puse un mantoncito negro, con flecos, que me tapaba los granos de la espalda.

En la parte de atrás de la camioneta íbamos sentadas cinco chavas. Era una *pick-up*, y estaba toda adornada con mantones de manila y llena de claveles. Yo iba en medio, en el lugar de honor.

Desfilamos lentamente por todo Reforma, y luego fuimos un rato al Sanatorio Español. Les llevamos flores a los viejitos. Se llaman “los indigentes”, que viven en un pabellón especial, entre jardines y pajaritos. Es el asilo de la Sociedad de la Beneficencia Española. Mi papá, que siempre fue socio, nos decía que cuando ya estuviera muy viejo lo llevaríamos a los indigentes. Nunca lo llevamos. Se murió en el Sanatorio, pero no en el asilo.

Ese día, en la tarde, nos fuimos a la romería, al Club España. Aparte de ser como *kermesse*, con puestos de todo lo imaginable, arriba, en el salón, había baile. Y en la bailada, de cachetito, Toño ya medio borracho, se me declaró. ¿Quieres ser mi novia? Sí.

Juan Ramón mi primo me vino a regañar que porque estaba yo bailando muy pegada. No le hice el menor caso. Toño, sudoroso, jadeaba en mi oído. Y me cantaba “te quiero, baturra, como se quiere a una madre, como se quiere al dinero”. A mí me daba un poco de vergüenza eso de que me dijera baturra. Y eso de quererme como al dinero, me parecía demasiado materialista. Pero era mi primer novio y era bastante guapo y era hijo de españoles y era un niño de la Bola y yo me sentía la reina del mundo.

Ese noviazgo duró exactamente dos meses. Y luego sufrí todo un año por él. Escribía en mi diario de la japonesita todos los días. Más bien dibujaba “TOÑO” en todos los caracteres y tamaños posibles. Había una canción como juego de palabras que estaba de moda, y yo la usaba: *Toño, Toño, bo-boño, banana bana fo-foño, fi fai mo moño, to-ño*. Y eso que lo vi como cinco veces en mi vida, y ya. Porque mis papás pusieron el grito en el cielo, sobre todo porque tenía coche. Su papá se lo acababa de comprar, porque ya iba en la Ibero, en primero de Relaciones Industriales. Y se adornaba conmigo preguntándome: “¿te gusta el color vino?” Como para que yo decidiera el color, pero ya se lo habían comprado. Lo estrenó la semana siguiente a la Cruz de Mayo. Era un Opel último modelo.

Y que va a la prepa un día por mí. Y mi mamá, cuando lo supo, por poco se muere. “El coche es cama, mijita. Pobre de tí como te subas a ese coche”. Y yo muy obediente que le digo que ya no venga por mí. Luego, otro día, me invitó a tomar un café. A *Vips*, que estaba de modísimas, en su único local: Lomas. Y mi mamá me dejó ir, en el Opel, pero con mis tres hermanitos de chaperones. Si no, no. Y Toño, entonces, me dejó de hablar. Nunca terminamos bien. Pero ambos dejamos de salir con la Bola. Jamás lo he vuelto a ver.



5 | Tepexpam uno

Los domingos de mi infancia se repartieron equitativamente entre España y México: un domingo tocaba con la familia de mi padre y otro con la de mi madre.

Cuando nos tocaba con la familia de mi mamá, íbamos a la casa de mi tío Nito y mi tía Ester, a Tepexpam.

Fui a Tepexpam casi todas las vacaciones y la mitad de mis domingos desde que nací hasta que mis tíos dejaron de vivir ahí, que fue más o menos cuando cumplí quince años.

Tepexpam era intensamente México. Era la libertad, el aire, la tierra. Era abrir tus cinco sentidos y conocer de cerca las vacas, las víboras, las tuzas, los caballos y las hormigas en sus hormigueros. Era poder salirte de la casa y alejarte hasta donde quisieras, y jugar a la comidita con tierra y hojas y bolitas de los pirules. Era poder mirar un horizonte inmenso a tu alrededor. Los cerros. La huerta y el pozo. Era la vida simple, sin dinero, sencilla, feliz: subirte a los árboles, correr, platicar. Respirar.

La única libertad física que tuve en la infancia estuvo en ese campo, en los terrenos de esa ex-hacienda. No había horarios ni peligros ni encierros; no había tanta vigilancia sobre nosotros. No en la niñez. En la adolescencia, comenzó a estrecharse la supervisión paterna sobre nuestra virginidad. A mi papá entonces le pusieron los cuates el sobrenombre de “El Patrullero”, y por extensión, su querido Chevrolet 52 se empezó a llamar “La Patrulla”. Pero era una vigilancia ligera, porque los adultos estaban casi siempre muy entretenidos entre ellos y no pelaban demasiado a los chicos.

Tepexpam era un viejo casco de hacienda en el Estado de México. Era un terreno muy grande, rodeado por bardas altísimas. Tenía dos entradas, que se llamaban “las rejas”. Una, la de arriba, siempre tenía un vigilante, un viejito que se llamaba Teófilo y la otra estaba siempre cerrada con cadenas y candados. Un espacio inmenso lleno de aventuras, limitado y seguro. Aunque últimamente me enteré que algunos de mis primos y mis hermanos se salían de la reja,

porque cabían entre los barrotes, y se divertían desafiando el peligro, caminando por la orilla de la carretera.

Tepexpam era un hospital grandísimo, una mole de piedra gris, de tres pisos. “Hospital para enfermos crónicos, S.S.A.” Parecía un castillo o una sombría fortaleza, y tenía, cerca de la entrada, un árbol enorme donde, al atardecer, se albergaban millones de pájaros que armaban un escándalo de trinos increíble. En la ventana central de hasta arriba, a veces se asomaba un enfermo muy famoso: El Polaco. Nos daba mucho miedo, porque además de tener el pelo y la barba blancos y largos, tenía siempre la lengua sacada, que le llegaba, como la barba, hasta el pecho.

Locos, paralíticos, retrasados: les decíamos “incurables”. Gente pobre o gente que simplemente había sido internada allí por una familia que no quería volver a saber nada de ella.

El “hospi” estaba como a trescientos metros de “la hacienda”. En la hacienda vivían los médicos, enfermeras y demás personal; los principales en el primer patio, los otros en el patio de atrás. En el segundo piso del patio principal, arriba de mis tíos, vivían las madres. Eran Hermanas de la Caridad, que cuidaban a los enfermos, y que usaban esas maravillosas cofias almidonadas, blancas, que se llamaban “cornetas”.

Inexplicablemente, nos dejaban a los niños entrar y salir del hospital a nuestro antojo. Será porque allí estaba la única tiendita. Comprábamos chicles y refrescos y dulces y hasta cigarros Carmen-citas. Y convivíamos sin problema con los pobres enfermos, y andábamos como Pedro por su casa por los pasillos del primer piso —eso sí, prohibido subir al segundo y al tercero— entre camillas y sillas de ruedas, platicando con Guille, que tenía parálisis cerebral, y tratando de no pisar al Chivirico, que temblaba y babeaba tirado en el suelo, y nos saludaba, y nos divertíamos cocoreando a Chayo la Loca, que se ponía flores en el pelo y andaba a veces pintada como payaso y decía horribles groserías y fingía no poder caminar, pero que de repente se enfurecía y claro que se podía parar y te perseguía corriendo con un palo en la mano, y veíamos a unos enfermos que tejían, con los pies, monederos y sombreritos de colores, y platicábamos, dándole por su lado, a María Eugenia, una loca que se sentía aristócrata y que tenía una voz extraordinaria de soprano y que siempre nos contaba la misma historia, que ella era la única *requedona* y *requedada* con sus siete hermanas, *las Torre Torreblanca* y *sus siete cuñadazos*. Y entrábamos y salíamos, insensibles, crueles, amistosos, inconcientes.

Recuerdo entre brumas alguno de los festivales artísticos que se organizaban para los enfermos. Había un auditorio, que era como teatro, y esa vez fueron Pompín, Nacho y Susana Cabrera. Hacían una rutina muy sencilla, como para niños muy chiquitos. Nacho le preguntaba adivinanzas a Pompín y Pompín como que no encontraba la respuesta. “A ver, Pompín, ¿cuál es el animal que tiene cuatro patas, caza ratones, tiene bigotes y hace miau?” Y mientras Pompín se quedaba pensativo, los enfermos se emocionaban, babeaban más que de costumbre, se retorcían de la risa, y alguno, con la voz deformada por la parálisis, gritaba: “¡El gato, Pompín!... ¡El gato!” A mí me daban ganas de llorar.

En ese mismo auditorio oí tocar el piano al Maestro Carrasco, el del “Adiós de Carrasco”, que estaba interno en el hospital y que se murió ahí. No se veía muy enfermo, pero ya estaba muy viejito. El “Adiós” no era esa canción melosa y horrible que cantó después algún trío, cuando se hizo tan famosa. Tocada en el piano por su autor, era una maravilla, con ritmo como de habanera y con un sabor muy antiguo.

Una de las más emocionantes diversiones era ir con cuidado a la parte de atrás del hospital, y tratar de ver, por una ventana del sótano, el anfiteatro. Caminábamos despacio, con el corazón acelerado, a ver si había muertos. Yo nunca vi ninguno. Sólo se veían camillas vacías. Nos armábamos de valor, nos acercábamos lentamente, y alguna vez, de repente, se prendía la caldera del hospital con gran estruendo, y salíamos corriendo, aterrados, sin aliento, y dejábamos de ir algún tiempo. Hasta la próxima vez.

Tepexpam también era el pueblo. Quedaba afuera de los límites de la hacienda, y teníamos prohibido salirnos, porque además estaba atravesado por la carretera a las Pirámides. Sólo íbamos al pueblo los domingos a las seis de la mañana, a misa. La misa de seis era la única que había.

Ir a misa al pueblo era la cosa más horrible del mundo. En primera, el madrugón, el frío, el sueño. Los gritos de mi mamá: “Ya dieron la segunda, apúrense, córranle”. La primera es para que te prevengas, la segunda para que vengas, la tercera para que ya ni vengas. No vale cuando llegas tarde. Vale si llegas al Evangelio. Después, ya no.

Llegábamos, las niñas con nuestras pañoletas —o nuestras mantillas— en la cabeza, a padecer aquella aglomeración. El olor a gente, a veladoras, a incienso, a sudor, a rebozo. A nalgas, porque a esa altura llegábamos, inocentitos. No veíamos nada, sólo gente a

nuestro alrededor, aplastándonos. Todas las veces alguno de nosotros se mareaba y se vomitaba. El sermón, interminable, estúpido, regaión siempre.

Qué afán de nuestras madres de mandarnos a misa. Ellas algunas veces iban con nosotros, pero la mayoría, claro que no. Estaban desveladas. Pero se quitaban las culpas ordenándonos ir a nosotros. Será que era por el tiempo en que todos acabábamos de hacer la Primera Comunión y no querían que tuviéramos pecados mortales.

Tepexpam también era una guitarra, una canción continua.

Era la presencia fundamental de mi tío Nito, moreno, guapísimo, arrebatador, cuñado de mi madre. Mi tío Nito era médico y era el director del hospital. Cuando llegaba a la casa y se quitaba la bata blanca de doctor, perdía toda la solemnidad y se convertía en una especie de artista de cine, siempre con una canción en la boca y su guitarra en las manos. La música era el modo de descansar y de convivir en las tardes y en las noches de los adultos. Eso, o jugar pocarito, sobre todo las mamás. Cigarros, bocas y uñas pintadas, ruido de fichas. Carcajadas, mucha gente, desveladas. Sueños con fondo musical. *Silencio, que están durmiendo, los nardos, y las azucenas.*

Los chicos nos contagiábamos de ese placer de hacer música que nos enseñó para siempre mi tío Nito, acompañado de maracas, güiro y bongó, de copas, de risas, de buen humor. No había nunca borrachos violentos o vomitados o necios. Todos tenían un "buen vino". Y en esas tocadas no había regaños. No existíamos para ellos. Si queríamos, nos quedábamos por allí, en algún rincón, como invisibles, oyendo la voz maravillosa de mi tío, *no puedo ser feliz, no te puedo olvidar*, aprendiendo a cantar y a tocar sonos cubanos, rancheras, boleros románticos, tangos. Lo mismo *yo me voy pa las cantinas, a salud de las ingratas, que Garufa, pucha que sos divertido*; igual eran negritos con la cintura montada en flan que rivales de su cariño y noches tibias y calladas de Veracruz. Si no queríamos estar ahí, nos íbamos con los demás primos a seguir jugando a la botella, al teatrillo, a aprender a fumar, a contar chistes pelados o a darnos besos de lengüita hasta que caíamos agotados a dormir en cualquier cama.

La casa de Tepexpam, la casa de mis tíos Nito y Ester, era preciosa, aunque para mí tuviera en esa época un cierto dejo de pobreza. En la recámara inmensa de los niños dormíamos todos los

primos. La casona era del tiempo de la colonia, tenía techos altísimos, con vigas, y anchos muros encalados. La ventana de esa recámara era mucho más alta que nosotros, del tamaño de una puerta que se abría igual que un inmenso ropero cuyo interior fuera el campo mexicano: primero el pequeño jardín con geranios, solecitos y mastuerzos, esas flores anaranjadas que salen chuecas de su cáliz; luego la cerca de órganos formaditos muy derechos y con sus filas de espinas acomodadas como estrellas, y más allá, el gran pedazo de tierra seca salpicada de pirules y hierbas y pequeños matorrales, de esos sin importancia, de esos que ni nombre tienen. Esa tierra árida en cuyo seno encontrábamos, casi en la superficie, todos los días, a cada rato, puntas de flecha de obsidiana y alguna que otra carita teotihuacana —¿o azteca?— que después coleccionábamos, con veneración, como mi tía Ester, en vitrinas especiales.

La ventana ésa de la recámara de los niños tenía dos puertas con vidrios —la ventana propiamente dicha, con sus visillos transparentes— y luego otras puertas, todas de madera, que se cerraban en la noche. Debajo de la ventana, por dentro, había un poyo, y por fuera tenía una reja sencilla, muy antigua.

La cubrían unas cortinas, muy grandes. Ahí era nuestro escenario. Mi prima Patricia y yo —de seis o siete años— nos metíamos en el hueco de la ventana, paradas en el poyito, detrás de la cortinatelón. Salíamos cantando *La puñalada trapera* o *Tres días sin verte, mujer*, con voz bravía, como Lola Beltrán. Pero nos gustaba más hacerle de Las hermanitas Navarro. Cantábamos *Contigo en la distancia*, o bien *Shi bum, shi bum, trala la la la la shi bum, shi bum*. Nos peleábamos Pati y yo: que tú eras la chaparra. No, qué. Que tú eras.

Pero nuestro verdadero lugar favorito era El Poyito. El de afuera. A la entrada de la hacienda, debajo del portal. Allí, sentadas, compartimos la mitad de nuestra niñez y nuestra adolescencia, platicándonos todos nuestros secretos. Allí fabricamos nuestra amistad-hermandad entre nosotras y con todos los muchachos y muchachas que también vivían en la hacienda. Además de los Ponce-Mendiola, mi familia, eran como seis familias más.

Había varios chavos más o menos de nuestra edad y formábamos una pandilla bastante divertida: Griselda, el Chato, Octavio, su hermano Arturo El Gordo, sus hermanas Las Cuatas, Pati, yo, y muchas veces, otros primos de la familia paterna de Pati, que, como yo, iban de visita. Crecimos en el poyito, juntos, revueltos, entrelazando amistades, rivalidades y noviazgos. Allí aprendimos a tocar la guitarra y a cantar incansablemente canciones rancheras, boleros y

suspirando, nuestras favoritas, todas las yucatecas: *pero a pesar de todo, yo te adoro, aunque nunca besar pueda tu boca.*

Allí los primeros coqueteos y besos y manitas sudadas, allí los primeros rocanroles escuchados en los primeros radios de transistores con los muchachos que imitaban los copetes de Elvis, pavoneándose ante nosotras, que empezábamos a usar kótex y brasier mientras los admirábamos, emocionadas. Patricia desde los ocho años tuvo novios. Siempre fue guapísima: tenía los ojos verdes. Yo me sentía la fea, morenita, peluda, con granos y con lentes. Y me la pasé envidiando, sin darme cuenta, los novios de Pati, los ojos verdes de Pati, los pechos grandes de Pati, hasta los quince años. El colmo fue cuando la escogieron para ser reina de las fiestas patrias del pueblo de San Juan Teotihuacán.

Y para acabarla de amolar, a ella sus papás la dejaban usar brasier y medias y tacones y falda pegada y pintarse desde los trece, y yo con mi camiseta y mis calcetines. Marcelita tan inteligente y tan aplicada. Tan obediente. Puros dieces, medalla de primer lugar, cuadro de honor. Enamorada en secreto, lánguida, masoquista, de todos los novios de Pati. Y despreciando, en venganza, a ratos, su alegre liviandad. Ella cantaba precioso, pero no tenía buenas calificaciones; ella era reina y tenía novios, pero no leía tantos libros.

Antes de Toño Azcona, nunca tuve novio, aunque Octavio Martínez siempre estuviera enamorado de mí; todas las veces que se me declaraba le decía que no. Nunca me gustó. Seguramente le faltaba el toque español.

A veces bailábamos en casa de Octavio. La casa de los Martínez era muy elegante. No como la casa de mis tíos, que era *mexicana* combinada con *moderna*. Entonces todavía no se usaba el estilo *colonial mexicano* de tapete mayatex y florezotas de papel y muebles *lecanos* de madera enchapopotada. La casa de mi tía Ester era sencilla, con detalles verdaderamente mexicanos, singulares para las clases medias en esa época, como sus espejos con marco de hoja de lata, de San Miguel de Allende, algunos sarapes sobre los sillones, y sus vasos de vidrio soplado de Texcoco y sus lámparas de latón y vidrio de pepita, como farolitos, además de las máscaras michoacanas en la pared. Los detalles modernos eran, por ejemplo, una mesita de centro como chueca, como un corazón o un riñón deforme, y un "cheslón" también chueco y estilizado.

En cambio, la casa de Octavio era de sala de brocado, como francesa. Lo que más recuerdo es el candil: era lo que se decía una "araña", con sus prismas de cristal colgando de cadenas doradas.

Era tan grande que la bola o más bien el poliedro de hasta abajo nos daba en la cabeza, y eso que los techos eran muy altos. Esa bola se la chupaban los muchachos, jugaban a que se la comían. El señor Martínez se enojaba muchísimo, y gritaba que le iba a untar un moco, a ver si así se la seguían metiendo a la boca.

Muchas tardes de domingo, si no estábamos en el poyito tocando la guitarra o platicando, estábamos en casa de los Martínez, bailando. Y fajando. Eran nuestras *tardeadas*.

Allí fueron las declaraciones de amor. Octavio necio que si quieres ser mi novia y yo necia que no, y él necio queriéndome dar un beso y yo resistente porque a mí no me interesaba besar por frivolidad, mientras bailábamos alguna de las lentas del tipo de *Mi cabeza en tu hombro* o *Anoche no dormí*, con Enrique Guzmán y los Teen Tops. Otros ratos eran de baile desenfrenado con *La Plaga* o *El confidente de Secundaria* donde todos aprendíamos nuevos pasos, sudábamos y nos divertíamos al parejo. Y en algún sillón, las muchachas más grandes, Margarita y Lupe, con sus novios, besándose y jadeando. Y Pati, con su novio Ricardo, también, aunque fuera chica.

Además de nuestras *tardeadas*, en Tepexpam se organizaban fiestas mexicanas, con todos los niños y todos los adultos, a todo dar. Posadas donde cantábamos las letanías y le dábamos todos, hasta los papás, a la piñata. Años nuevos cantadísimos y tocadísimos y bebidísimos hasta el amanecer. Noches mexicanas en quince de septiembre, donde por unanimidad escogían a mi madrileño padre para que diera el grito y quien exclamaba gustoso *que mueran los gachupines*. Claro, yo sabía que era de broma.

Tepexpam fue una tierra privilegiada donde se generaron amistades entrañables a todos los niveles y de todas las edades. Cada oveja encontraba su pareja. Yo con Pati y con los cuates de nuestra edad. Cada uno de mis hermanos con su compañerito correspondiente. Mi papá con sus mejores amigos mexicanos, sus compadres, Nito, Andrés, Pancho, que invariablemente, todos los domingos, después de comer y antes de meterse a cantar al anochecer o antes de regresarnos a México, paseaban por la calzada, de la casa al hospital y luego a la reja, y de regreso, platicando, sonrientes, pícaros, felices.

Estos alegres compadres a veces se iban solos de excursión o de cacería. Iban a la orilla del lago de Texcoco con sus rifles a cazar patos, o al cerro, de donde traían muchas tortolitas para que nos las comiéramos. Mi papá nos contaba cómo el viejo Andrés le enseñó a pelar tunas con su navaja suiza, abriéndolas en el nopal mismo, sin

espinarse. Las aventuras más famosas del cuarteto, muy recordadas y platicadas y muy filmadas en la cámara ocho de mi papá, fueron aquella vez en que un tío de mi mamá los invitó a torear a un rancho de Guanajuato. Eran toros grandecitos, no simples becerros, y después de grandes faenas regresaron maltrechos y fracturados de algún pie o mano, pero felices.

Mi mamá con las señoras, sobre todo con su hermana, mi tía Ester, encantada, contenta, nada regañona.

Yo creo que se le contagiaba el ánimo de mi tía Ester, que siempre es plácida, siempre está de buenas, siempre chistosa y platicadora.

La veo para siempre, guapísima, pintándose en su baño de mosaicos amarillos. Rubia, ojos azules, igualita a su madre, mi abuela. Se arregla siempre sentada. Sus pinturas —como joyas, como tesoro— en un cajón de su tocador. Maquillándose tranquila, subiendo las cejas y abriendo mucho los ojos, retocándose el lunar junto a la boca (cielito lindo) con el lápiz, platicando, con su cafecito a un lado y su cigarro prendido en el cenicero. Liturgia inolvidable, tía inolvidable.

Nunca nos regañaba. Ahí te podías poner lo que fuera de ropa y ni quién se fijara. Si comías, bueno, y si no, también. Si ella hacía sopa de fideo seca, claro que comías. Y “pacholes”, unos como bisteces de carne molida con cominos que las muchachas sacaban del metate. Manjar de manjares. En las noches, desmadre, risitas, almohadazos, y sólo se oía su voz amable, “niños ya duérmanse”. Pero no te daba miedo: puro mi vida, puro mijita, puro mi amor y mi cielo.

Mijita, mi amor, mi cielo, eso era Tepexpam.

Tepexpam era una familia sin conflictos y sin regaños. Nadie estaba nunca de mal humor ni gritaba.

Tepexpam era poder ponerme pantalones y subirme a los árboles.

Tepexpam era aprender, sin darme cuenta, a sentirme mexicana.

Tepexpam era estar cerca del pasado, gracias a un museo chiquito, con unos restos antiquísimos de un mamut y de un hombre primitivo, el Hombre de Tepexpam, aunque ahora resulte que ni es hombre, porque es mujer, ni es tan antiguo.

Tepexpam era una estación de madera, con su letrero pintado, del tren que iba a Veracruz, que tenía locomotora de vapor y que se oía terriblemente cerca en las noches aunque pasara hasta el otro lado de la carretera.

Tepexpam era la convivencia con un perro pastor alemán inteligentísimo que se llamaba El Pacheco y que me daba la pata y era mansito y que reconocía nuestro coche desde que entraba por la reja de arriba y lloraba y nos hacía fiestas y era casi como el propio Rin-tin tín y era casi mío.

Tepexpam es el nombre que tiñó de felicidad un rumbo de mi universo: es el Estado de México, es el cerro del Chiquihuite, es la carretera a Pachuca, es casi Texcoco y las Pirámides de San Juan Teotihuacán. Es casi San Cristóbal Ecatepec, donde mataron a Don José María Morelos y donde no había caseta de cobro, sino solamente ese puente anaranjado que apeataba a Canal del Desagüe, y es casi todo Insurgentes Norte: es Lindavista y es el monumento a la Raza y es los Indios Verdes.

Por allí salíamos en el Chevrolet, ilusionados, un domingo sí y un domingo no, a Tepexpam.

Tepexpam es una palabra que yo nunca pronuncié bien: siempre le he dicho *Tepespan*.



6 Domingos en Artes

A

Artes es el viejo nombre que tenía la calle que hoy se llama Antonio Caso, en la colonia San Rafael. Calle de las Artes. Entonces no era eje vial, ni se embotellaba nunca. Era de dos sentidos, y pasaban pacíficamente los tranvías.

La familia vivía en el 94, interior 307: mis abuelitos y mis dos tías, Carmela y Cándida, “las cotorritas”.

El domingo que no íbamos a Tepexpam, íbamos a comer a Artes, con toda la familia de mi padre. Eramos mínimo veinte personas, entre hijos y nietos. Parecía fiesta. Era una gran profusión de gente, de gritos y de comida.

Si llegábamos temprano, la casa estaba tranquila. La sala tenía sillones guindas adornados con carpetitas tejidas a gancho, y dos o tres vitrinas que contenían, concentrada, a la Madre Patria: abanicos, castañuelas, cucharitas con el escudo de las principales ciudades visitadas por mis tías en sus viajes, de los que siempre nos traían mantillas y mantillas. Había también varias versiones del Quijote talladas en madera, uno que otro Lladró, que eran figuras de porcelana muy elegantes, y multitud de muñequitos: manolas, toreros, estudiantinas. Sombreritos cordobeses, banderillitas, platitos con dibujos de el Escorial o de la Puerta de Alcalá, y por supuesto, con el oso y el madroño, el escudo de la Ciudad de Madrid.

La abuela tejiendo, en su sillón. El abuelo en su recámara, tal vez oyendo el gran radio. Mis tías, cada una en su cuarto. A veces, las encuentras muy concentradas, con los lentes bifocales puestos, la lámpara del buró encendida, el espejo portátil de superaumento enfrente, las pinzas de depilar en la mano: se están quitando las barbas. Al verte rondando por ahí, se enojan muchísimo. No toleran que las agarres en esos menesteres. “¿Qué quieres? Vete para allá”.

O están simplemente acabando de arreglarse; se ponen espray o se pintan la boca mientras escuchan algún disco a todo volumen en su consola nueva, estereofónica, de madera tornasolada. Si escoge Cándida, es zarzuela. Si escoge Carmela, es ópera o es una sinfonía

de Beethoven. Si escoge mi abuelita, es Joselito. Nosotros, aprovechando para leer los monitos del Novedades, porque los de nuestra casa son del Excélsior.

Más tarde, empiezan a llegar los demás tíos y primos. Saludos efusivos, ojos siempre vigilantes y, por ende, comentarios inevitables a la ropa que traes puesta; la tía Lines bromea sobre tu arreglo, la tía Chiqui se dedica a decirte siempre que estás horrible y la tía Carmela te defiende, tan linda Marcelita. La tía Cándida, callada, sólo te quiere.

Se pone la mesa ruidosamente. Se le añaden dos tablas para agrandarla. "Hala, a comer".

Tienen que ser doce o catorce adultos en la mesa, porque mi abuelita dice "¡lagarto, lagarto!" y no se sienta si son trece. Mi abuelita es muy supersticiosa: prohibido abrir el paraguas dentro de la casa; prohibido poner un sombrero encima de la cama. Prohibido tener cosas del mar, traen muy mala suerte: en mi casa una vez llegó y tiró a la basura unos caballitos de mar disecados que mi mamá tenía como adorno.

La mesa es enorme, amarilla, a la que se le ha tenido que cambiar el vidrio varias veces porque los señores lo rompieron a puñetazos en discusiones amistosas pero apasionadas.

La comida de los domingos es comprada. Lasagna, paella, mole. Después, hasta camarones. Antes, cuando estaban más pobres, había muchas veces arroz con frijoles, en grandes cantidades. Algunos tíos toman una cerveza. Los demás, cocas y mundet blanca y mundet roja.

De postre, además de la fruta, hay los dulces que trajo mi tía Cándida. Mi tía Cándida, gorda, dulce y cariñosa, trabaja en la pastelería *El Molino*, y todos los domingos trae caramelos, chocolates, y si es cumpleaños de alguien, el pastel.

La comida es un escándalo, todos hablando, riendo, manoteando al mismo tiempo. Muchas veces hay invitados. Alguien, el Manolo, el Jaime, la Menchu, conocidos o recomendados que vinieron de España, a los cuales todos parecen venerar. O los tíos Alberto y Josefina y sus hijos, los únicos parientes que tiene esta familia en México. O Doña Felisa, la madrina, una viuda hermosísima, muy erguida, gorda, pechona, de ojos azules y pelo blanco, que es la amiga principal y comadre de mi abuelita. Son todo un espectáculo las dos abuelas madrileñas, diciendo picardías y dichos, "*me la meneas al sol, porque a la sombra hace frío*", y "*bendito seas... por donde meas*", y todo mundo muerto de la risa y regañándolas cariñosamente por decir tamañas barbaridades.

Los niños más chicos comen aparte, en una mesita con cubierta metálica, que entre semana está en el pasillo, debajo de la jaula de los pajaritos de mi tía Cándida, y se sientan en los bancos de la cocina y en la sillita, una maravilla de mueble muy antiguo y muy trabajado .

Yo soy admitida casi siempre en la mesa de los grandes. Seguramente es que, sin visitas, son trece. Yo soy la número catorce de edad. Y he crecido más bien pegada a los grandes, a mis primos mayores y a los tíos, oyendo deleitada todas las charlas y las discusiones y sintiéndome muy importante.

En las tardes baja un poco el ritmo. La mitad de los adultos —las mujeres— juegan canasta en la mesa del comedor y los señores, alguno fumando un puro, ven los toros en la televisión .

Los niños diseminados en las recámaras, en la cocina, en el suelo de la sala, según edades e intereses. Mi primo Juan Ramón y yo, sentados en la cama de mi tía Cándida, muy intelectuales, platicando, a veces jugando damas chinas. Mi primo Agustín y Vicente mi hermano, jugando luchas o mejor futbol en el pasillo de cuatro metros, con alguna pelotita metida de contrabando o de perdida con un limón robado de la cocina. Oigo el ruidazo de la puerta del closet que está al final del pasillo. ¡Gool! E inmediatamente después, gritos, regaños de la abuela o de las tías, “coño, niños, a ver si dejan de hacer el bestia”. Y cada vez que mi abuelita dice “coño”, sus hijos dicen, “mamá, por favor, shhh”.

Mi prima mayor, Arancha, no sé dónde está. Tal vez lavando los trastes o jugando a las cartas. Mis hermanas y primas chiquitas no se ven ni se oyen excepto cuando chillan porque Agustín y Vicente las encerraron en el closet. Nuevos regaños. Castigados. Mi padre de repente me llama y me regaña: “Qué tanto haces con el sobón de tu primo”.

Ruido, gritos, carcajadas de los adultos. “Amos, andá, que te crees tú eso, que me vas a enseñar tú a mí, que nos ha jorobao éste, que eres un villamelón y lo que es de toros tú no sabes nada, y lo dijo Blas y punto redondo”. Discusiones y abucheos y oles apasionados en la sala, mezclados con los pasodobles y las cornetas de cambio de tercio y la voz de Paco Malgesto que salen de la televisión, también cubierta por una carpeta tejida por mi abuela.

Pedazo de tarde aburrida y regañada para los niños, que se rompe con la pequeña felicidad de que mi papá nos da nuestro domingo. Es un peso, a veces de plata, pero casi siempre de papel, rojo, crujiente, nuevecito. A veces nos lo da dobladito en una especie

de papirola perfecta que más tarde todos sabremos hacer. Y nos dan permiso de ir a comprar. Bajamos alegremente los tres pisos, mis primos grandes brincando los escalones de tres en tres, yo con miedo, cuidadosa, despacito.

Vamos a la tiendita que queda como a tres puertas de la nuestra. Son varios edificios iguales, el 94, el 96, el 98. Sólo se distinguen por el changarrito diferente que tienen cada uno en la planta baja: cerrajería, tortería, dulcería. Compramos casi siempre lo mismo: Un tín larín o un almon-ris. Pastillitas perfumadas, de colores pastel, la mitad circulares y la mitad corazoncitos. Caramelos de anís o de menta en forma de peritas o de colchones rayados. También lagrimitas, que tienen agüita adentro. Chicles no, son prohibidos, porque parecemos yeguas. Pastillas Usher, de heliotropo o de menta. Las de menta son blanquísimas, y mi abuelo Juan, que es bueno como un pan frito, se permite la irreverencia de dárnoslas en la boca diciendo con voz clerical *Dominus Vobiscum, amén*, y haciendo la cruz, como si fueran hostias, y luego muriéndose de la risa.

Al regreso de la tiendita, el malvado de Juan Ramón me tapa los ojos y me lleva por otro edificio, porque todos son igualitos, y están comunicados por el último piso. Y yo ciega, sumisa y asustada, subo y bajo por aquel laberinto, y cuando llegamos me destapa los ojos y me dice, toca, y yo no me atrevo a tocar porque todas las puertas son idénticas y qué tal si aquí no es la casa y es el 307 de otro edificio... Toca él, abre alguna tía, veo el enorme perchero pintado de azul en el pasillo, y entro aliviada.

Nos disponemos entonces a ver el *Teatro Fantástico*, el cuento de Cachirulo, mientras llega la hora de merendar café con leche y pan, antes de irnos a nuestra casa, despidiéndonos por horas, gritando todavía en la escalera y en la calle, con esas voces fuertes que nos acompañan hasta el coche. Y que nos acompañarán toda la vida.



7 | Tepexpam dos

Tienes doce años. Caminas, solitaria, por un rincón de la vieja hacienda al que todos le dicen “la huerta”. Es raro que estés tú sola: deberías andar como siempre, con tu eterna pandilla de hermanos, amigos y primos. Por lo menos con Pati, tu inseparable compañera. Pero hoy no está nadie, quién sabe por qué.

No estás triste. Al contrario, experimentas tu soledad con una especie de profundidad filosófica. Niña encerrada, de departamento y de ciudad, crees descubrir ese día, romántica y exaltada, la belleza del campo. ¡La naturaleza! Caminas despacio, con tu faldita española de tergal y tus zapatos blancos.

Así ha decretado tu madre que se deben vestir las niñas en domingo, aunque a veces sea totalmente inadecuado. Como hoy, que después de ir a misa en México, han venido a comer a Tepexpam. Pero todavía eres obediente. Todavía no eliges tu propia ropa, y aún estás peinada con fijapelo y con tu chino en la frente.

Te acomodas los lentes que te dan una apariencia de niña marisabidilla e insoportable, como si fueras una pequeña maestra, formal y regañona. Caminas algo torpe, con cuidado, y poco a poco se te va metiendo la idea de sentirte perdida. Te encantaría estar perdida y sola en la naturaleza virgen. Tal vez ya leíste Robinson Crusoe o La Isla Misteriosa. O tal vez sólo estás jugando a que eres una pobre princesita expulsada del palacio.

Quieres sentirte absolutamente sola. Pero sola en el mundo. En el bosque, en la isla, en el páramo desierto, donde no haya nada que te recuerde lo humano, nada de civilización, nada del pasado. Quieres la naturaleza original, como en los primeros días de la creación.

Heroica, te internas donde hay más árboles. Buscas la sombra. Suspiras, feliz, bajo el techo de ramas que parece un encaje con fondo de cielo. Te repites frases como “jamás hollada por el hombre”... “la intrincada selva”... “el espeso follaje”... Y te imaginas el agreste paraje y los lejanos aullidos de las fieras. *Salvaje follaje paraje paisaje. Celaje.*

Miras a tu derecha, y frunces el ceño. Se ven dos postes y los cables de la luz. Caminas un poco más. No. Se alcanza a distinguir la capilla de la Virgen. Te metes detrás de un gran eucalipto, miras cautelosamente hacia el otro lado y ves, enojada, la parte superior de la barda gris de piedra. Y te regresas, y das absurdos y pequeños rodeos, y te desesperas, porque todo te habla de intervenciones humanas: allí están las banquetas de fierro y el camino aplanado con huellas de pies, y desde aquí se ve un pedacito del casco de la hacienda y desde acá ese árbol con su tronco blanco, pintado de cal. Te agachas, retrocedes, das medios pasos, fracciones de vuelta, parece que bailas, adoptas todas las posturas y entrecierras los ojos para ver si encuentras un ángulo desde donde no se note nada trabajado, nada construído, nada contaminado.

Jamás lo logras. Porque aunque la huerta no es propiamente huerta, es un espacio domesticado desde hace trescientos años. No es la más terrible de las espesuras. La huerta, en realidad, es como un pedazo de parque; tiene historia y tiene límites. Está a veinte metros de las casas y colinda con la carretera México-Pachuca.

Treinta años después, no puedes recordar cuánto tiempo duró ese juego ni cómo acabó. Seguramente te fuiste de ahí, pasando a otra cosa, porque te llamaron a comer o porque decidiste correr a buscar a tus amigos.

Vuelves a revisar tu memoria. Pero no parece haber pasado nada memorable en las horas siguientes de aquel domingo.

Tanto tiempo después, sólo recuerdas ese momento en que buscabas, sola.



8 Hacia Belén va una burra, rin rin

No me acuerdo qué cenábamos en Nochebuena en casa de mi abuelita, en Artes. Lo que me queda de esas primeras navidades y de esa casa es el recuerdo de mucha comida y mucho ruido, y saber que te podías desvelar toda la noche, y que había turrónes y figuritas de mazapán Toledo. Vino tinto en el porrón, y los intentos de los niños, y las manchas, y los aplausos. Después de cenar, cantar toda la noche, sentados alrededor de la mesa, comiendo peladillas y turrónes y nueces y avellanas.

Las canciones más viejas que recuerdo son algunas mexicanas, como *El Abandonado*. O una que no sé si es mexicana o española: *Mañana por la mañana te espero Juana en el taller*. Las canciones forzosas y repetidas año tras año eran *con el pim pirirín pin pin, con el pam pararán pan pan, y el que no beba vino será un animal, será un animal*. O bien, *yo te daré, te daré niña hermosa, te daré una cosa, una cosa que yo solo sé: ¡Café!*

Esas canciones me parecían mucho muy españolas, y después me decepcioné al oírlas cantadas por todo mundo, por todo mundo mexicano: *era de nogal, era de nogal el santo*. También me parecían en ese entonces muy alegres. Se cantaban con muchas ganas y, si se podía, acompañadas de palmas. Por último, se me hacían muy chistosas: eran para mí el colmo del buen humor, de la gracia, del ingenio: *Por eso pesaba tanto, el animal*.

Desde esas mismas épocas se cantaban otras, que no eran tan alegres ni tan chistosas pero que me parecían lo máximo de belleza. Hasta la fecha son mis poemas favoritos, coplas populares perfectas, modelos que me marcaron para siempre. *Quisierá, quisierá, quisierá volverme hiedra....* O *Los Pastores: Ya se van los pastores para Extremadura, ya se queda la sierra triste y oscura*. Esa canción me la enseñó mi padre desde que yo era bebé, y hasta empecé a apreciar mi libro de *Educación Musical* de Luis Sandi porque la traía, y la cantábamos en la primaria. Otra de mis favoritas es: *Eres alta y delgada, como tu madre, morena salada, como tu madre. Bendita sea la rama, que al tronco sale, morena salada, que al tronco sale*.

Claro que a veces cambiaban las letras y terminaban diciendo: *...pero tienes bigotes, como tu padre, morena salada, como tu padre.* Y a mí, como a mis tías, me quedaban las dos versiones, por aquello del exceso de hormonas masculinas.

Ya después, en los últimos años de mi abuelita Paz y de la casa de Artes, yo tocaba la guitarra, y mi primo Agustín también, y mis hermanas. La influencia de Tepexpam llegó hasta la otra familia. Terminábamos con los dedos ampollados de tocar toda la noche. A mi abuelita le encantaba que le cantáramos *El baturrico* y siempre lloraba, porque se acordaba de mi abuelo Juan. *La chica ye-yé*, que estaba de moda, se la dedicábamos y le cambiábamos y decíamos *abuelita ye-yé*. Y siempre le pedía a Agustín que le cantara *Ese toro enamorado de la luna*. Fue en esa época que empezamos también a cantar muchos villancicos españoles. Alguien trajo un disco de España y nos aprendimos todos los que nos faltaban. *Ande ande ande, la marimorena, ande ande ande, que es la Nochebuena.*

Además de todo el viejo repertorio, para la madrileña Doña Paz no podía faltar *Cuando vayas a Madrid chulona mía*, y casi siempre la bailaba. Con mi papá, o con Juan Ramón, que era su puritito amor de nieto. Bailaban como se debe bailar el chotís, muy apretaditos, pasos chiquitos, en un ladrillo.

Quién sabe qué guisaría mi abuela en esos viejos tiempos. Pero bacalao no, jamás. Decía que era comida de pobres. Después, la estafeta la recibió mi tía Chiqui, y las navidades se celebraban en su casa. Siempre había una carne deliciosa y una gran ensalada. Pero lo principal era el consomé, que era el mejor consomé del mundo, receta secreta, que llevaba evidentemente bastante jerez. Desde el principio de la cena ya estábamos todos medio borrachos. Y después, ya en casa de mi tía Chiqui, durante muchos años, se hizo costumbre también que hubiera ostiones en su concha. Mis pobres primos se pasaban toda la tarde abriendo ostiones y acababan con las manos deshechas.

No me acuerdo cuándo empecé a llevar la voz cantante en las navidades. Será desde que tuve dieciocho o veinte años. Con mi guitarra, dándoles el tono, empezando las canciones, complaciendo a los viejos con las que quisieran, luciéndome, apropiándome de la herencia.

Pero antes, la voz cantante era mi papá. Era el de la voz fuerte, bella, afinada. Se las sabía todas: zarzuelas, tangos, mexicanas. Tenía sus números principales, por ejemplo, *Dónde vas con mantón de manila*, cantado a dúeto casi siempre con mi tía Carmela. O su tango favorito, *Yira*. O el *Chotís de los Feos: yo/ voy a buscar/ a un cirujano especialista en lo facial/ que/ me cambie a mí/ este perfil que tengo tan angelical*. Aplausos rabiosos. O ya, de plano, el número máximo, la apoteosis: "Chentín, cántanos *El Pichi*". En éstas,

hasta se ponía de pie, y actuaba. *Las educo y estructuro/ y les saco luego un duro/ pa gastármelo en mis vicios y quedar como un señor.* Todos cantábamos con él, pero quedito. Eran sus números. Tampoco cantaba mal las rancheras. Una de sus favoritas era *La mal pagadora: Me engañas cobardemente, tú bien lo sabes.*

La otra parte del show era mi tía Carmela. Mi tía Carmela, como burbuja de sidra, como niña grande y alegre, como uno de mis modelos favoritos de mujer: libre, trabajadora, independiente, feliz.

Siempre muy bien vestida, muy clásica, a la española. Pelo gris, corto, siempre peinada de salón, con su onda del lado derecho de la frente. Sus trajes de dos piezas, o de tres, de esos tejidos, como de punto. O vestidos completos, sobrios y elegantes. Pechona, jamoncita, solemne pero salerosa, boca pintada, uñas pintadas. Manos muy cuidadas, con su brillante en un dedo. Ese brillante gordísimo se lo dejó la tía Victoria.

A la tía Victoria yo nunca la conocí, pero era como una presencia mítica, como una aureola sobre la familia y sobre todo, sobre mi tía Carmela. La tía Victoria Suárez, esposa del tío Santiago Pedregosa, el primer Pedregosa que vino a México, figuras borrosas pero importantísimas en esa casa. Ellos no tuvieron hijos, y creo que eran muy ricos: se hablaba de ellos con mucho respeto, como si hubieran sido aristócratas.

Mi tía Carmela vivió con esos sus tíos cuando era chica, y algo había, porque ella tenía ciertos rasgos de educación aristocrática: conocía y amaba la música clásica, sobre todo a Beethoven. Ella me lo enseñó y me regaló mis primeros discos. Le encantaba la ópera, y no sólo la zarzuela. Leía mucho y sabía de literatura. Sabía bordar cosas maravillosas y hacer deshilados y primores por el estilo que ni sé bien cómo se llaman, tipo *tru-trú* y *frivolité*. Sabía hacer postres elegantísimos y exquisitos. Yo nunca la vi hacerlos, pero ella decía. Parecía haber tenido una educación de señorita mexicana bien.

Porque lo que sí es cierto, es que la famosa tía Victoria era mexicana, hija de una rancia familia ilustre. Dicen que la tía Victoria, de niña, le dio un ramito de violetas a la emperatriz Carlota cuando llegó a México. Que en ese momento crucial, cuando atravesaba solita todo un espacio grandísimo, no sé si salón o plaza, para llevar las flores, se le cayeron los calzones. Y que, sin inmutarse, los brincó elegantemente y siguió caminando, como si nada hubiera pasado.

Y dicen que el Tío Santiago fue el primer dentista que tuvo sillón de dentista en México. Que se lo trajo de Cuba, y como tenía prisa, lo subió en una simple balsa y llegó felizmente, él solo con su sillón, a Veracruz.

Dicen también que cuando la tía Victoria era muy joven y salía de paseo en su carretela, llevaba una esponja grande, y que cuando tenía ganas de orinar, orinaba en la esponja, que quedaba empapada, y se la pasaba a Jaime, el cochero, y Jaime simplemente estiraba una mano y la exprimía sobre el camino.

En su adultez, mi tía Carmela parecía estar feliz y satisfecha con su vida. Era la que se veía más contenta de todas mis tías. Mi mirada siempre la encontró riéndose, interesada por todos y por todo, llena de caricias. A pesar de que nunca se casó, o tal vez por eso. Pero siempre tuvo un novio, Jacobo. Comía con él todos los días, y los domingos en la tarde se iban de paseo. Iban a conciertos, al cine, a dar la vuelta. Nunca supe de su vida sexual, pero no le debe haber ido mal. No parecía.

Le decíamos “La mano amiga”, por varias razones. Primero, por su generosidad. Magnánima, espléndida, siempre estaba dándonos regalos. Dinero. Libros. Comida, que compraba encantada todos los domingos. Decía, con voz preocupada: ¿No será poco, chata? Y compraba más camarones, o más paella, y siempre sobraba.

Nos regalaba libros, siempre libros. Trabajó toda su vida en la Librería México, y nos proveyó, a todos sus sobrinos, de todos los libros que fuimos necesitando en la escuela, hasta la universidad, y muchos otros para el puro placer de la lectura, siempre, hasta que se murió.

Era lindo ir a visitarla a la librería. Era todo un ritual. Primero, tenías que ir a saludar a todos los *muchachos*, los empleados. Ella, feliz, te presumía: “Es mi sobrina”. Luego te llevaba con Florián, el dueño, un catalán grandote, seco, pero muy amable. Ya después de los saludos, de regreso en su escritorio, te decía, “escoge un librito, mi amor”. Explorabas en toda la librería. Se preocupaba: “¿no quieres otro? ¿Nada más?” Y siempre salías con tu cargamento. Cuando publicaron algunas colecciones de libros de ésas de uno a la semana, me los regaló. Cada domingo me llevaba un volumen: *Arte Rama*, *Biblioteca Básica Salvat*, y una enciclopedia que le encantaba mucho más a ella que a mí y que se llamaba *Lo sé todo*, en doce tomos.

O cuando empezaron a salir los billetes nuevos, el domingo nos llevaba uno, crujiente, de banco, a cada quien. Ya cuando salieron los de a mil, que era muchísimo dinero, llevó solamente cinco, y los rifó.

Pero también le decíamos la mano amiga porque era tremenda. Nos acariciaba, nos hacía cosquillas, nos fajaba, nos metía mano. A todos y todas, de cualquier sexo y de cualquier edad. Muerta de la risa, traviesa, feliz, con sus bellas manos, con sus uñas rojas, con su brillante.

En las navidades era primerísima figura. Cantaba muy desafiada, pero no le importaba. Era la única que se sabía todas las zarzuelas completas. Y cantaba grandes trozos. A veces también recitaba, *capitán de los tercios de Flandes, señor capitán*. O cantaba *Chiribiribí*. Era la felicidad de todos, verla tan encantada, bailando *Mi querido Capitán*. Cuando acababa alguna canción que le gustaba mucho, *paloma del palomar/ que tu amor vas a buscar*, decía, “¡ay, qué precioso!”, y se aplaudía ella sola.

Sí, era como niña. Y aunque era la mayor, se dejaba, como entre sorprendida e ingenua, regañar por la abuela y por sus hermanos. Un regaño muy famoso, que se convertiría más tarde en juego para nosotras las sobrinas, era cuando, acabando de comer, mi tía Chiqui, muy seria, le decía: “Píntate la boca, Carmela”. Y mi tía Carmela, como asustada, decía “sí, Chiqui”, y corría por su bolsa y su bilé.

Mi tía Carmela se murió de cáncer. Bueno, más bien se murió de quimioterapia, porque el cáncer se le quitó, junto con su alegría y con sus ganas de vivir. Se fue acabando, se volvió tacaña y taciturna, y al final no le importaba nada más que Jacobo. Se fue ausentando, se fue silenciando, y un día se apagó dulcemente, dormida en su cama.

Seguimos pasando todavía las navidades con la misma familia. Aunque ya faltan muchos, están presentes. No están, pero sí vinieron. Salen a cada rato en nuestra plática y en nuestros gestos, aunque no nos demos cuenta. Seguimos comiendo turrones y mazapanes Toledo. Mi prima Arancha hace un espléndido consomé con jerez. Los de mi generación nos acercamos lenta y peligrosamente a la cabecera. De los cinco hermanos Pedregosa sólo queda Cándida; además están su cuñado José Antonio y su cuñada Lola, que es mi madre. Son los nuevos abuelos. Y luego seguimos nosotros. Hay una multitud de jóvenes y niños, que llenan bulliciosamente la mesa y hacen intentos con el porrón. Sigo tocando la guitarra y llevando la voz cantante, pero por más esfuerzos que hago, cada vez cantamos menos jotas y zarzuelas y más cosas de Juan Gabriel o de las que canta Mijares; mi hijo toca rock mexicano tipo Botellita de Jerez. Menos mal que cantamos algunas de Serrat, algunas de Agustín Lara, y siempre, *El baturrico*, para que todos lloren, para que se acuerden de mi abuelito Juan y de mi abuelita Paz y de mis tías y de mi padre.

Pero nuestros hijos no quieren cantar con nosotros mucho que digamos ni se saben las viejas canciones. Se aburren. Prefieren irse a platicar o a jugar *nintendo*. Y bueno, qué le vamos a hacer.



9 Mis abuelos primos

Mis abuelos, Juan Pedregosa y Paz Pedregosa, hijos y nietos de labradores del pueblo de Yunquera, provincia de Guadalajara —la Guadalajara española—, eran primos hermanos.

Por eso mi padre se llamaba Vicente Pedregosa Pedregosa.

Y por eso le daba miedo de que me pasara horas platicando con el sobón de mi primo Juan Ramón, que hasta eso, ni era tan sobón. Y por que, además, mi papá había estado enamorado de su prima Cecilia, en su juventud.

Durante toda mi infancia imaginé que de ese matrimonio de los abuelos primos habían salido hijos defectuosos. En la secundaria platicaba con mi mejor amiga, Pili, de esta terrible duda. Y no sé de dónde saqué que a lo mejor mis tías Carmela y Cándida no tenían matriz. Y que por eso no se habían casado. Sospechaba algún defecto secreto y terrible, y tal vez yo lo había heredado. Ellas eran igual de peludas que yo... Aunque esa fantasía se me quedó medio olvidada aparentemente, sólo cuando parí a mi primera hija me sentí una mujer normal normal.

Mis abuelos, “habiendo precedido la lectura de las tres canónicas amonestaciones, examen y aprobación de la Doctrina Cristiana y demás requisitos exigidos por derecho, y dispensados por Su Santidad del parentesco de consanguinidad que entre ellos mediaba” se casaron por poder, ella allá, en la Villa de Madrid, él aquí, en la Ciudad de México, en 1912. Primero había venido el abuelo, porque su tío Santiago ya estaba aquí. Años más tarde, se casaron, y luego llegó ella y aquí volvieron a celebrar la boda. Mi abuela llegó al final de la Revolución, acompañada de un su hermano Alfonso, que no la dejaba coquetear en el barco porque ya era una mujer casada, y que poco tiempo después murió, y nos decía que cuando desde la ventana del tren de Veracruz a México veía tantos hombres ahorcados, colgados uno en cada poste, lo único que quería era regresarse a sus madriles. Y, desde entonces, le daban terror tantos léperos.

Mi abuelo Juan trabajó muchos años en una tienda de telas de la Lagunilla, de empleado de otro español, un tal Don Abelardo, que era riquísimo y tacañísimo. Recuerdo que mi padre y mis tías hablaban de él con resentimiento, porque siempre trató muy mal al abuelo. Y el abuelo, que era dulce, callado, bonachón, nunca se rebeló.

Recuerdo haber ido alguna vez a casa de Don Abelardo. Era un cuchitril que apestaba a orines de gato. Oscuro, con muebles cubiertos con sábanas y con el suelo cubierto de periódicos para que no se ensuciara cuando pisaras.

En contraste con el abuelo, doña Paz, en cambio, era tremenda. Alegre, viva, incansable, de genio prontísimo. Igual era mandona que consentidora.

Parece que para ella era muy importante que sus hijos nacieran en España, y entonces, siempre que pudo, aunque no tenían dinero, se iba a parir a su tierra. Creo que para eso llegó a vender todos sus muebles, para pagar el viaje, y después Dios dirá. Por eso algunos nacieron aquí y otros allá. Por eso mi papá nació en Madrid, calle del Humilladero número dos, izquierda, pero se lo trajeron de cuarenta días de nacido, y luego sólo volvió como a los siete años, una breve temporada, cuando nació mi tía Cándida, y por eso ni se acordaba nada de su país. Lo conocería mucho después, a los cincuenta y cinco años, cuando finalmente pudo ahorrar para el viaje.

En las temporadas más pobres, al principio, mi abuela cosía para ayudar al abuelo. Porque además, pobres pobres, pero siempre estaban recibiendo en su casa a alguien más fregado, a algún amigo español con toda su familia, acabado de llegar a México o acabado de lanzar a la calle por no pagar la renta.

Mi abuela Paz era muy chaparrita, de nariz muy larga y ojos negros, hundidos y vivaces. De joven fue muy delgada, pero yo la recuerdo gorda gorda. Usaba el pelo corto y se ponía una redcita para no despeinarse. Me impresionaban mucho sus rodillas, blancas, lisas, como de porcelana. No tenía ni un pelo en el cuerpo. Le decíamos, “abuelita, déjanos tocar tus rodillas”. Y se bajaba un poco la media, y nos dejaba acariciarle la pierna.

Dos cosas la hacían enojar mucho: que le dijéramos “agüelita” o simplemente “abue”, y que cuando nos llamaba dijéramos “mande”. Quería que le respondiéramos “dime”, o un sencillo “qué”.

La otra cosa inolvidable es que tenía un dedo incompleto: le faltaba una falange en el cordial derecho. Algún accidente le pasó de chica, ya ni me acuerdo qué. Se pintaba las uñas, y, en ese dedo, se pintaba el pedacito de carne. Jugaba con nosotros: nos tomaba la

mano, como para leernos la suerte, y decía un versito maravilloso: "A la buenaventura, si Dios te la da, si te pica una mosca, rascate-lá..." Y te rascaba la palma de la mano.

Y sus pies. Tenía los pies muy pequeños, pero con enormes juanetes. Deformaba los zapatos; parecían casi igual de anchos que de largos. Por eso en sus últimos tiempos sólo usaba unas chancas negras, de piel, muy cómodas.

Mi abuelo Juan se murió cuando yo tenía ocho años. Por eso casi no lo recuerdo. Sólo lo tengo en mi memoria como una fotografía: dulce y sonriente; sus cejas muy pobladas, blancas, su boca benévola, sin dientes, su eterno traje gris, con chaleco, y su sombrero. A los setenta y dos años le dio un infarto, y se murió en dos días. Lo del infarto funcionó después como mito: mi papá nos amenazaba continuamente, para cualquier cosa le "iba a dar un infarto" como a su padre. Y hasta eso que nunca le dio.

Cuando éramos muy chicos, a veces, en las vacaciones, nos íbamos a dormir algunos días a Artes. Tenía su parte aburrida. En la mañana, sólo se trataba de estar con mi abuelita, que tejía con su gancho carpetas todo el tiempo, o toquillas, o manteles, mientras oía todas las novelas del radio, y de todo te regañaba. Tenías que estar quieta, sentada junto a ella. Lo divertido era en las tardes, cuando agarrábamos un camión o un taxi y nos íbamos al cine. Porque le encantaba ir al cine, era como vicio. Se quedaba a ver la película dos o tres veces. Yo vi, con ella, *El Ultimo Cuplé* como cuatro veces. Ella la vio catorce, y *La Violetera* otras tantas. Y eso que le chocaba Sarita Montiel; la criticaba por sosa y le decía "la lengua de vaca". Con ella vi todas las de Marisol, Joselito y Rocío Dúrcal. También *Marcelino Pan y Vino*, y otras muchas.

En sus últimos años, los nietos grandes nos pudimos acercar más a ella, sobre todo mis primos Arancha y Juan Ramón. Yo, un poco menos. A ellos les contó muchas cosas de su vida; como por ejemplo que, cuando se casó, se usaba que las señoras se pusieran para dormir un camisón cerrado, desde el cuello hasta los pies, y que solamente tenía un ojal grande a la altura del pubis. Y ella confesaba, maliciosa, que francamente muchas noches se lo quitó.

Cómo me arrepiento de no haberle preguntado más episodios de su juventud. Pero a mis dieciocho o veinte años me interesaban más otras cosas que platicar con mi abuelita, además de un cierto miedo que le tuve siempre.

Sanísima, nunca estuvo enferma de nada. Se murió de ochenta años, perfectamente lúcida, igual de divertida, de malhablada y de

regañona que siempre, de un catarro que se le volvió pulmonía fulminante. Sólo los últimos días perdió la conciencia.

Yo tenía veintiún años y, el último día, pedí permiso en el trabajo y llegué a verla al Sanatorio y me encontré con el cuarto vacío y la cama sin ropa. Fue la primera muerte que viví con plena conciencia. Fue mi primera agonía, mi primer velorio, mi primer entierro de verdad.



10 | Escuelas varias

Lo primero, me mandaron al *Jardín de Niños Condesa*, el de Tere Fernández, que quedaba a la vuelta de la casa.

Aunque dicen que cuando entré al kinder yo ya sabía leer. Mi mamá no sabe cómo aprendí. Dice que aprendí sola, como a los cinco años. Parece ser que ella me leía cuentos, yo los oía una y otra vez, y me los sabía de memoria y jugaba a que “leía”. Un buen día, en la calle, empecé a leer los letreros de diversos anuncios. Eso dice mi mamá.

Tere Fernández era hija de Don Pepe y de Doña Olimpia, que eran unos viejos españoles amigos de mis abuelos. Don Pepe también había sido profesor. Fue maestro de mi padre y de mis tías.

La Tere se casó ya grande. Yo recuerdo la boda. Le mandaron traer un paisano de la madre patria que se llamaba Gervasio Roviroso. Y los suegros le pusieron un negocio de vidrios y espejos, a todo tren. Eran ricos, aunque todos parecían aldeanos de Asturias.

La seño Tere era gordita, de nariz grande pero muy respingada. Iba muy polveada y tenía la boca chiquita, perfectamente dibujada y pintada. A mí me parecía guapísima en ese entonces, y la adoraba. Ella era la dueña y directora del Kinder, y era también maestra. Nos daba además la clase de canto. Tocaba el piano y cantaba muy bien, “una rueda/ muy bien hecha/ vamos todos a formar...” Nos ponía a bailar música española, chotises que tocaba alegremente. Aplaudíamos y los marcábamos con el talón, las manitas en la cintura. También cantábamos canciones de Cri-crí, y una que decía *Patito patito color de café* y unas jaranas yucatecas que nos hacía zapatear.

Hacía, cada año, festivales muy lucidos para el día de las madres en la Sala Moliere. No recuerdo los ensayos, pero sí el gran teatro, los aplausos, el vestuario y los primeros maquillajes: chapas, bilé y algún lunar muy coqueto pintado con lápiz negro. Tengo las viejas fotos: un año bailamos el *Vals de las Flores*, disfrazadas como

bailarinas de ballet y con coronita de flores. Otro, el último, con mi traje de adelita, fue *Jesusita en Chihuahua*. Y el más famoso, el mejor traje y la mejor foto, *Las Lagarteranas*, con tacones y castañuelas.

Debe haber sido una buena escuela: en preprimaria yo me sabía hasta la tabla del siete. Además del hecho glorioso y mítico de la niña abanderada por ser la mejor alumna de la escuela, que mi mamá no se cansa de repetir hasta la fecha, y que está consignado con una foto histórica en el Album del Bebé de mi propiedad, mis únicos recuerdos del kinder son la seño Tere y el cuarto oscuro.

El cuarto oscuro era una pequeña habitación llena de trebejos que quedaba al final del patio, y que decían que tenía ratas. Nos amenazaban que iban a encerrarnos ahí si nos portábamos mal. Peligraban algunas niñas que eran pellizconas y perruchas. Pero al único que realmente encerraron fue a un niño que se llamaba Eugenio, porque un día dijo *cabrón*. Era la primera vez que yo oía esa palabra. Y pobres de nosotros si la repetíamos.

La seño Tere tenía una letra palmer preciosa, y su pluma fuente, con la cual nos pintaba unos ojitos y una boquita en un dedo para que jugáramos a los mini-títeres, y con esa misma pluma Parker firmaba con su nombre completo: Teresa Fernández de Rovirosa, y luego le hacía un gran ocho acostado. Yo firmé con una letra igualita y esos mismos dibujos hasta los catorce años, y creo que desde entonces me han fascinado siempre las plumas fuentes.

Seguiríamos viendo a la seño Tere muchos años después, muy de vez en cuando, aun cuando ya no tuviera el kinder. Tuvo tres hijos, gorditos gorditos, igual que ella: Teresita, Aurorita y el Gervasín. Para entonces se peinaba con muchísima laca y muchísimo crepé en el pelo corto, pintado de rayos amarillos. Se notaba que su peinado rígido le duraba semanas. Seguía con su boquita pintada excesivamente y su cutis, envejecido, de pambazo. Usaba unos lentes alargaditos hacia arriba que tenían como diamantina. Ahora me caía gordísima: la desagradecida adolescencia borró todo aquel párvulo amor.

Mi mamá la veía con respeto. Siempre la vio no sólo como amiga, sino como benefactora. No sé por qué: un día me confesó que alguna colegiatura se la pagó con sus mejores aretes, unos de esmeraldas que tenía.



Supongo que mi primaria fue muy buena académicamente. Entre el muy español *Jardín de Niños Condesa* y la elegante *Escuela Inglesa The Helena Herlihy Hall* hubo un intermedio tranquilo: el *Instituto Lacordaire*, escuelita pobre a cargo de monjas dominicas, que estaba en una vieja casa de la colonia Escandón. Allí estudié el segundo año, y varios años después, como sueño dorado que se me cumpliera, regresaría yo a esa escuela, a hacer la secundaria.

Ese año de 1956 estaba ahí, con algún puesto importante, mi querida tía Sor Fidelis, una de las cinco monjas hermanas de mi abuela Ester.

Ser sobrina de la Madre Fidelis significaría una serie de privilegios importantísimos. Por lo pronto, mi mamá se ahorra mucho en colegiaturas. Y entre ser sobrina de la madre, y entre que todas las niñas eran muy pobres, yo me sentía como reina. Desde entonces he tratado de buscar moverme en tierra de ciegos, porque siempre me he sentido tuerta.

A la vieja casona le habían añadido una nueva ala, primer y segundo pisos. Arriba vivían las madres, y abajo eran salones. Lo nuevo era horrible, cuadrado, gris, incluyendo el gran patio de cemento donde hacíamos gimnasia bajo el rayo del sol.

Pero la parte vieja era deliciosa; tenía un corredor con macetas y cuartos grandísimos, sombríos, que eran la sala donde recibían visitas, la dirección y la oficina, el cuarto del piano donde la madre Amadita, que tenía como noventa años, me dio mis primeras clases, y luego el gran comedor y la cocina. Arriba de esta ala era la capilla y el internado de las pobres internas.

Este ángulo viejo rodeaba un pequeño jardín, con árboles, bancas y caminitos, alrededor de una fuente decorada con pedazos de vajilla rota, como mosaicos. Me pasaba horas estudiándolos, y llegué a tener mis trozos favoritos; uno azul rey y uno de rosas chiquititas, y llegué a saberme su ubicación de memoria. Había pedazos iguales a algunas vajillas conocidas: éste como de casa de mi tía Chiqui, éste como de casa de mi abuelita.

En segundo de primaria me tocó la Madre Regalado. En ese entonces todavía se les decía a veces "itas": la ita Regalado, o la ita Cerezo, que era la más terrible de todas. Había otras: la ita Carmelita y la ita Conchita, que eran viejas señoritas. No eran monjas, pero como si lo fueran. Vivían allí y trabajaban igual que las madres, aunque se sentía que eran de menor categoría.

La ita Conchita daba clases de canto y la ita Carmelita era la que nos cuidaba en el camión. Rezaba muchísimo antes de em-

prender el viaje. *San Rafael, guía de los caminantes, llévanos por buen camino.* En las clases decíamos más bien *Espíritu Santo, fuente de luz, ilumínanos.* En momentos de confusión, lo repito todavía sin querer. *Espíritu Santo, fuente de luz, ilumínanos.*

Yo era de camión. La ita Carmelita no nos dejaba platicar, ni jugar, ni tejer, porque era peligroso porque se te podían clavar el gancho o las agujas en un enfrenón. Yo a veces leía, o me dormía. "Silencio, niñas". Es lo único que repetía. Era bastante fea: pelo corto, canoso, con unos lentes verdes literalmente como fondo de botella. Se le notaba que no era monja monja, porque se polveaba y se pintaba la boca y usaba aretes y una ropa un poquito más llamativa que las madres. Pero era mucho peor de rígida que las madres, aunque usara chalecos guindas o suéteres amarillo mostaza.

Las madres sólo usaban ropa blanca y negra, del diario, porque las malvadas leyes de México gracias al malvado indio naranjero de Benito Juárez no les permitían andar de hábito. Sólo en días de fiesta muy solemne se lo ponían: blanco el vestido y negra la capa, los colores dominicos. Me parecían preciosas. El escudo de la escuela también era dominico, la cruz blanca y negra, como rompecabezas, y hasta arriba decía "VERITAS". Yo hasta después supe que era "verdad" en latín; en esos tiempos me sonaba como a lo contrario de "mentiritas".

Todas las madres tenían el pelo largo; se peinaban de chongo, en un estilo que no he vuelto a ver, que era uno como rollo, como barquillo, en la nuca. Se lo prendían con largas horquillas, que tampoco he vuelto a ver. Se veían mejor que las monjas cotidianas actuales, con su pelo corto peinado como hombres.

La madre Regalado era vieja, gruñoncita, pero bonachona en el fondo. Más que de las clases matutinas, me acuerdo de las tardes, cosiendo la costura que sería el regalo del día de las madres. Yo me escarbaba los hoyos de las muelas con la aguja. La madre me regañaba por mi terrible *punto atrás*, decía que parecían sus dientes de chuecas mis puntadas. Eran unas flores azules bordadas en unas fundas. Ese año mi mamá se enojó bastante con su regalo, porque se la pasó el nueve de mayo bordando hasta las dos de la mañana lo que yo no pude acabar y que debía estar listo y envuelto al otro día, para el festival.

También recuerdo, dentro de la clase de Historia Sagrada, o sea de catecismo, el día de Pentecostés, que nos explicó lo que quería decir esa fiesta, y luego hicimos una especie de ritual. Había recortado palomitas de cartulina y, como rifa, teníamos que sacar una

cada quién de una caja. En cada palomita estaba escrito uno de los dones del Espíritu Santo, y el chiste era a ver cuál te tocaba. Los dones del Espíritu Santo son siete: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Por más que trato, no puedo recordar cuál me tocó. Seguramente no fue ni fortaleza ni piedad. ¿Tendré ciencia o entendimiento?

En el recreo, yo iba a la cocina por la parte de atrás, y mi tía Sor Fidelis me daba todos los días una pequeña charola con puras delicias: dos taquitos de frijoles, con una rajita de chile; un cucurucho con cacahuates; un vaso de cartón con palomitas; una manzana. Mis amigas le gritaban, “¡Tía, tía, también a mí!” Y se hacía la que no oía y se metía rápido en la cocina. Todas me tenían envidia.

Ella, Sor Fidelis, también era la maestra de inglés, porque había vivido muchos años en la Casa Madre de Anaheim, California. Mi tía Sorfi tenía la letra más perfectamente trazada que yo he visto en mi vida, en el pizarrón o en el papel. Nos daba un inglés muy elemental, pero que sería suficiente para que yo pudiera entrar, en tercero, a la *Escuela Inglesa The Helena Herlihy Hall*.

El cambio de escuela no sé por qué lo habrá decidido mi madre. Supongo que fue porque Sor Fidelis se fue de México, cuando la mandaron a Delicias, Chihuahua, a una escuela de allá. El caso es que inexplicablemente me inscribieron en una escuela de gente rica, absolutamente rígida y severa, y absolutamente bilingüe.

Todo era diferente. Aquí había *misses*, no madres, aunque las dueñas de la escuela eran unas ex-monjas irlandesas. Les decíamos *sisters*. La principal era la *Sister Evangelist*.

Yo nunca le he tenido tanto miedo a nadie como a las maestras del “Helen”, que así le decíamos, pero sobre todo a la *Sister*. Era una mujerona altísima, como de sesenta años. Nunca entendí bien su estado civil o eclesiástico, porque iba perfectamente maquillada y usaba el pelo pintado de rubio estridente, amarillo huevo casi, y se vestía muy elegante de traje sastre, y usaba joyas. En la mano izquierda, con uñas perfectamente manicuradas y pintadas de rojo, usaba un anillo de oro con una cruz, como de monja, y algunas niñas se lo besaban. Yo nunca me atreví, ni me dieron ganas de besarle la mano.

Nunca habló bien el español. Hablaba como gringa recién llegada a México. No daba clases de nada; sólo se paseaba por los pasillos de la escuela, con sus lentes colgando de una cadenita dorada y gritando, siempre, o mirándonos fulminadoramente. “¡Bueno!”, “¡Qué pasa!”, “¡Silence!”, con su voz profunda y fuertísima que

bastaba para dejarnos en silencio y temblando. Le encantaba el terror, y le encantaba entrar sorpresivamente en los salones. Hasta las pobres maestras mexicanas le tenían miedo: las regañaba horrible, igual que a las niñas.

Cómo extrañaba mi *Lacordaire* querido. En vez de mis monjas regañoncitas pero consentidoras, estas misses, todas obligadas a ser sargentos, todas amenazadoras. Porque no es lo mismo quince niñas sencillas bordando alrededor de una monja que sesenta y cinco fieras de la clase dominante metidas en un salón, aprendiendo *grammar* y *spelling*. En vez de la tiendita de la Madre Cerezo, y la campana, y la ofrecida de flores en mayo, y el retiro espiritual antes de mi Primera Comunión, y el patio con la fuente, aquí era el salón, siempre el salón. Aquí no había recreo. No había trabajos manuales. No había festivales del Día de las Madres ni bailes ni ceremonias de fin de cursos. Esta escuela no perdía el tiempo.

Recuerdo que para escaparme, para airearme un poco, pedía permiso de ir al baño. Y olía tan horrible, que, mientras estaba sentada en el excusado, me agachaba a oler mejor mis calzones.

En esta escuela no tuve placeres ni felicidades ni descansos. Pura soledad y puro miedo. Más que miedo, terror. Un estado de terror permanente a la autoridad que seguramente me marcó para siempre. Y me traté de proteger cumpliendo las mejores expectativas de padres y maestros: obedeciendo todo, siendo la más aplicada, primer lugar, puros dieces, calladita, siempre, y hasta la fecha.

Aquí no era como en el *Lacordaire*, que a fin de año te daban premios por todo: medalla de aprovechamiento, medalla de aplicación, medalla de excelencia, que cuál sería la diferencia, no sé, y además te daban medalla de religión, de deportes, de aseo, de civismo, de inglés, de puntualidad y de conducta, aparte de la posible Banda de Honor. En el Helen sólo daban tres medallas en cada salón, a los tres primeros lugares, todas igualitas: doradas, con un listón rojo, y decían "EXITO". Daban tres para Español y tres para Inglés, y si te la daban en Español ya no te la podían dar en Inglés. Yo merecía, cada año, ambas. Y no me las dieron; obtuve cuatro cuando merecía ocho. Bueno, tuve cinco, porque una de las misses de inglés que tenía buenos sentimientos, la *Mrs.* Riquelme, que tenía el pelo canoso pintado a veces de azul y a veces de rosa y a veces de moradito, compró con su dinero otras tres medallas y nos las dio. Eso, y la *Mrs.* Aguilar, que me regaló un libro sobre la vida de Helen Keller, en inglés, y me lo dedicó, al final del curso de sexto de primaria.

Nunca quise a ninguna maestra del *Helen*. Pero ahora que lo pienso, pobres mujeres, no eran tan malas. Por ejemplo, la *miss* Adelita, la de español de sexto, cuánto le debo. Una cosa tan simple como una plática en su escritorio, mientras firmábamos los certificados de primaria. Mirada ceñuda, voz de sargento: "Y tú, niña, qué vas a estudiar". "No sé, *miss*... yo creo que me voy a meter a comercio". Y la escandalizada protesta: "¡No niña! ¡No seas tonta! ¡Cómo comercio! ¡Tú debes meterte a secundaria!" A mí, realmente, me daba igual. Las opciones, después de la primaria, eran o comercio o secundaria y punto. Yo le hice caso, les dije a mis papás, y ellos dijeron que bueno, sin demasiado problema, y acabé, bendito sea Dios, de regreso en el *Instituto Lacordaire* para estudiar la secundaria, cosa sorprendente, porque la tradición familiar era que las mujeres, si bien les iba, estudiaran comercio, para luego ser secretarias o empleadas. Como mi mamá, como mis tías, como mi prima Arancha.

A mí lo de la secundaria, y luego prepa, y luego qué más, me sonaba totalmente extraño. No conocía yo a ninguna mujer que hubiera ido a la universidad. En mi mundo cercano, todas las mujeres jóvenes y adultas o eran amas de casa o trabajaban de empleadas. Y claro que me gustaba más eso de irse a trabajar, como mis tías, como mi prima mayor. Las veía ponerse muy elegantes, pintarse, con sus tacones, sus collares, su perfume atrás de las orejas, su peinado con espray. Las veía apresurarse, agarrar su bolsa y salir corriendo a un mundo que me parecía maravilloso, ser secretaria, escribir a máquina, saber taquigrafía, tener jefe, qué padrísimo. En cambio el otro modelo no me atraía: estar en bata hasta quién sabe qué horas, tendiendo camas y recogiendo ropa y disponiendo la comida en la rutina y en el aburrimiento.

Entonces la *miss* Adelita, como quien dice, vino a cambiar mi vida, a decidir mi futuro, sin que yo me diera cuenta, como más tarde lo haría también la Madre Juana, que nos llevó a la Preparatoria Cuatro a hacer el examen de admisión sin preguntarnos si queríamos.

Hasta sexto año no tuve amigas en el *Helen*. En tercero, cuarto y quinto, preferí ser la más aplicada. Es decir, preferí a las maestras que a las niñas, y era sin querer y ni cuenta me daba. Me sentía sola, asustada, rechazada. Pero cómo no me iban a rechazar si las maestras no se cansaban de ponerme de ejemplo; si cuando salían del salón decían, "Pedregosa, me apuntas en el pizarrón a las que hablen". Y yo muy obediente, y en cuanto se salía la *miss* empezaba el desmadre, y yo gritando, angustiada, oigan, cállense, y poniendo

nombres y taches y más taches. Y cómo no las iba yo a apuntar. Ni modo de hacer trampas. Ni modo de decir mentiras. Aunque todas me odiaran.

Las niñas, casi todas, eran ricas. Más ricas que yo. Más de la mitad eran judías. Muchas de ellas blancas, güeras, preciosas. Yo me sentía feíta, morenita, pobrecita. De uniforme remendado del año pasado, de corbata no comprada en *El Puerto de Veracruz* sino caserita, cosidita a mano por mi mamá. No encontraba iguales, no hablaba con nadie. Sólo en sexto, que conocí a Nieves y fuimos muy amigas. Nuestros papás eran españoles y nuestras mamás eran mexicanas, y eso bastó para identificarnos.

A las judías no se les decía judías, sino “israelitas”. Era notoria la división, porque algún día, en la tarde, nos daban clase de catecismo a las puras “católicas”, o “mexicanas”, como también se nos decía.

La *miss* de catecismo, la *miss* Lupita, era exactamente como un gran cerdo. Como las pinturas de los cristianos y de los capitalistas en los frescos de Diego. Abominable, tenía como cincuenta años. Era gorda y repugnante. La cara como con elefantiasis: los cachetes enormes polveados polveados, la boca como hocico, gigantesca, pintada. El pelo, poco, y teñido color zanahoria. Los ojitos malévolos, de veras como de cerdo. Llena de anillos en sus dedos hinchados.

Entraba fatigada, resoplando, y se sentaba por fin. No podía cerrar las piernas de lo gordas. Se le veían las medias enrolladas arriba de las rodillas y luego la carne desparramada de los muslos.

No hacía nada. No enseñaba nada. Sacaba de sus innumerables bolsones los catecismos que nos vendía. Ponía a unas niñas —afortunadamente nunca me escogió a mí— a “tomar” las lecciones a otras. Era el catecismo de Ripalda.

P.-¿Eres cristiano? R.- Soy cristiano por la gracia de Dios.

P.-¿Quién es Dios? R.- Dios es un espíritu purísimo, infinito, etcétera.

La niña tomadora te iba poniendo palomitas con un bicolor en cada respuesta que repetías bien. La *miss* nunca explicaba nada. Esa hora era un desmadre. Grupitos por todos lados. Niñas que preguntaban y niñas que contestaban. Ella, echada en su silla, platicaba con la bolita de barberas que la rodeaban y gritaba de vez en cuando: “¡Se callan!” cuando el murmullo subía demasiado de tono.

Casi al final, sacaba una bolsa de plástico y gritaba: “A ver, niñas, la limosnita de mis niños pobres” y te miraba con sus ojitos de jabalí. Yo siempre daba algunos centavos, aunque fuera un veinte, por si acaso.

Y nunca entendí, por ejemplo, qué diferencias había entre la religión de las “israelitas” y de las “católicas”. Nunca supe a dónde se iban en ese tiempo las israelitas. Y menos entendí, en esos años, porqué en el catecismo decíamos “soy cristiano” si en la escuela nos decían “católicas”.

Yo a las israelitas les tenía mucha envidia. Eran tan guapas, tan ricas, tan desparpajadas. Aunque había de todo; algunas eran muy burras, mal portadas, sucias y majaderas. Pero todas tenían un orgullo y una fuerza que me apabullaban. Eran directas, con una seguridad impresionante. Como de extranjeras, como mi abuela Paz, como mis tías las Pedregosa. En cambio yo, como mi madre. Las mexicanas, dulces, calladitas, prudentes prudentes.

Las judías vivían en Polanco, en grandes casonas muy elegantes, por lo menos las niñas que se iban en mi camión. Puro Masarik, puro Emilio Castelar. En mi colonia, Nueva Anzures, calle Bahía Santa Bárbara, no vivía nadie más que yo. Y a mí se me hacía la colonia más pinche de todo el recorrido. Mucho más bonito Molière y Campos Elíseos.

Yo era la primera que recogían y la última que dejaban. Como íbamos mañana y tarde, me quedaban como quince minutos para comer a mediodía. Y luego, una hora de vueltas y más vueltas.

Un año, para evitarme esas prisas, me metieron de medio interna, para que comiera en la escuela. Ese año fue el peor. La comida no era mala. Era como la de mi casa, o mejor. Pero me sentía rara, porque me gustaba y me la comía toda. Las demás niñas se quejaban de que estaba horrible y dejaban la mitad. Yo pensaba que tenía muy mal gusto o que en mi casa se comía muy mal o que yo era muy mensa. Pero me la comía, y decía que estaba buena. Eso mismo me pasaría treinta años después, cuando fui gerente en una empresa trasnacional. Ahí comía yo a veces en el comedor de los empleados y la comida me parecía bastante buena. Las y los otros gerentes, jóvenes ejecutivos, niños de la Ibero y del Tec no decían otra cosa más que “guácalas, qué horrible”, y no comían nada. Era comida de obreros, como de cocina económica. A mí me parecía buenísima: sopita de pasta, arroz, guisados verdes picositos o rojos manchamanteles; ensaladas de chayotes con crema o de nopalitos o de zanahoria rallada. Frijoles. Agua de melón o de tamarindo. Me lo comía todo, feliz, y para entonces ya no me sentía nada mensa.

Pero en aquellos tiempos de medio-interna, todo era sufrir. Sobre todo no salir. Quedarte en la escuela. Ver a miles de niñas en filas rumbo a los camiones, rumbo a sus casas, y tú te quedabas otras dos horas de cárcel.

No poder irme a mi casa era mi terror fundamental. No poder irme nunca jamás. En la clase, cuando estábamos muy tremendas, la *miss* nos amenazaba con no dejarnos salir, con dejarnos castigadas. “Hoy no se van. Hoy sí no salen”. Yo me angustiaba muchísimo, y le decía con lágrimas en los ojos, “pero *miss*, las de camión, nos va a dejar el camión”. “¡Y a mí que me importa! Síganle, y no las dejen salir”. Los últimos diez minutos eran el peor tormento. Me imaginaba a la *miss* del camión que me iba a regañar por salir tan tarde, o el camión arrancando sin mí, dejándome ahí, paradita en la calle, solita, o las caras de mi mamá y de mi papá si les tuviera que hablar que vinieran por mí, y me imaginaba la terrible regañada. Pero finalmente sonaba la chicharra y claro que nos dejaba ir. Yo suspiraba aliviada, corría hacia el camión tres y hacia mi casa. Por hoy me había salvado.



11 | Ingenuidad

Tu madre se afana en terminar de ordenar la sala y el comedor. Sus amigas no tardan en llegar. La observas acomodar las deliciosas galletas Surtido Rico en un platón, sacar las tazas y los platitos de la vajilla elegante, la que tiene corazoncitos, y poner agua a hervir.

Más tarde, aburrida de jugar en tu recámara, vas a la sala a ver a las señoras. Después de recibir los molestos besos y los consabidos comentarios de costumbre, se te permite comer algunas galletas y quedarte.

Las señoras andan todas alrededor de los treinta. Son guapas y elegantes. Llevan vestidos con hombreras y zapatos de tacón muy alto, con plataforma y con correas delgaditas que se abrochan como una pulsera en el tobillo. Toman una de Nescafé y dos de azúcar. Tienen las bocas pintadas, pero de todos modos tu tía Chole saca de su bolsa el bilé y la polvera y, estirando la boca abierta, se pinta de nuevo. Las otras la imitan. Entonces discuten algo de la resequedad de los labios. La boca pellejosa.

—Ay tú, a poco tú si te pintas con la boca pellejosa.

—No hombre, cómo crees. Yo no. Lupe Fernández sí se la pinta.

Tú observas que a Chole se le mancharon los dientes de rojo. Todas fuman, Raleigh con filtro. Ves las manos bellísimas, con las uñas pintadas, sosteniendo el cigarro. Las boquillas también están manchadas de bilé. Tú piensas que también te vas a pintar y vas a fumar y se te van a manchar los cigarros y los dientes y la taza de rojo, qué padrísimo, cuando seas grande y seas señora y tengas hijos.

La plática entonces lleva un buen rato girando sobre las locuras de tu tía Teté, una tía alocada y muy chistosa que hoy no vino. La recuerdan celebrando sus frases y sus dichos. La extrañan, la remedan, la admiran. Hace tanto que no la ven, a esa Teté tan tremenda...

Tu madre quiere contarles la última anécdota de Teté. Se trata de que fue al salón de belleza y se pintó el pelo de rubio cenizo y se hizo permanente.

—...y cuando vio cómo había quedado, ay, qué barbara, qué creen que dijo...

Crece la expectación. Las señoras y tú esperan ansiosas oír lo que dijo Teté.

Tu mamá se pone nerviosa, mira a las otras tías, te mira a ti, su pequeña hija. Por fin, con voz fingida, te dice sin mirarte:

—Marce, mi vida, por favor mijita, ve a la cocina a ver si está apagada la estufa.—Sus ojos sonrían a sus amigas.

Tú piensas en ramitos de tenmeacá y vas obediente a la cocina, que está a cuatro metros de la sala. Por supuesto que la estufa está apagada, y por supuesto que oyes la esperada frase.

—¡Ay, carajo, qué horror! ¡Ora sí ya me chingaron el pelo!

Oyes también las carcajadas y los grititos agudos y nerviosos, que duran demasiado. Te haces guaje en la cocina hasta que terminan de reírse.

Regresas, entonces, a la sala. Te sientas, solemne, en tu banquito, y miras a tu madre, tan ingenua la pobre, con profunda lástima. Te sientes llena de madurez.



12 | Decires

Nosotros éramos unos escuincles y ellos eran unos chicos. Nosotros éramos unos niños muy bonitos y ellos qué ricos eran. Nosotros decíamos mi pieza y ellos decían mi cuarto. Nosotros decíamos en algún lugar y ellos decían en algún sitio. Nosotros gritábamos te habla mi mamá y ellos te habla mamá. Nosotros los carrereábamos con órale, ándale, apúrate y ellos nos apresuraban con hala, venga, vamos. Nosotros contestábamos mande y ellos dime. Nosotros nos íbamos a merendar y ellos se iban a cenar. Nosotros comíamos papas y ellos patatas.

Nosotros nos bañábamos y ellos se lavaban. Nosotros nos persignábamos y ellos se santiguaban. Nosotros nos íbamos a la escuela y ellos se marchaban al colegio. Nosotros nos poníamos fijapelo y ellos se daban gomina.

Nosotros salíamos limpiecitos y ellos iban muy pulcros. Nosotros regresábamos chamagosos y percutidos y ellos, los muy guarros, todos pringosos, hechos un asco.

A nosotros nos cargaron y a ellos los auparon. Nosotros jugábamos lotería y ellos parcasé. Nosotros teníamos alcancía y ellos hucha.

Nosotros hacíamos pipí y ellos meaban. Ni ellos ni nosotros hicimos nunca de la chis. A nosotros nos daban ganas de vomitar y ellos tenían basca. Nosotros teníamos petacas y ellos nalgas. Nosotros, chichis y huevos. Ellos, tetas y cojones.

Nosotros éramos unas criaturas muy desobedientes y ellos eran unos críos que eran unos bestias y unos cafres. A nosotros nos regañaban y a ellos los reñían, y a veces, a nosotros y a ellos nos mandaban a la porra.

Entonces ellos se iban a la mierda y nosotros nos íbamos a la chingada.



13 | Mi tía Lines

Mi tía Angelines Pedregosa era bastante guapa de soltera. Veo las viejas fotos y me sorprendo, porque no la recuerdo así. Todavía brillaba en sus ojos alguna esperanza. El día de su boda se veía muy bien, su cara tenía una cierta dulzura y su sonrisa todavía no era amarga. Vuelvo a ver dos fotos inolvidables, tomadas en su luna de miel en Acapulco: una, parada en la orilla del mar, con su traje de baño *strapless*, de esos grandototes. Es una chamaquita con la mirada tímida, un poco vergonzosa.

En la otro foto aparece enterrada totalmente en la arena, sólo la cara visible, divertida. En este momento me doy cuenta de que yo, desde muy niña, en cada playa que he estado he jugado a enterrarme. Como la Mujer Dormida. Tradición obligatoria, inconsciente, que he cumplido sin querer a partir de una pequeña fotografía que tiene los bordes de piquitos.

Qué le pasó a esa muchacha, no sé. Si el novio también era guapo, José Antonio. Rubio, alto, esbelto, ojo azul, con su bigotito perfecto. Si era un buen hombre, el tío José Antonio. Tal vez algo callado... Artista, pintor él. No tenía mala mano. Hizo retratos al óleo de toda la familia, incluyéndome a mí, y luego le dio una época por pintar Quijotes. Nunca ganó mucho dinero. Pero era muy buena gente.

¿Cómo la trataría? ¿Qué cosa la decepcionó tanto? ¿O qué esperarí ella, que nunca se le cumplió?

O a lo mejor es algo de antes. Algo muy viejo, desde siempre. Cómo saber qué desamores vivió en su infancia, o cómo sería con ella mi abuela, o qué le pasó.

El caso es que después se volvió fea. Más fea de adentro que de afuera. Seca, amarga, mal encarada. Hasta parecía algo contrahecha sin serlo, se veía medio jorobada. Morena clara, pálida tirando a verde, como yo, ojos negros, grandes, hundidos. Chaparrita, un poco prógnata, siempre con cara de asco y siempre, pero siempre, sentada y de brazos cruzados.

Llegaban los domingos a Artes. Lines, José Antonio y sus dos hijitas, la Yayis y Laurita. Callados, silenciosos, demasiado tranquilos. Más bien como tristes, todos.

Ella siempre igual. La veo con su falda recta, vieja, oscura. Zapatos negros anodinos. Blusa más o menos diferente, estampada, de un color o de otro. Tal vez algún día un vestido completo. Pero siempre el suéter, nunca puesto completamente, sino echado sobre los hombros, nunca las mangas metidas. Los brazos cruzados, siempre. Sólo los mueve para jalarse el suéter hacia adelante. Mueve sólo el derecho para fumar o para tomar su cocacola. La veo siempre así, sentada, fumando un cigarro tras otro, bebiendo litros y litros de cocacola, silenciosa, con el brazo izquierdo encogido sobre el vientre. La cara triste o agria. La sonrisa nunca gozosa, cuando se da. Más bien mueca, sarcasmo, burla.

Le teníamos miedo. Era la peor de todas, de todo nos regañaba. En la mesa del comedor, con los grandes, platicaba medio en pleito, medio en broma. Como exagerada, como sobreactuando, su tono era siempre agresivo y burlón. Y qué curioso, como que odiaba lo español. Era la más “mexicanista” de todos, era la única que hablaba despectivamente de los “gachupines”.

Tenía sus sobrinos favoritos, como Agustín, y los defendía, pero a base de condenar a algún otro. Y su marido, mi tío José Antonio también: a mí me defendía él. Eran mucho muy frecuentes en esa mesa comentarios del tipo de: “Marcela nació horrible. Parecía chango. Tenía la frente pegada a las cejas”. Parece que eso dijeron al conocerme mi papá y mi tía Chiqui. Mi tía Chiqui siempre me decía que yo de chica era horrible. Que menos mal que ya estaba mejorando. Mi tía Lines en esto no opinaba, pero mi tío José Antonio siempre me defendió. Lo mismo que mi abuelo Juan. Ellos estaban a favor mío, ellos siempre contestaban, “no es cierto, era lindísima desde chiquita”. Y mi tía Carmela, siempre de mi lado, gozaba diciendo que cómo me parecía yo a ella, porque me gustaban los buenos libros, la buena música y la buena comida. “Tienes buen diente, como yo”, decía.

Mi tía Lines, a sus pobres niñas, las traía fregadas. Si se daba cuenta que en la mesa de los chicos sus hijas no se habían acabado la comida, se paraba —sólo para eso se paraba, caminando rapidísimo— y les gritaba furiosa y les pegaba salvajemente. Mis hermanas se comían a escondidas lo que mis primitas no querían, para que no les pegaran. “Aguas. Mi tía Lines. Pásame el pollo de Laurita”.

Creo que una sola vez fui a su casa, y ni me acuerdo bien. Ella nunca nos invitaba; yo creo que estaban muy fregados de dinero. Nunca festejó los cumpleaños ni nada. El departamentito de la calle de Pitágoras era triste, muy oscuro. Sólo recuerdo una lámpara que era un pez erizo disecado, pintado de rojo, gordo, inflado, cubierto de púas. Arriba tenía el foco y la pantalla.

Supongo que oí a mi mamá y a alguna tía criticándola: que cómo podía vivir así, que su casa estaba siempre sucia, que no limpiaba ni guisaba ni nada. Puro fumar y tomar cocacolas. A ratos tejía: hacía unas chambritas preciosas.

De esa época, los recuerdos que tengo de mi tía Lines frente a mí no son agradables; siento la saña con la que me jalaba las orejas el día de mi cumpleaños, dizque para que creciera, fuertísimo, con toda su alma, como si disfrutara de mi dolor. Y luego, diciéndome, “malditos trece años, cuántos desengaños”. Después diría que malditos catorce, y malditos quince, y malditos dieciséis, igual cada cumpleaños. Y luego, cuando aquella vez me tuvieron que operar de un forúnculo que me salió entre la vagina y el ano, oigo su voz diciéndome: “¿Ya ves, por andarte tocando ahí?”

Y cada vez se fue amargando más, en la medida en la que crecíamos. Como si odiara la vida de los adolescentes, como si no soportara nuestra juventud. Nos miraba amenazante a mí y a mis hermanas, desconfiaba de nosotras porque teníamos novios. “Ya te vas a besuquear con ése, ¿verdad?” Y cuando decía *besuquear* hacía una mueca de asco.

Sin embargo, conmigo tuvo también momentos cariñosos. Recuerdo entre brumas cuando me dio la nefritis. Creo que tenía yo cuatro años. Seguramente cuatro y medio, porque fue cuando nació Susana mi hermana. Había yo estado malísima de las anginas, y he de haber tenido el hemolítico beta, porque se me infectó el riñón. Creo que estuve bastante mala, porque me recetaron un mes y medio de absoluta inmovilidad, en cama, y cuando por fin me levanté me acuerdo cómo volví a aprender a caminar, con mis choclos azul marino con blanco. Me inyectaban un antibiótico —recién descubierto, yo creo— que dolía mucho y que se llamaba *Dycristicina*. Y dieta especial, y muy poca sal. Mi mamá a veces no estaba, y me cuidaban a ratos mis tías más jóvenes, las solteras: mi tía Cándida y mi tía Pita, y alguna vez mi tía Lines, que estaba recién casada. Me daba de comer sonriente y cariñosa. Me consentía, me guiñaba un ojo y decía: “hoy sí podemos comer con los deditos, ¿no?”

En las navidades, cuando se emborrachaba un poco, se ponía muy simpática. Su canción favorita era *Noche de Paz* y siempre quería que se la cantáramos. Entonces lloraba, siempre.

Cuando nació mi primera hija, fue la primera que llegó a verme al sanatorio. Le regaló a Mariana su primer juguete: un elefantito azul, de tela de cuadritos. Y les tejió a los tres unos sueteritos maravillosos, que todavía guardo.

Se murió muy joven. Tenía como cuarenta y cinco años. Le había dado una gripa muy fuerte y estaba sola en su casa; tenía fiebre y se levantó al baño. Se mareó y se cayó sobre una cubeta de fierro. Se le reventó el bazo. Cuando la encontraron estaba muy grave.

La vi por última vez en su cama del Sanatorio, con la mirada perdida, con el rostro pálido e indiferente. Lo extraño es que unas semanas antes la gravedad había pasado; los doctores decían que estaba mejor y hasta había salido del hospital. Pero, inexplicablemente, todo se complicó, y tuvo que volver a ser internada. Fue empeorando. No había manera de animarla, no quería comer, nada le importaba, y día tras día se fue hundiendo cada vez más hasta que se murió.

No luchó. Se murió amarga y triste, o más bien indiferente, con los brazos cruzados. Los primos, con tono filosofal, comentamos que se murió porque no le gustaba la vida, porque ya no quería vivir.

Pobre tía Lines, nunca voy a saber. Yo cada año le pongo su cocacola familiar en mi altar de muertos. Todas las navidades me entra una extraña melancolía cuando escucho *Noche de Paz*. Y algunos días que puedo ver el Iztaccíhuatl, me sorprende recordándola, feliz, enterrada en la arena de Caleta.

A veces sospecho que la inocente se murió pensando: "Malditos cuarenta y cinco años, cuántos desengaños".



14 | Otros domingos

Algunos domingos que tocaba Artes no comíamos en Artes. Nos íbamos de día de campo. Otras veces la salida no era tan larga, simplemente nos llevaban a dar una vuelta y regresábamos a comer aquí. Y muchas mañanas íbamos al panteón.

Seguramente los días de campo fueron varios, pero yo los veo todos juntos en uno solo, como si fuera un día de campo prototípico que se hubiera repetido siempre igual, muchas veces. O tal vez tengo un solo recuerdo y lo alargó y lo generalizo y pienso que fueron muchísimos días de campo, y digo en copretérito *íbamos* de día de campo y *siempre hacíamos* esto y lo otro y en realidad fuimos e hicimos esto y lo otro una sola vez. Así es toda mi memoria, así es la memoria infantil. Recibías un regalo alguna vez de un tío lejano, y a los diez años ya recordabas, muy memoriosa, deformadamente: ¿Te acuerdas de ese tío que *siempre* nos regalaba muchos juguetes?

Nosotros, entonces, nos *íbamos* de día de campo. Siempre en el coche de mi papá. Íbamos cantando en el viaje, como si fuera navidad. Algún otro coche nos acompañaba, y esto aumentaba la emoción y la alegría. Vigilábamos por el vidrio trasero si venían. “¡Ahi vienen, ahi vienen!”, como si el hecho de que el coche del tío Julio nos siguiera fuera algo realmente milagroso.

Mi papá siempre con sus indumentarias tan especiales. Siempre con su chamarra de lana (la vieja *maquinoff*, de cuadros rojos y grises) y siempre con sombrero, gorro, boina o cachucha, porque, además de que le encantaba ese disfraz, o le daba frío en la calva o se le quemaba dolorosamente con el sol. Por eso tenía tantísimos artefactos para cubrirse la cabeza, una gran colección, famosa entre sus amigos y conocidos, que le regalaban cuanta boina, montera, casco, bombín, fez o bonete encontraran en sus viajes por el mundo.

Para los días de campo, elegía una boina o una cachucha de tipo *sport*, o de tipo madrileño, que es lo mismo, de esas que se ponen los chulos de zarzuela, como boinas, pero con visera rígida. O

su sombrero tirolés, verde, de un fieltro aterciopelado finísimo, al cual le quitó los escuditos y la pluma que traía de adorno. Si acaso íbamos a Tlamacas, para subir al Popo, se ponía mejor un bellissimo pasamontañas tejido a mano, de todos los colores, que le trajeron de Bolivia o de Perú. En esas ocasiones nosotros también llevábamos guantes y gorritos tejidos y nuestras *maquinoffs*, igualitas a las de él, pero chiquitas y de distintos colores. Todas las indumentarias o disfraces para estas salidas hacían que la emoción del paseo se iniciara mucho antes, desde que te vestías, como para un estreno teatral.

En el día de campo más prototípico y antiguo, no faltan ni la manga ni la estufita. Hoy, muchos años después, no me parecen sino objetos vulgares. Pero en mi infancia los veneraba. Eran el símbolo de los días de campo, y eran de mi padre.

La manga es un lienzo rectangular de tela ahulada café con un agujero en el centro, como jorongo, pero más grande, que sirve para protegerse de la lluvia, aunque funciona más bien para que se sienta la gente sobre la hierba húmeda, y un poco como mantel.

La estufita es de gasolina, y es imprescindible. Es para calentar el agua de los cafés, que en realidad son siempre Nescafé. Mi padre, que tanto ama el buen café *express* de los cafés del centro, toma, sin embargo, Nescafé en su casa, en sus oficinas y en sus días de campo.

Mis tíos y tías también: no sé por qué. Seguramente es un rasgo de vida moderna. Qué práctico, qué comodidad.

En todo día de campo se prende la estufita desde que llegamos. Primero le tiene que bombear mi padre largo rato, para que se gasifique la gasolina. Luego le abre una como corona de fierro, que es la parrilla donde se asentará el traste de peltre o de aluminio con el agua. Ya estamos como en la casa, todos los mayores con sus tazas humeantes, porque desde que llegan quieren un café: hace frío.

Mis tías van con faldas grandotas, y todas con pañoleta, amarrada de un lado o por detrás de la cabeza, como gitanas. Es su disfraz para ir al campo. Mis tías las Pedregosa nunca en su vida se pusieron pantalones.

El terreno es boscoso, húmedo. Pueden ser los Dinamos, la Marquesa, la carretera vieja de Cuernavaca o cualquier campito que se encontró mi papá en sus constantes exploraciones por cuanto camino asfaltado o de terracería se le pusiera enfrente del Chevrolet. A los niños nos mandan a juntar palitos para la hoguera. Además de la estufita, hay que hacer hoguera, nada más porque sí, porque es tradicional. Mi padre la prende, entusiasmado, y cuida de apagarla bien antes de irnos.

La comida siempre consiste en tortilla de papas, que traen mis tías en un plato amarrado con un trapo limpio. Hay también huevos duros, ensalada de lechuga y jitomate. Alguna fruta, plátanos, mandarinas, sandía. Alguna vez hay mediasnoches de jamón. Alguna vez llevan una bota con vino tinto.

Los hombres juegan futbol, con bastante escándalo. Las mujeres sentadas, platican, preparan la comida, ponen los platos, los cubiertos, las servilletas. A mi abuela Paz, para que esté cómoda, le sacan uno de los asientos del coche. El abuelo Juan se lleva a Vicente, mi hermano, muy chiquito, con una vara en la mano cada quien, a explorar y a "matar leones".

Después de comer, mi padre y algún tío se duermen una siesta.

Yo no sé qué hago. Caminar, vagar, soñar. Juntar ramitos de flores. Alguna vez, meter los pies en el arroyo. Tener miedo de que me salga algún animal. Asombrarme de encontrar unos verdaderos hongos, como de cuento de hadas. Sentarme a ver a las señoras. Oírlas. Ayudar a recoger la basura. Contemplar todo, maravillada.

Dedicarme a estar feliz, extasiada, por haber ido de día de campo.



Cuando murió el abuelo, a mis siete años, los días de campo fueron menos frecuentes. En su lugar, casi todos los domingos que nos tocaba Artes íbamos en las mañanas al panteón.

Ir al Panteón Español era casi como día de campo. Era larguísimo el trayecto hasta Legaria. Primero pasábamos por mi abuelita Paz y mis tías las cotorritas. Luego, por fin, llegábamos. Todas las veces era igualito. Primero, ir a comprar flores, en los puestos de afuera, mi tía Carmela y yo. Ella busca flores alegres: claveles rojos, gladiolas anaranjadas. Si le ofrecen cempasúchiles se horroriza, porque son flores de muerto. Tampoco acepta flores blancas ni azulitas pálidas: "No, marchanta: ésas son muy tristes".

Ya con los ramos cargando, caminamos mucho rato, despacio, hasta llegar a la tumba del abuelo. Ahí está enterrado también el legendario Tío Santiago Pedregosa. Pero nosotros le llevamos flores al abuelo Juan. Al tío Santiago nadie parece recordarlo, aunque yo leo su nombre en la piedra.

Arreglamos, entre mis tías y yo, y a veces mi mamá, las flores. Alguien busca al Güero. Aunque hay muchos niños con cubetas que nos vienen siguiendo desde la entrada gritando "seño, le voy a regar", nosotros sólo tratamos con el Güero, que es el encargado y jardinero oficial de nuestra tumba.

Mi abuelita se sienta sobre otra tumba. Descansa, dice: "Ay, cómo me he fatigado".

Mi tía Carmela y mi padre hablan con el Güero. Le pagan cada quince días, y todas las veces comentan que qué bien va el platanito. El platanito es una planta grande, con flores rojas muy hermosas, que yo imagino erróneamente que algún día va a dar plátanos. Está sembrada atrasito de la cruz.

Dividimos las flores en partes iguales y las ponemos en dos floreros de mármol que están en la cabecera, a los lados de la cruz. Encima de la tumba no hay una plancha de mármol ni de piedra, sino un pequeño jardín. Hay plantas minúsculas sembradas en líneas perfectas y, en medio, una cruz formada por unas alcachofitas que parecen rositas verdes. Mis tías y yo, que ya aprendí, quitamos las yerbas intrusas y las hojas secas que descomponen el dibujo. Luego, cortamos una flor del ramo, una que esté muy bonita, y la clavamos mero en medio de la cruz. Como quien dice en el corazón.

Contemplamos sonrientes lo precioso que se ve. Y entonces llega el momento solemne. Nos paramos todos enfrente de la tumba, nos persignamos, y rezamos en silencio, como dos minutos. Mi abuelita llora y suspira. Mi papá fuma y mueve los labios. Nos volvemos a santiguar y nos vamos, alegremente, platicando. Ya pasó la tristeza.

Yo me entretengo todo el camino de regreso haciendo ramitos de flores pequeñísimas que me encuentro por todos lados. A veces, cerca de la salida, nos desviamos: vamos a ver a los niños.

Los niños son unos hermanitos de mi papá que se murieron cuando eran muy chiquitos. Creo que son dos: Angelito y Juanito. Esta tumba me encanta, está muy cerca de la entrada, es de las primeras tumbas en este panteón. En esta parte todas las tumbas son muy antiguas, de principios de siglo; son muy altas y algunas tienen estatuas bellísimas, como una de un ángel que se tapa la cara con las manos porque está llorando, y adornos y cruces de bronce y cadenas y flores de fierro, muy trabajadas, y letreros preciosos, y hasta poemas grabados en las piedras. En esta tumba no dejamos ni lágrimas ni flores. Sólo suspiran los grandes, y nos vamos rapidito.

Trece años después, cuando se murió la abuela, la enterramos en la misma tumba del abuelo. Pero ya no me acuerdo que hayamos vuelto a ir al panteón, nunca más.



15 | De misas, religiones y otras vueltas

Este domingo nos toca Artes. Hoy no vamos a ir al panteón, sólo a dar una vuelta antes de comer.

Como todos los domingos, mis padres discuten por lo de la misa. Mi mamá, que es obligación. Mi papá, que qué monserga. Y para colmo, también es obligación materna que antes de salir dejemos la casa alzada. Hay que dejar las camas tendidas, la ropa guardada en su lugar, los trastes lavados y el comedor impecable: la mesa quitada y el vidrio resplandeciente con su carpeta y el platón de cristal en medio.

Y entre que a mi mamá le ha chocado siempre levantarse temprano, y luego que las labores de limpieza, y luego la misa, mi papá siempre acaba enfurecido porque todos los domingos salimos tardísimo.

El se levanta más temprano, y se dedica a arreglarle algo al coche o a lavararlo o a leer el periódico mientras las mujeres nos afanamos en la casa.

Pero si hay futbol, ya no hay prisa ni pleito. Saldremos exactamente a la una cuarenta y seis de la tarde, un minuto después de apagar la televisión.

Hoy, como no hay futbol, salimos temprano y vamos por mi abuelita y mis tías. Llegamos a Chalco o tal vez a Amecameca. Comemos fresas con crema. O nos paramos en un mercado, compramos fruta. Compramos tortillas y aguacates chiquitos, de esos que ya casi no hay, y nos los comemos en tacos o a mordidas, con todo y cáscara. Si va mi tía Chiqui se compra una lechuga orejona y se la va comiendo después en el coche, así, sola, hoja por hoja.

Vamos por una carretera estrecha. Atravesamos un pueblo. Yo estoy muy chica: voy parada en la parte de atrás, agarradita del respaldo delantero. Adelante van mi papá, mi mamá y mi tía Chiqui con mi primo Agustín sentado en sus piernas.

De repente, un enfrenón. Un niño se cruza corriendo, imprudente, frente a nosotros y el coche lo alcanza a golpear ligeramente.

Se levanta, se sacude la tierra, no le pasó nada. Mi padre, aliviado a pesar del susto, masculla maldiciones y arranca otra vez.

Entonces, después de unos minutos de silencio absoluto, mi tía Chiqui agarra al pobre de Agustín a pellizcos, manazos y coscorrones. “¿Ya ven, estúpidos? ¿Ya ven por pasar corriendo sin fijarse? ¡Si se los estoy diciendo, con un caramba, si es que ustedes no entienden...!”

Si vamos a misa antes de cualquier plan, aparentemente vamos todos. Llegamos en el coche. Pero en realidad sólo oímos misa mis hermanos, mi mamá y yo, porque mi papá, a los cinco minutos de llegar, se sale a fumar un cigarro y se fuma muchos y jamás vuelve a entrar. Eso sí: en su breve visita se arrodilla, inclina la cabeza, se persigna y luego se ve muy contrito, con una mano despeinándose las cejas, los ojos cerrados, rezando. Han de ser puros padrenuestros, lo único que se sabe.

Cuando se sale, mi mamá sufre, y yo también. Tengo ocho años y acabo de hacer mi primera comunión. Yo sí me sé la Salve y el Credo y el Señor mío Jesucristo. La Magnífica no. Esa sólo se la sabe mi mamá. Yo sólo me sé el principio: “Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo”.

Tengo terror de que mi papá se vaya a condenar. Nunca quiere ir a misa. Nunca lo he visto que se confiese, y ya son muchos pecados mortales. Mi madre se angustia, nos aumenta el pánico católico: “¿Vas a comulgar? ¿Cuándo te confesaste? No te vi. ¿Y a qué horas desayunaste?”

Comulgo y lloro, transportada. Casi todas las veces le ofrezco a Dios mi comunión y bastantes ramilletes espirituales con tres sacrificios y tres jaculatorias para que mi papá no se vaya a ir al infierno. Sospecho que pueda ser librepensador, como mi tío Nito.

Pero no ha de haber sido, porque usó durante toda su vida alguna medalla de la Virgen colgada al cuello. Primero, cuando yo era chica, una Virgen de Covadonga, de oro con esmalte a colores. Y luego, ya para siempre, hasta que se murió, una medalla que era mía: la de la Virgen de Guadalupe de mi Primera Comunión.

No, ateo no ha de haber sido, porque toda su vida nos dio la bendición a sus hijos al despedirse cada noche o cuando nos íbamos a la escuela o a cualquier parte. “Ven, que te persigno”. No era una persignada muy ortodoxa: en vez de hacer la cruz grande, que abarcara desde el aire nuestro pecho y hombros, dibujaba la cruz en nuestra pura cara: el Padre quedaba en la frente, el Hijo en la barbilla y el Espíritu Santo dividido entre los dos cachetes. El amén en la

boca, con nuestro beso tronado en su mano. Y al final, decía, “¿San Cayetano?” Y teníamos que contestar: “Caridad”.

Y luego, siempre tan guadalupano, como mi mamá. Yo creo que ella se lo contagió, o no sé. Le encantaba ir a la Villa. Y yo por eso me llamo Marcela Guadalupe: soy un milagro viviente de la Morenita del Tepeyac. Que no podían tener hijos, que a mi mamá le hicieron un montón de tratamientos y curaciones de caballo, dice, y que luego resulta que el que no podía era él. Que por las anginas. Y que a los treinta años se las tuvieron que operar y se pasó a morir, porque saliendo de la operación se dedicó a carraspear y a querer echar gargajos porque sentía algo que le molestaba en la garganta, cómo no iba a sentir, y mi mamá lo regañaba, “Vicente, por el amor de Dios no seas necio”, y finalmente de tanto toser y joder se le reventaron los puntos y ya se estaba desangrando, y lo tuvieron que volver a anestesiarse para suturarle las heridas.

Pero después de eso, encargaron. Y fui yo. Y como era promesa, pues así me pusieron. De chica no me gustaba; eso de Guadalupe se me hacía muy corriente. Se me hacía mucho mejor el puro Marcela. Mis hermanos me hacían enojar diciéndome “Chela Lupe”.

El caso es que todos hicimos la primera comunión en la mismísima Villa de Guadalupe, en la vieja Basílica. Aunque mi papá decía, frente a mi madre horrorizada, que la mera mera no era la de ahí, sino la del Pocito. Que ésa sí era la mera milagrosa.

Ibamos a veces a la Villa. Era otro paseo posible algunos domingos. Y el chiste era curiosear por todos los puestos, comprar y comer gorditas, ver todo. Y entrar un momentito a rezar. Para mi padre parecía paseo turístico. Mi madre siempre se lo tomó mucho más en serio: varias veces entró de rodillas desde el atrio, para pagar alguna manda.

Mi papá no. Esas cosas él no las hacía. Comecuras, burlón, irreverente, a veces se cagaba en Dios y en su mismísima Madre. Odiaba los sermones y las prácticas piadosas. Como que eso no era de hombres hombres. Pero nunca arrancó el coche, cuando salíamos a carretera, sin ordenar que nos persignáramos. “Los cristianos que se persignen”, decía. Y siempre cargó en su cartera una vieja estampa de la Virgen de Guadalupe.

Muy republicano, muy antifranquista, hasta “rojo” se decía. Pero nunca fuimos a la fiesta de Año Nuevo sin antes pasar a cualquier iglesia a “dar gracias”. Y no era mi mamá la que insistía. Era él. Extrañamente, le encantaba ir a que le pusieran su cruz negra en la frente los Miércoles de Ceniza. Y se pasó sus últimos días, en el

Sanatorio, moviendo los labios. Decía que rezaba. Seguro era el Padrenuestro, que es lo único que se sabía.



Mi madre, con el tiempo, se iría alejando de la iglesia.

Seguramente el gran golpe, el final, fue cuando después del Concilio empezó la serie de reformas y novedades. Hazme el favor, la misa en español. Adiós al latín, que era tan precioso, que se sentía tan sagrado. El Credo ya no es como antes. Ni siquiera el Padrenuestro. En vez de “el pan nuestro de cada día, dánosle hoy”, ahora se tenía que decir “danos hoy nuestro pan de cada día”. Y cómo fueron a quitar el “venga a nos tu reino” o *vénganos tu reino*, como se decía, y cómo fueron a poner ofensas en lugar de deudas, que es mucho más bonito.

Si a mí no me gustaba el cambio, mucho menos a ella que llevaba cuarenta y pico de años de saberse sus viejas oraciones y su vieja misa.

Lo peor fue cuando su hermano, mi tío Marquitos, que era jesuita, se salió de padre, como otros muchísimos sacerdotes y monjas en aquellos explosivos sesentas y setentas. Si un sacerdote consagrado para siempre, para toda la eternidad, podía renunciar a sus votos, salirse de su convento y mandar todo al demonio, y hasta casarse y todo, imagínate qué quedaba de lo demás.

La gente se empezó a divorciar y a volverse a arrejuntar, cuál hasta que la muerte nos separe. Y entonces, de aquellas épocas en que ella no permitía poner los pies en su casa a su tío Fabián, porque había dejado a su verdadera esposa y vivía con otra vieja, y de aquellas épocas de cuando ella se confesaba de haberse hecho un lavado vaginal porque no quería embarazarse y algunos curas le negaban la absolución, a estos tiempos en que las muchachas se iban a vivir con su chavo y tomaban pastillas anticonceptivas y donde ya no importaba si comías carne los días de vigilia porque hasta don Miguel Darío Miranda, Arzobispo Primado de México había dado permiso, y donde para comulgar era igual si desayunabas o no y donde hasta podías pagar la misa del domingo yendo el sábado y hasta daban la absolución colectiva sin importar si te confesabas o no, pues ya qué le quedaba. Si todo en lo que creía, ahora resultaba que siempre no.

Su moral fue cambiando. Se le amplió. En lo sexual y en lo eclesiástico, porque en otras cosas no. Sus valores de la vida cotidiana siguen siendo los de una *buena mujer*: cierto aliviane en su concepción de la sexualidad, pero sin exagerar: no demostrar, tampoco

co, que eres un ser con deseos o con capacidad de placer. Tampoco es que te guste: eso ya es ser puta. Ser una mujer de tu casa. Ser limpia, buena cocinera, tener todo en orden, como se debe. Y sobre todo, ser buena madre. Ese es el valor más importante. Tus hijos.

Y a la pobre que le van tocando hijos respondones y rebeldes que empezaban a florecer en el mero sesenta y ocho. Una hija mayor tan independiente y tan retobada, que jamás de los jamases amó el quehacer ni aspiró a ser ama de casa. Puro leer, puro librito, pura guitarrita, puro cafecito en la calle, pura bohemia y filosofía y política y puro hacer lo que se les da la gana. Y ya no le funcionaba el viejo modo, y por más que decía deja ese libro y primero tiende tu cama y arregla tus cajones y a mí no me hables así, y por más que se desesperaba con que primero es la obligación y luego la devoción, y tú sabrás mucha filosofía pero te callas porque yo soy tu madre, y de qué te va a servir todo eso cuando te cases si no sabes ni freír un huevo y si son unas fodongas que no pueden ni secar el baño cuando se bañan y si siguen así van a acabar como su prima Matilde, y finalmente todos crecimos de otro modo que como ella creció y se imaginó, y todas sus hijas mujeres trabajamos en la calle y jamás sabremos planchar camisas como ella, ni zurcir tan bien, ni hacer la paella ni el bacalao como le enseñó mi abuelita Paz ni las patitas de puerco en vinagre como ella sólo sabe, y su hijo varón le ayuda a su mujer a guisar y a lavar los trastes, fíjate nomás, y tiene que apechugar con dos de sus hijos divorciados, quién se lo iba a decir, y el segundo matrimonio de su hijo no fue por la iglesia, pero qué le vamos a hacer, en el nombre sea de Dios, y se aguanta viendo a sus nietos vestidos como *hippies* y esa niña porqué no usa brasier y ese niño, cómo voy a creer, mijita, con arete y con esos pelos.



Y tú alternativamente religiosa, obediente, con temor de Dios, y luego, rebelde y atea y luego recuperando la religión folklórica, turística, teatral y supersticiosa, tu religión medio rara y medio idólatra, tu religión que es rito y es magia, que además es tu patria, tu mexicanidad, tu Virgen de Guadalupe y tu San Miguelito pies de palito y tu respeto por tus indios y por tu tierra, tu veneración por lo sagrado.

Tu religión infantil de monjas, de estampitas, de niños mártires y sus vidas ejemplares, de los siete pecados capitales y los mandamientos de la Santa Madre Iglesia son cinco. Tus rebeldías y amenazas de ateísmos materialistas dialécticos y lo providencial del descubrimiento de curas greñudos y psicoanalizados que eran buenísi-

ma onda y querían comprometerse con los pobres del mundo y que nos dejaban cantar el sueño imposible con guitarra en las misas y consagraban bolillos y nos daban vino en la comunión, en un jardín o en un comedor de una casa, sentados todos alrededor de la mesa, opinando de la primera y de la segunda lectura, sin miedo, sin amenazas. Y luego la época ortodoxa y erudita, la filosofía y la teología, siempre Santo Tomás, y el pecho del amor muy lastimado de Santa Teresa y San Juan, y que muero porque no muero, y el viaje a Europa y tú arrodillada y transportada en Notre Dame de París y en Santiago de Compostela, romera bañada en lágrimas, y la lectura del breviario, con laudes y maitines y vísperas, de tus amigos los dominicos, y después el divorcio, la decepción, el psicoanálisis, el feminismo, la soledad. El desierto, la noche oscura del cuerpo y del alma.

Para venir a quedarte con tu Cristo viejo lleno de milagros de plata y tus virgencitas colgadas de tu cabecera. Con tu indiferencia o tu encabrone con las declaraciones del santo padre y tu alergia a las sotanas y a toda clase de monjas. Con tu adicción inevitable por todo el arte religioso, con la baba de fuera frente a cualquier altar barroco o frente a cualquier estuco pintado, con tus discos atesorados de misas de Palestrina o de Beethoven y con tus cantos gregorianos que te serenán el corazón.

Con tu altar arriba del refrigerador con el San Cayetano y la Guadalupana rodeada de caracolutos acapulqueños y el San Miguel de diamantina y su veladora eterna, prendida. Con tu coche bendecido que tiene un San Sebastián de Aparicio, patrono de los que viajan como San Cristóbal y San Rafael guía de los caminantes, pegado con imán en el tablero.

Con tu voz que pronuncia Dios te salve reina y madre, sin querer, y tu mano que hace la señal de la cruz inconcientemente cuando estás angustiada. Con el Jesús en la boca y tus decires cotidianos y automáticos de bendito sea Dios y que Dios te bendiga y ni lo permita Dios y si Dios quiere.

Con tus visitas fervorosas a la Basílica o al San Miguel del pueblo de tu madre, en peregrinación emocionada y llorosa. Con tu altar de muertos cada dos de noviembre que nadie de tu familia acostumbraba poner pero que tú pones desde hace veinte años.

Con tus medallas de la Virgen. Con tu odio por los mandamientos y los sermones. Con tu mano que persigna a tus hijos todas las noches aunque a veces se burlen de ti.

Con lo innegable de la cruz de tu parroquia, con tu herencia inevitable.



16 | Nosotras no somos Pérez



Oye, y tu apellido de qué origen es.

—Es francés.

—Ah. Yo creía que era árabe. Camil.

—No, es francés.

—Ah... Oye, ¿y tú no eres nada de Marisa Camil?

—Pues no sé... pero debe ser mi prima, aunque no la conozco. Porque somos los únicos Camil en México. Todos somos parientes... Esa Marisa, ¿como cuántos años tiene? ¿Se llama Marisa, o María Luisa o cómo?

—Ay tú, de nombre no sé... le decíamos Marisa... Es como de mi edad, morenita, ojotes grandes, guapa...

—Ah, entonces ha de ser hija de mi tío Demetrio. Demetrio Camil, el ginecólogo... Es famosísimo... ¿No has oído de él?

—No sé... creo que no... Aunque sí, ella hablaba mucho de su papá, decía que era médico... Sí, fíjate que creo que sí... Qué te parece, qué chiquito es el mundo, ¿no?

—Sí, ja ja ja, pues es mi prima... segunda, pero mi prima. ¿Y de dónde la conoces?

—Cuando trabajaba en el Banco, hace muchísimo. Y luego no la he vuelto a ver...

—Fíjate... qué chistoso...

—Tú estás como yo. En México los únicos Pedregosa somos nosotros. Hay Pedregosos, pero Pedregosas no... En el directorio nomás estamos mis primos, mis abuelitos y nosotros...

—¿Y de qué parte de España son?

—De la provincia de Guadalajara, muy cerca de Madrid. De un pueblito que se llama Yunquera de Henares. Junto a Alcalá de Henares, de donde era Don Miguel de Cervantes, tú perdonarás. Aunque mi abuela y mi padre ya nacieron en Madrid. Y mis abuelos son los únicos Pedregosa que se vinieron a América... Aunque fíjate que una vez me encontré, increíble pero cierto, a una cajera del super que se llamaba Mónica Pedregosa.

—¿Pedregosa?

—Sí, ¿tú crees?

—¿Y platicaste con ella?

—Sí, porque ese día pagué con mi cheque de la Tesorería y ella fue la que se fijó en el apellido. Y muy sorprendida, me dijo, ay señora, yo me apellido igual que usted. Le pregunté de donde era, y dijo que de Jalisco. Que tiene varios tíos y muchos primos. Todos Pedregosa. Yo como que todavía no lo puedo creer, porque te digo que el único de esa familia que se vino de España fue mi abuelo. Bueno, y mi abuela, su prima hermana... No sé si todos esos serán mis parientes... que algún otro tío abuelo se haya venido para acá...

—O tu abuelito se dio su vueltecita por Jalisco y ustedes ni supieron...

—Sí ja ja ja, tíos y primos volados...

—Lo que es horrible es que *nadie* sabe aquí en México escribir bien mi apellido. Es un horror, ponen Camille, lo escriben con ka, no entienden... Se los tengo que deletrear ochenta veces...

—Es como en el chiste ése de la judía que se quejaba: "aquí poiden escribir Popocatepel, poiden escribir Istacigual, pero no poiden escribir Vicheviansky..." Así yo. Ponen Pedregoza con zeta, Pedreros, Pedregales y todo menos Pedregosa. Mendiolea siquiera no es tan complicado... Ese sí es más conocido...

—Mendiolea es vasco, ¿no?

—Sí... Menos mal que no fue Amozurrutia o Azpeitia. Ja ja ja.

—O Urtusasteguigoitia... ja ja ja. Mi segundo apellido es Oliveros, y vieras nomás qué horror, qué trabajo me cuesta para que lo escriban bien. No hay Oliveros en todo México: hay Olvera, Olivera, pero Oliveros, no.

—¿Entonces tu abuelo materno era español?

—Sí... Y yo creo que tengo sangre árabe o judía. Una vez que fui a un *Yom Kipur* me dijeron que parecía judía sefaradita... como que tengo todo el tipo...

—Y lo peludo, chula, como yo. Estos pelos en los brazos y en las piernas no son aztecas, ja ja ja. Yo cuando fui a Europa la primera vez, era impresionante. En España me decían que parecía española. Sobre todo en el sur, en Andalucía. En Italia, que parecía italiana. En Atenas, que griega...

—¡A mí también! Qué chistoso, ¿no? A mí no más no me creían que era de México. Les tenía casi que enseñar el pasaporte, ¿tú crees? Ja, ja, ja...



17 | Cariño verdad

Y

hoy a tus cuarenta y tres años vienes un día cualquiera rumbo a tu casa, desganada y aburrida. Prendes el radio del coche, música ligada a su recuerdo, y empiezan a brotar unos acordes que te agarran y te sacuden, que de inmediato te alegran el corazón: Son los Churumbeles de España, es el trilladísimo gitano señorito que al cabo de algún tiempo se convirtió en el Gitano Señorón. Ritmo de zambra, za za, que mira mira bá.

Tu razón adulta y profesora, universitaria y estéticamente cultivada, a veces presume de despreciar ese tipo de canciones. Te da pena ajena esa *España de charanga y pandereta*, ese folklore para turistas gringos. Y para inmigrantes españoles panaderos y abarroteros, de los de alpargatas.

Pero tus tripas se estremecen, y tus pies se mueven y el freno y el acelerador agarran una salerosa cadencia mediterránea y tus brazos quisieran levantarse y mover las manos como pájaros aleteando sobre tu cabeza, y cómo quisieras ahorita mismo unas castañuelas y un vestido de lunares y unos zapatos rojos de tacón, y un compañero moreno que cantara al mismo tiempo que tú, al mismo tiempo que Juan Legido va cantando *dale dale pienso al borriquillo*, y que palmeara y que bailara frente a ti, siempre mirándote, con su pelo negro peinado con gomina y con su cara de Antonio Gades, con su cara de tragedia de Federico García Lorca, con su cara de amor torturado.

Y cuando se acaba la canción mejor apagas el radio y te sigues cantando tú solita otras del mismo estilo. "*Soy de la raza calé, que al mundo dictó sus leyes*". Y te sientes gitana, como si hubieras nacido en Granada, como si ésa fuera tu tierra y fueras paisana de la Niña de los Peines o de Manolo Caracol. Te sientes aristócrata como Juan Legido al cantar "*y llevo sangre de reyes en la palma de la mano*". Así te sientes, sin ganas de trabajar pero con *talento, pupila y salero* para enfrentar esta vida. Sin dinero ni mayores propiedades materiales pero dueña de una herencia magnífica: además de la luna y el sol, tienes sangre de faraones, sangre de reyes antiguos corriendo por tus venas.

Canciones de tu infancia. Música de tus fiestas familiares, que te reviven de inmediato los rostros de tus abuelos y de tu padre y de tus tías. No es que le gusten demasiado a uno. No es que sea estrictamente buena música, aunque alguna sí lo es. Hay de todo, pero eso no importa. Lo que importa es que la oíste cuando tenías pocos años, y está grabada en la base de tu memoria. Te penetró entonces, cuando tu cerebro era chico. Y al agrandarse la cabeza y la masa encefálica y los huesos y los músculos, se agranda el recuerdo, se agranda el sentimiento de amor y de pertenencia. Lo que fue pequeña raíz se convirtió en la médula del tronco fundamental.

Te pasa lo mismo con las voces de Jorge Negrete, de Guty Cárdenas, de Agustín Lara. Son casi como las voces de tu padre y de tu madre. Toña la Negra, Lola Flores, Lupita Palomera. Hasta Libertad Lamarque, qué horror, y Sarita Montiel. Puedes renegar de ellas, puedes odiarlas, pero ahí están, grabadas para siempre en lo más recóndito de tu carne, en el fondo de tu alma, y brotará algunas veces, quién sabe cómo, como cuando te enamoras, como cuando estás triste, como al final de esas reuniones bohemias cuando todos están borrachos y son las tres de la mañana.

Y luego están tus gustos adultos. La música elegida cuidadosamente, que se enraiza en aquella vieja memoria y que arranca de ahí. Porque gracias a Imperio Argentina y a los Bocheros hoy puedes elegir y gozar todas las jotas auténticas, grabaciones de campo, y tal vez gracias a Lola Flores y a su *pena penita pena* pudiste empezar a irte hundiendo en el flamenco más hondo y hoy puedes padecerlo con toda tu alma.

Y por tu padre y su compadrito tu tío que cantaban con tanto sentimiento, medio borrachos, *qué te ha dado esa mujer*, o *los barandales del puente se estremecen cuando paso*, *morena mía, dame un abrazo*, y por saberte de memoria frases como "*un capricho de tu alma de mujer*" o "*siempre te vas*" hoy puedes entender el espíritu de toda la poesía y hasta medio la puedes escribir, y puedes escuchar emocionada a Manuel M. Ponce y a Mozart y a Verdi, y vibrar con los sonos huastecos y jarochos y con la música universal de todos los tiempos, porque toda te gusta, sea de la sangre que sea, sea del color que sea.

No importa lo que te guste de chico. Importa lo que oíste. Unas cosas te gustaban, otras te parecían horribles. En tu pubertad, te parecían abominables algunas canciones, tipo Olimpo Cárdenas, tipo Julio Jaramillo, tipo Bienvenido Granda y la mismísima Sonora Matancera. Qué vulgares. Son las que oyen las criadas, *fue en un caba-*

ret, donde te encontré. Odiabas a Pedro Infante —pasastes a mi lado, con gran indiferencia—, a los Panchos y a María Victoria, y hoy descubres que, además de que te sabes todas sus canciones, te encantan y forman parte de tu acervo, junto con las bonitas, junto con las primeras, las más antiguas, las tradicionales españolas y mexicanas, las favoritas de tu corazón.

Descubres que ese cancionero forma, en el fondo, gran parte de tu marco ideológico y de tu filosofía de la vida.

Descubres que tu alegría siempre tendrá castañuelas y palmas y panderos, brincos y giros y dedos que chasquean, y que tus triunfos tienen inevitablemente el tono y el sabor de un pasodoble. Tu desesperación es cante jondo, con gritos que casi aúllan y con pies que quieren romper la tierra a golpes. Tu melancolía es ranchera y campirana, con letra de José Alfredo o de Tata Nacho y tiene fondo de guitarras que lloran o de mariachis. Y tus amores están conformados desde hace más de cincuenta años a ritmo de bolero o de bambuco, y están llenos de rayos de sol por la mañana, y tienen espinitas clavadas en el corazón, y son cursis, estereotipados y empalagosos, siempre, como las letras de Agustín Lara o de María Grever, y a veces, cuando se vuelven amores imposibles, agarran tintes de zarzuela.

Un viejo amor ni se olvida ni se deja. Dime lo que oíste y lo que cantas, y te diré quién eres.

Llegas a tu casa, y como ya te pusiste de buenas, pones tu viejo disco de los Churumbeles, el que era de tu tía Cándida... ¿o de tu tía Chiqui?

Y te pones a bailar.



18 | Los de San Felipe

Con la familia de mi mamá no convivimos mucho en mi infancia, excepto con mi tía Ester y mi tío Nito, los de Tepepam. Y aunque los Mendiola eran un familión de muchísimos tíos y primos, casi todos vivían allá en su tierra.

Toda la familia de mi mamá proviene de San Felipe Torresmochas, Guanajuato. Los Mendiola fueron durante muchos años la familia más pudiente del pueblo. El pueblo que, hoy, se ve desierto, pobre, triste. Ya vivió sus mejores épocas. Igual que los Mendiola.

Lo de Torresmochas es por las de la Parroquia, aunque ahora ya las tiene completas. En ese templo, en una capilla aparte, está un Cristo bellísimo, de caña, muy milagroso, que se llama el Señor de la Conquista. El es el patrón del pueblo, junto con San Miguelito, una pequeña escultura estofada que está en otra iglesia, en las afueras de San Felipe.

San Miguelito está altísimo, hasta arriba del altar, y casi no se ve. Tiene un letrero de neón rosa que dice “Quién como Dios”, porque la palabra “Miguel” eso quiere decir. Al Señor San Miguelito lo vienen a ver el 29 de septiembre miles de peregrinos pobres de toda la región, y le hacen un desfile como militar, y entran al templo saludándolo con tambores y cornetas, porque es el general de las milicias celestiales. En el atrio de San Miguelito, además de trenzas y yesos con forma de brazos o de torsos y piernas, hay miles de pequeños ex-votos describiendo los favores del pequeño santo. Es famosa en mi familia la frase, copiada de ahí, que dice: “Faltando tres minutos para entregar mi alma al Creador, (*luego peligraba*), me encomendé al Señor San Miguelito...”

Hay una plaza principal, como en todos los pueblos, con sus laureles de la india y su kiosko en el centro. Alrededor, el palacio de gobierno, la Parroquia, y enfrente, los portales y la Casa Grande, es decir, la casa que fue de los Mendiola, y que hoy finalmente es de una señora viuda de un primo de mi mamá, que está peleada con todos los Mendiola que quedan en el pueblo, y que no les dirige la palabra ni los deja entrar.

La Casa Grande era de verdad grande: un patio enorme, con naranjos y con fuente, y las habitaciones alrededor, además de la huerta y los patios de atrás y las caballerizas. Entre el patio principal y las habitaciones que contenían las camas de latón y los roperos de tres lunas, y la mesa y las sillas del comedor para veinte personas, y los gobelinos y los grandes espejos y las vajillas de Bavaria y de Limoges, había anchos corredores, con macetas de barro preciosas que tenían pie, como copas, verdes, amarillas, la alfarería típica del pueblo.

Me acuerdo que íbamos a San Felipe en tren. Me acuerdo de la tía Coya, la última que se murió. Ya era muy viejita, gorda gorda, tenía un lunar con pelos y estaba ciega. Tocaba maravillosamente el piano, en esa enorme y oscura sala de techo altísimo decorado con flores rococó. Tocaba "España", de Walteuffel. Y tocaba un vals que se llamaba "Esperanza Perdida", que había compuesto un su hermano, Juanito, el tío Juanito de mi mamá, que había muerto muy joven. Tiempo después, cuando yo estudiaba piano, mi mamá a fuerzas quiso que la maestra me pusiera vales de Walteuffel y por supuesto la famosa "Esperanza Perdida" y hasta consiguió la partitura.

Porque ella quería mucho a su tía Coya. Ella y su tía Chabela, hermanas de su papacito, eran las tías que más quería, además de su abuela, su Mamacita Grande. Aunque mi tía Ester dice que Coya era una malvada. Lo que pasa es que cada tía solterona tenía sus sobrinos consentidos; escogían a uno y como que lo adoptaban. Incluso dice mi mamá que ya no las dejaban irse a dormir con su mamá: querían que vivieran a su lado, siempre. El caso es que la tal Chita prefería a Estercita y la tal Coya prefería a Lola. Y que a los que no eran los protegidos, los trataban con horrible crueldad. Que Coya le servía doble porción de arroz con leche a Lola, y a Ester no le daba nada. Que adrede le daba la leche con nata y la obligaba a que se la tomara. Que siempre la dejaba sin postre, que siempre la hacía menos. Y que la pellizcaba, dice.

Los Mendiola fueron grandes hacendados que vinieron a menos después de la Revolución y por culpa de los malditos agraristas. Se convirtieron en una familia más del "tuvo": tuvo tierras, tuvo haciendas, tuvo casas.

Aunque todavía mi abuelo Celestino y todos sus hermanos fueron educados como aristócratas. Parece que mi abuelo estudió con los jesuitas, y sabía teología y latín y griego. También estudió para contador, no sé en dónde. Un su hermano, Chucho, era ingeniero agrónomo. Otro, abogado. Y todos eran medio músicos; aparte de

Juanito el pianista, los otros, en su juventud, formaban un cuarteto de cuerdas. Mi abuelo tocaba el chelo. Me los imagino amenizando las tertulias en esa bellísima sala de la Casa Grande.

Mi abuelo siempre fue muy elegante y mesurado, católico y muy relacionado con la iglesia; dicen que en los tiempos de Calles, cuando la persecución, se tuvo que ir a vivir a Laredo, porque su vida peligraba: era muy amigo de ciertos señores curas. Y después fue, hasta que se murió, Caballero de Colón.

Aunque pobre siempre, conservó toda su vida esa alma y ese aspecto de aristócrata. Elegantísimo, amante del arte, poeta por vocación, él, que hacía odas y églogas y sonetos alejandrinos, inocente, tuvo que trabajar haciendo cuentas, de burócrata, por largos años. Hay una libretita negra que un día me enseñó mi mamá, que era de él, y entre otros apuntes sin importancia hay uno que habla de la Plaza de San Pedro de Roma: cuánto mide, de qué tamaño es la Basílica de San Pedro, de qué artistas son las esculturas, en qué años fueron hechas, cuántas columnas hay. Más abajo pone lo que costaba el pasaje de avión a Roma, y junto, lo que ganaba. Luego, divisiones, multiplicaciones y conclusión, escrita con su preciosa letra: "para poder ir a Roma tendría yo que ahorrar la renta de veinte años, cuatro meses y cinco días". Nunca pudo ir.

Mi abuelita Ester, su esposa, era maníaco-depresiva. Mujer hermosísima, ojos azules, primero rubia, luego completamente blanca la cabeza, parecía una virgen, pero no sonriente, sino siempre con el rostro sufriente, siempre como Dolorosa. Y más porque usó toda su vida rebozo, bajo el cual nos cargó a sus nietos, sobre todo a María mi prima, cuando vivió largas temporadas en Tepexpam con mis tíos Nito y Ester, que la cuidaban.

Dicen que después de formar parte de la familia más importante del pueblo, un buen día mi abuelita dijo, vámonos a México, y se vinieron, con una mano atrás y otra adelante. Que dijo que prefería ser pordiosera en México que reina en San Felipe. Como dice mi mamá: más vale ser cabeza de ratón que cola de león. Y es que ya no aguantaba el matriarcado de su suegra y sus cuñadas, y tenía razón: le querían quitar a sus hijos. Le querían dirigir la vida.

Ya en México, las pasaron negras. Ya les habían dado por adelantado su parte de la herencia, dicen que como tres veces, y se la habían gastado para comer. Mis tíos, los dos hombrecitos, se fueron con los jesuitas muy chicos, eran como de secundaria. Tantito que ellos deben haber querido irse y tantito que sus propios padres los quisieron mandar, qué bendición tan grande dos jesuitas en la familia.

La mayor, Lourdes o Malude, se quedó en San Felipe, con su Mamá Grande. Y las otras dos, mi madre y mi tía Ester, tuvieron que trabajar desde muy jóvenes. Mi abuelito tenía un trabajo que era de viajar, primero, y después ya se quedó en México, en “Patrimonio Nacional”, algo así como la Secretaría de Hacienda. Pero su sueldo no alcanzaba.

Mi mamá y mi tía Ester parecían artistas de cine. Nos han contado mil veces cómo, aunque no tenían la edad para trabajar, se disfrazaban de señoritas grandes, muy maquilladas, con sus trajes sastres y sus tacones altísimos. Una trabajaba en *Salinas y Rocha* y la otra en un despacho de abogados. Que no tenían medias —no se conseguían y si se conseguían eran carísimas— y entonces se ponían “panqueic” en las piernas y se pintaban la raya por la parte de atrás con un lápiz de cejas.

Mi abuelito, ausente. Y ellas cuidando a su madre, que a ratos estaba bien, pero a ratos estaba mal. Se pasaba seis meses deprimida, acostada en su cama, y seis meses con la manía, discurrendo locura y media. Ahorita te lo cuentan riéndose, porque resulta divertidísimo, pero debe haber sido un horror. En varias ocasiones la tuvieron que internar. Dicen que a veces se robaba todo el dinero de la quincena y se salía a la calle y compraba miles de juguetes y pelotas para los niños pobres, y los iba repartiendo. Y las dejaba sin nada. Que otras veces se levantaba a las cuatro de la mañana y echaba muchas cubetas de agua en la sala y en el comedor, y luego gritaba: “¡Lolita, Estercita! ¡Se está inundando la casa! ¡Ayúdenme a secar!”

Yo me acuerdo de ella ya tranquila, ya grande. Era una viejita gorda, burlona, ronca y mal hablada, con su cara preciosa y su chongo, siempre como ausente, fume y fume sus cigarritos Elegantes sin filtro. Se la pasaba sentada en su cama leyendo todo el día, todos los días el mismo libro: Leía sólo “*Quo Vadis*”, lo acababa y lo volvía a empezar. Cuando la íbamos a visitar nos divertía mucho, porque decía groserías; cuando veía venir a mi abuelito, decía, con una voz burlona burlona: “Ahí viene el pendejo de Celestino Mendiola. Con su sombrero de High Life, con su traje de High Life, con su corbata de High Life”... Y se echaba una larga trompetilla.

Ella se llamaba Ester Espinosa. Esos Espinosa no sé de dónde vinieron, pero con el puro apellido hay sospechas de que en esa familia, algunas generaciones antes, se debe haber practicado la herejía judaizante. Todos eran rubios, de ojos azules; algunos con

narices enormes y aguileñas, y se llamaban Rubén, María, Moisés, Ester, José...

Mi abuela Ester y sus hermanos, que eran muchísimos, como diez o doce, se quedaron huérfanos. Las hermanas mayores le hicieron de madres de los chiquitos. Y cinco de las mujeres se fueron de monjas: era una buena solución, siendo tan pobres. La mayor, María de Jesús, se fue de dominica y más tarde se llamaría Sor Fidelis, mi amada Sorfi de mi amado *Instituto Lacordaire*, pero esperó a irse al convento hasta que todos sus hermanos hubieran crecido. Si tenías una pequeña dote, podías entrar a la Orden de Predicadores de Santo Domingo; si no, tenías que meterte a una congregación más pobre, menos importante. Dos de ellas ahorraron y pudieron ser dominicas, Sor Fidelis y Sor María Isabel; pero las otras tres se metieron a una comunidad que se llama Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres, o algo así, que tienen casas para huerfanitos, fundadas por el Padre José María Yermo y Parrés, que en el siglo pasado dedicó su vida a socorrer a los desposeídos, y que últimamente fue beatificado por el Papa Juan Pablo Segundo, el mismo día que a Juan Diego y a los santitos —traidores— tlaxcaltecas. A la única que conozco bien de esta congregación es a mi tía Coquito, también llamada Sor Aurora de la Eucaristía, que mide como uno cincuenta y siempre usa un velito negro. Es activísima, aún con sus ochenta años anda para arriba y para abajo girita girita, y parece que es un genio para conseguir donativos para sus niños pobres, con su voz lastimera, con sus manos que para todo se entrelazan.

Cinco tías monjas y dos tíos jesuitas. En mi niñez eso me hacía sentir orgullosa, protegida, con el cielo garantizado. Mis tíos jesuitas, hermanos de mi mamá, eran mi tío Marquitos y mi tío Eulogio.

Marcos se llegó a ordenar de padre, y yo fui a su ordenación y primera misa cuando tenía ocho años y después lo “estrené”: a los dos días de ordenado me dio mi primera comunión en la Basílica de Guadalupe. Era guapísimo, moreno, ojo azul, orgulloso, muy culto. Hablaba y se movía con toda propiedad. Yo lo adoraba y presumía de mi tío el padre, pero cuando él celebraba alguna misa me moría del terror, porque era de esos que les encantaba ser modernos, además de lo maníaco-depresivo que pulula en mi familia y en mi sangre, y se salía de la liturgia discuriendo cosas extrañas y novedosas, como hacer preguntas al público a medio sermón, sobre todo a los niños, y yo sufría horrible de que de repente dijera, “a ver, Marcelita, y tú qué cosas le quisieras pedir al Niño Jesús”, o “a ver dinos qué le va a pasar a esta hostia después de la Consagración”.

Después se salió de la Compañía de Jesús, y dejó de ser sacerdote. Ya no se casó. Vive solo, más o menos deprimido, traduce libros y escribe estudios que le encargan, y nunca más ha vuelto a ser lo que era.

El otro jesuita, mi tío Eulogio, que no es padre, sino hermanito coadjutor, vivió muchos años en la misión de la Sierra Tarahumara, siempre defendiendo a los indios. De chica yo lo vi muy pocas veces. Luego vivió en muchas otras partes, sobre todo en León, Guanajuato. Es maestro en todos los oficios: albañil, carpintero, pintor, sastre, enfermero y, sobre todo, jardinero. Siempre ha sido sencillo, campechano, divertidísimo. Gordito, calvo, mal hablado como él solo, amigo de los pobres, generoso con quien lo necesitaba. Cual Chucho el Roto, les robaba cosas a los jesuitas y se las daba a los jodidos, incluyéndonos a nosotros. Que un mueble viejo que ya nadie usaba en alguna escuela, llegaba en la mudanza a mi casa. Que un costal de frijol. Que una silla de bejuco desvencijada. Que un perchero. Yo tengo una escultura buenísima de madera, del siglo XVIII, un Cristo sin brazos, que se encontró en un cuarto de trebejos toda sucia y cagada de las gallinas. Nadie la quería, ni sabían que ahí estaba, y me la regaló, envuelta en periódicos. Ya me había yo casado. Con una buena limpieza y una leve lijadita quedó maravillosa en el lugar de honor de mi sala. Y la campana que es el timbre de mi casa, y un macetero precioso...

Cuando llegaban camiones de mudanzas de procedencia desconocida, o cajas de tunas o de duraznos sin remitente, ya sabíamos que eran de parte de Eulogio. Y nos decía que para darle las gracias no fuéramos a echarlo de cabeza; teníamos que escribirle: "Muchas gracias por tus bonitas postales del Cubilete".

Y la otra figura inolvidable, mi tía Malude, la mayor de los hermanos. Mi tía Malude, también llamada "la insigne y exquisita", y a ratos "La Nena", se llama de nombre de pila María de Lourdes, pero nadie le dice así. Ella escribe desde que era joven, y es una excelente poetisa. Dice que en San Felipe no le querían publicar sus artículos, que al principio eran crónicas de beisbol o de toros, en el periódico local, porque era mujer, y entonces se puso el seudónimo de Malude, que viene a ser un anagrama de su nombre.

Fachosa, distraída, romántica, cultísima, llena de erudición, mala para el quehacer, buena para leer todo el día, como yo, se fue a casar en San Felipe con un hombre que no le daba el ancho. Parece que bebía mucho, y tenía un rancho que no les daba ni para vivir.

Total que un buen día agarró a sus seis hijos y se vino para México, a vivir a la casa de mi abuelita Ester, que ya estaba viuda. Dicen que mi abuelita, cuando recibió el telegrama, gritaba: “¡Ahí viene Maludita con sus seis criaturas!...¡Señor de la Conquista, que se descarrile el tren!”

Pero no se descarriló, y vivieron ahí desde entonces. Mi tía Malude consiguió varias chambas para sacar adelante a sus hijos, pero la definitiva fue en una biblioteca, creo que la del Congreso de la Unión. Trabajó ahí hasta que se jubiló. Me la imagino feliz en ese trabajo, rodeada de libros, escribiendo versos a ratos, leyendo lo que se le antojara, explicándole cosas a la gente que le preguntara, ella tan erudita y tan platicadora.

Más que platicadora, verborreica. Esa característica es muy guanajuatense, y muy Mendiola, y *la insigne y exquisita* es la campeona indiscutible. Mi mamá y mi tía Ester, aunque no tanto, también. Hablan y hablan y hablan, todo lo saben, repiten dichos, desentierran chismes y encadenan memorias, a la menor provocación te cuentan la historia de todo mundo con pelos y señales desde Mamá Romanita Gutiérrez, que era su tatarabuela, y se corrigen una a la otra las anécdotas porque así no estuvo, Lolilla, sí como no, Nena, acuérdate, no, Lolilla, sí Nena, y como si tuvieran cuerda, no paran de hablar. Mi papá decía que parecían “calaveritas del infierno”, porque se sabía un chiste que decía que en el infierno a los que iban llegando les daban a escoger el castigo: se veían diablos con trinchas, aceite hirviendo, torturas espantosas y sangrientas. Y al lado, una inofensiva calaverita. Muchos incautos caían escogiéndola para toda la eternidad, pero en realidad se arrepentirían después, porque la maldita calavera no dejaba de hablar ni de día ni de noche: era el peor castigo de todos.

Y yo estoy igual. Lo bueno es que ya trato de no hablar tanto: mejor lo escribo. Escribo muchísimo cuando no estoy deprimida, porque algunos días, *luego peligraba*, sólo quiero dormirme.



19 | El sanatorio

A

mí antes me gustaba siempre ir al Sanatorio. Pues claro, si de chicos sólo íbamos a la maternidad a festejar el nacimiento de algún hermano, primo o amiguito. No usábamos casi los consultorios aunque fuéramos socios, porque mi mamá tenía su pediatra aparte que iba a la casa, el doctor Lastra. Y si íbamos a ver a algún enfermo, nos dejaban jugando en el jardín.

El Sanatorio Español, lugar entrañable de lugares comunes verdaderos: lugar de la vida y de la muerte, lugar de las grandes penas y las grandes alegrías. En él nació y hay cierta probabilidad de que ahí muera, aunque uno nunca sabe. El Sanatorio es también el encuentro de los dos mundos, el final de tantas vidas transterradas y la cuna de tantísimos mestizos. Es como una vieja casa *solariega* y *blasonada* de las de antes, como la Casa Grande del pueblo de mi mamá, donde se decía, aquí murió mi abuelo y aquí nacimos todos. Tiene algo de hogar y de templo, extraño y solemne, que provoca un temor misterioso y que al mismo tiempo te hace sentir agradecimiento: te da el consuelo del refugio y la esperanza de la salvación.

Y claro que tiene algo de sagrado, porque es más que el consulado de España en México. Es el consulado corporal. Es un pedazo de tierra mexicana que ha recibido el peso de tantas presencias doloridas, que se ha empapado de tantas lágrimas y sangres y de tantos aires llenos de suspiros y de quejas. De tantos cuerpos españoles emparejados por la enfermedad, sin ideologías, igualados aquí monárquicos con anarquistas, franquistas o republicanos y hasta criollos y mestizos en su condición de carne sufriente.

Terreno grandísimo de beneficencia que se ha ido haciendo cada vez más chico y menos español. Antes era diferente: puros edificios chaparros de ladrillo rojo y pintados de verde claro por dentro, con linóleos que rechinaban, y que se llamaban Covadonga o Sala Ocho y Sala Nueve, rodeados de jardines tranquilos con gorriones y tórtolas y viejitos con boina sentados al sol y monjas asturianas o andaluzas caminando apresuradas, antes de que vendieran el pedazo

para el supermercado gigante, antes de que hicieran el edificio grande y modernísimo y lo llamaran *la policlínica*, con todo y el sofocante restorán tipo Vips y los elevadores enormes que tardan un siglo, antes de que todo el espacio libre fuera estacionamiento y embotellamiento de cientos de automóviles y cobraran a la entrada.

Antes de que se me muriera nadie.

Aunque de todos modos siempre he pisado ese lugar con taquicardia. Desde el día en que nací, que supongo que el corazón me latiría rapidísimo en ése mi primer llanto. Y luego el latir alegre e infantil, asombrado y celoso, que seguramente tuve cuando nacieron mis hermanos y mis primitos. El corazón desgarrado moviéndose lleno de angustia por tus viejos en la gota de suero, en el siseo del oxígeno, en las terapias intensivas, en el café de la espera. El pulso desbocado por el dolor y la esperanza cuando entré parturienta tres veces, a toda prisa, a la misma sala donde fui parida. Y el regreso al ritmo normal, las salidas a la calle de Ejército Nacional, por fin, a veces con un niño nuevo, a veces con una pena enorme.

El Sanatorio, que fue lugar de encuentros y reuniones sociales a la española, tan alegres en Maternidad o tan graves en los otros pabellones y edificios. Voces fuertes, imposibilidad de hacer cumplir reglas y horarios, discusiones seguras y ruidosas en cada cuarto, encuentros en los pasillos, coincidencias siempre, a qué no sabes quién está en el cuarto de enfrente, la pobre... Romería y pachanga a la menor provocación, visitas solidarias de un piso a otro, ambiente como provinciano donde todo mundo se conoce y conoce perfectamente la ubicación de cada sala y servicio; sonrisas agradecidas porque te encontraste al doctor fulanito, tan lindo, es el que me atendió cuando, te acuerdas, o es el que vio a tu tía, y se acordó de mí, y otra vez me tuve que soplar el pleito de mamá con la misma jefa de enfermeras, la muy estúpida queriendo que tirara las flores que le trajo Armando, menos mal que llegó el Padre José, qué viejo está el pobre. Y en la vieja maternidad los comentarios increíbles en la ventana del cunero, y la fiesta continua, los niños corriendo, los arreglos florales y la novedad de los adornos en las puertas con cigüeñas azules o rosas, y de repente las charolas con aceitunas, chorizos y jamones y demás entremeses y los brindis clandestinos pero tan frecuentes en los pequeños jardines, con la recién parida muy elegante en su bata de tira bordada y los invitados escandalosos y sonrientes ellos, vestidos de seda, de tergal y de piqué para el bautizo.

En consulta externa las sillas aburridísimas, las habitaciones antiguas y no tan elegantes, la parte vieja con las paredes despintadas

y el reloj circular, “¿tiene cita?, no ha llegado el doctor Ros”, y entonces la credencial sobada que se llama carné de socio esperando en las manos sudorosas, y entonces el tejido, la revista, y las miradas tristes, y siempre la plática posible, la queja, la reclamación, “¿no cree usted?, porque lo que es yo, también he estado muy mala, y no es justo pagar treinta años para que le den a una este servicio, no hay derecho, hombre, el sanatorio cada vez está peor, de qué sirve ser socia, es desde que está el sindicato...”

Visitas rápidas de cortesía, cuando bien te va, arreglada y perfumada, con tu ramito de flores o tus chocolates de regalo. Que salió bien de la operación. Que mañana se va a su casa. Y te diviertes platicando con los primos que te encuentraste, vamos a tomarnos un café, y sonrías al oír ayer estaba muy mareada, pero hoy se ve muy bien, ¿no?

Pero qué tal cuando en vez de visitar ha sido vivir ahí, casi acampados, tercer piso, sala general. Qué tal cuando se trata de agonía y muerte de la carne de tu carne. Estancias agotadoras y eternas, con tus zapatos cómodos y la llave del clóset, cuando eres la anfitriona, la que te tocó cuidar al enfermo y estás deprimida pero no te puedes deprimir, ándale papá cómete la sopa, aunque sea un poquito, y muchas gracias que vinieron, tía, y te sabes de memoria el menú del restorán y los nombres de las enfermeras de la mañana y de la noche, y lavas el cómodo y te enfrentas a fuerzas y por primera vez a las sondas y a la caca y al vómito y a la desnudez de tu abuela y de tu padre y de tus tías y de la viejita de junto y te ves en ese espejo y aprendes que todos los cuerpos humanos españoles o mexicanos o chinos o de donde sean son iguales y que algún día también tú.

Y desde que se llevaron a tu padre muerto, metido en una bolsa, en una carretilla de la agencia Gayosso rodando por ese pasillo, ya siempre te duele el estómago cada vez que vienes al Sanatorio y estacionas tu coche debajo de esos eucaliptos y cada vez que entras a un cuarto y vuelves a oler ese mismo olor y cada vez que te vuelves a fatigar de subir esa escalera hasta el tercer piso a pie.

Y ni modo, porque sabes que faltamos muchos y que vas a seguir viniendo muchas veces todavía.



20 | Los trabajos de mi padre

Con lo trabajador que era mi padre yo no sé porqué nunca fuimos ricos. Tanto paisano suyo que se hizo millonario con su panadería o su tienda de ultramarinos finos, vinos y licores y él no, a pesar de que también fue comerciante. Así ponía yo cuando me preguntaban profesión del padre o tutor: “comerciante”.

Después de acabar con trabajos la escuela primaria y de vender en su juventud telas en la Lagunilla, objetos de ferretería y huaraches para exportación, cuando se casó se dedicaba a vender los broches “Sopel”, unos prendedorcitos de oro o de plata con rubíes o brillantitos que los señores se ponían en los cuellos de las camisas. Trabajaba desde la casa, porque recuerdo su gran escritorio de cortina —que no sé cómo fue a vender después mi mamá— lleno de frasquitos con los broches de cada modelo, cuadraditos, circulares, anclitas, tecolotitos, y veo las cajitas de cartón forradas de papel dorado o plateado con estrellitas. En este negocio mi madre le ayudaba. La recuerdo alguna vez pintando con barniz de uñas rojo los ojitos de los tecolotes.

No sé si antes o después de los broches, fue el encargado de la *Joyería Kenya*, que quedaba en el mero Zócalo, en Brasil y Guatemala. Allí es donde conocimos a la actriz Elvira Quintana, porque ella y su hermana Juanita Quintana trabajaron de empleadas en la joyería. Eran guapísimas, sevillanas ellas. Elvira Quintana todavía no era famosa. Después, al verla en las películas, siempre presumiría: yo la conozco en persona.

Y ya después, cuando yo iba en primaria, puso la *Librería y Papelería Goya*, en Cinco de Mayo y Motolinía. Todos esos años giraron alrededor del centro. Yo era feliz de acompañar a mi papá a sus trabajos algunas veces y de caminar por Cinco de Mayo, por Avenida Juárez, por López. En López estaba su café favorito, el *Chufas*, que tenía compartimientos preciosos para sentarse, como casitas independientes unas de otras, forrados de piel oscura abullonada con botones, y un gran timbre para llamar al mesero, al que le

decían “El Chaval”. Mi papá pedía un *express* y yo un helado de vainilla.

Igual que a mi padre, a mí me encantaba el centro. Cuando era domingo, y nos llevaba a dar una vuelta en el coche, con cualquier pretexto se metía al Zócalo y le daba varias vueltas. Le fascinaba. También recuerdo que en épocas navideñas un paseo tradicional era ir “a ver la iluminación”. Recorríamos de noche todo Reforma, Avenida Juárez, Madero, para culminar en el Zócalo lleno de luces.

Lo de la papelería se acabó porque se peleó con su socio y se salió. Luego puso la zapatería, en Insurgentes Sur, frente a *Sears, Calzados Goya*. El nombre le encantaba porque Goya era su pintor favorito y el logotipo de la zapatería era una silueta vestida tipo cuadro de Goya con su capa chiquita y su chonguito y su red en el pelo. Este negocio le duró unos tres o cuatro años y no le iba tan mal, pero se acabó también peleándose con este socio. Luego puso otra zapatería, se volvió a pelear, y luego tuvo otros tres o cuatro trabajos, ya no de dueño, sino de empleado: lo de los troqueles, lo del tequila pechuga almendrado, lo de *Casa del Libro* y, finalmente, en la fábrica de cables eléctricos, que era de un su amigo muy gentil que siempre le tuvo mucha paciencia, y en donde fue gerente hasta que ya no pudo trabajar.

El mismo se justificaba diciendo: “es que soy culo de mal asiento”. Yo nunca supe exactamente porqué se peleaba con los socios, que en un tiempo fueran sus grandes amigos y hasta sus compadres y después se convertían en unos cabrones hijos de la chingada. El daba a entender que la cosa era de principios. De moral. A él le encantaba decirse “un quijote”.

Entonces, por lo visto, todos eran inmorales, menos él. Los niños no nos podíamos enterar de esos asuntos, pero la frase oficial que se oía en mi casa era: “Hay cosas con las que yo no puedo”. Nunca supe qué cosas eran.

Entonces se quedaba meses, seis, ocho meses sin trabajo. No recuerdo qué hacía. Pero en la casa no se quedaba. Se levantaba temprano, se arreglaba. No se bañaba diario, sino cada cuatro o cinco días, y era todo un ritual, porque el baño era de tina, en la noche. Duraba metido en el agua cinco o seis horas; se leía completos el *Selecciones*, el *Life*, el *Mecánica Popular* y el *Siempre*, entre sueñecito y sueñecito y entre rellenado y rellenado de la tina con nueva agua caliente.

En las mañanas sólo se lavaba la cara y la cabeza y el cuello, muy escandalosamente, y se rasuraba con su máquina eléctrica.

Quedaba guapísimo, con su calva reluciente, empapado en loción, con su camisa inmaculada, siempre su corbata de moño y su traje perfecto. Cogía dos pañuelos limpios, blanquísimos y planchadísimos, del alterito del clóset, alterote, más bien, porque pobre de mi mamá si no había bastantes, se tomaba un café con leche, y se iba. A trabajar o a conseguir un nuevo trabajo.

En esos paréntesis se gastaban todos los ahorros familiares, todo lo que le había quedado del negocio anterior. Y empezaban las idas de mi mamá al Monte, porque eran muy orgullosos para pedir prestado a nadie. Todas las joyitas de los tiempos de la joyería, cuando le regaló las mejores cosas, nos salvaban la vida mediante su empeño en el Monte de Piedad. “Veinte pesos. ¿Qué nombre?”, decía secamente el empleado, con su cara de palo, con su lente de aumento en el ojo revisor de la churumbela, del brillantito, del Longines de oro, de la esclava de dieciocho con sus dijes colgando. Y mi madre se enorgullece hasta la fecha de que nunca perdió nada. Seguro mi padre encontraba trabajo justo a tiempo para rescatar las cosas.

En los tiempos de la zapatería Goya yo trabajaba ahí, todos los sábados y en las vacaciones. Mi mamá a veces también, y mi hermano Vicente, sobre todo en diciembre. Yo iba en secundaria. Ahí aprendí a trabajar, y cómo me encantaba. Primero abrir. Prender las luces, levantar las enormes cortinas metálicas. Luego, pasar la aspiradora, limpiar las manchas de las alfombras con un disolvente que se llamaba Carbona, sacudir los sillones, lavar los espejos, acomodar los aparadores. Aunque había un mocito, Abraham, que lavaba los vidrios de afuera, nosotras, las mujeres, Mago y Victoria, las empleadas, y yo, también ayudábamos.

Y ya después, estar vivísima cuando entrara algún cliente. “¡Viva!” era la frase favorita de mi padre. “¡Viva, coño!” Pobre de tí si estabas recargadota con los codos en el pequeño mostrador, o echada, fodonga, en un sillón, o papando moscas. Tenías que estar derechita, lista, sonriente. Abusada, pues. Salir al encuentro del cliente que entraba tímido o dudoso. Atenderlo rápido, amable, servicial. Ponerle el zapato, con el calzador, sobre un mueblito especial que había, que era como banquito para el empleado con una parte inclinada cubierta de hule para la prueba del zapato. Y si no le quedaba, rápido buscar la solución en la parte de atrás: otro número, otro modelo parecido, y ya en casos desesperados, la horma y la parrilla, para estirarlo y ablandarlo a fuerza de jalones y de calor, cuando le quedaba apretado, o las plantillas de cartón recortado, ocultas hábilmente, si le quedaba flojo.

Si no le gustaba, había que echar un rollo: “es un modelo mucho muy elegante, y pues fíjese que a usted le queda muy bien, es lo que ahorita se está llevando, es un zapato finísimo, vea usted esta piel, es como un guante”. Y las otras frases consabidas: “todos tenemos un pie más grande —o más ancho o más flaco o más chico— que el otro”, y “esta piel da mucho de sí”.

El chiste es que no se fueran sin comprar. Mi papá, como buen patrón, a veces aparecía en los momentos clave y magnánimo les decía: “para que se vuelva cliente, si se lleva los dos pares le voy a hacer el diez por ciento de descuento”.

A veces yo no vendía, sino que me daba permiso de ponerme de cajera, subida en un alto banco, haciendo las notas con buena letra, marcando en la caja registradora, dando el cambio con mucho cuidado. Y también me dejaba moverle a una llave que estaba en un lugar secreto y que permitía ver el total de ventas del día. En el mejor sábado del año, digamos veintitrés de diciembre, llegábamos a vender diez mil pesos. Eso era lo que se dice una buenísima venta.

Ir a la zapatería era un trabajo pesado, pero tenía sus compensaciones. Por un lado, la posibilidad de zapatos nuevos. ¿Me puedo llevar éstos? No exagerábamos, pero yo tenía zapatos de casi todos los colores. Y luego, era bastante divertido. Ver gente, sentirte útil y muy importante y muy felicitada cuando vendías bien, echar mucho relaxo. Aunque autoritario, mi papá era también accesible, dicharachero, simpatiquísimo.

El clima de trabajo era muy agradable. Trabajar, pero pasársela bien. Mi padre siempre trabajó así. A media mañana, salir a tomar un café. A veces me llevaba; yo me solía comer un helado buenísimo que se llamaba *hot-fudge*. Era de vainilla y tenía chocolate fundido encima, y era una de las especialidades en la barra de *Woolworth*. Mi papá, como siempre, pedía un *express*. Ya se había tomado cinco o seis Nescafé en la zapatería, pero el chiste era salir.

A veces pasábamos por mi tío Mario, que no era mi tío, pero era muy amigo de mi papá. Era encantador, y tenía también una zapatería media cuadra más abajo, sobre Insurgentes. Su negocio era mucho más elegante que el de mi papá. Mientras que nosotros vendíamos de todo —zapatos para hombre, tenis, pantuflas de peluche, zapatitos marca “Blasito” para los niños y zapatos femeninos en general— él vendía sólo zapatos de mujer muy finos y muy caros. Eran marca “Vidal”. Sus aparadores eran de éstos donde hay muy poquitos zapatos y se ven muy exclusivos. A la hora de pedir la cuenta de los cafés y el helado, se peleaban a muerte por pagar. Mi

padre siempre libró esa clase de batallas, toda su vida. Cómo alguien le iba a pagar la cuenta a él. Faltaba más.

En diciembre casi no podíamos ir a comer a la casa. Había que comer rápido, unas tortas o unos *tacos de vampiro*. Todavía no existían los tacos de bistec que después se pondrían tan de moda. Los de vampiro eran de bistec, pero no eran asados al carbón. El chiste es que llevaban una untada de frijoles, cebolla picada, mucho cilantro, y chile verde. Los vendían por la calle de Chiapas o de San Luis Potosí o por ahí. Abraham los iba a comprar, nos metíamos a la parte de atrás a comer con nuestra cocacola, y salíamos inmediatamente a seguir vendiendo.

El veinticuatro de diciembre mi papá nos pagaba nuestro sueldo. Recuerdo que me parecía muchísimo dinero. Pero mi mamá, rápidamente, lo administraba: decidía que no teníamos ropa suficiente y nos llevaba a comprar un abrigo, o un trajecito sastre, que se viera "vestidorcito", y que ella escogía.

Yo creo que yo no escogí mi ropa hasta que me la compré con mi dinero, cuando empecé a trabajar en el banco, a los dieciocho años, cuando yo quería ir a la universidad y mi papá dijo, "no sé si irás a la universidad pero lo que sí sé es que tienes que trabajar", y yo dije, "pues trabajo y estudio", y él dijo, "a ver si puedes con las dos cosas", y me mandó al Banco Comercial Mexicano, con un amigo que era el jefe de personal, y entré, y ese mismo año, que era 1968, ingresé a la Facultad de Ciencias de la U.N.A.M., y después me cambié a Filosofía.

Y toda la carrera trabajé, y sí pude, y he podido trabajar en muchas cosas durante toda mi vida, poniéndome muy viva y tomando muchos cafés y pasándomela lo mejor posible, porque él me enseñó.



21 | Mi tía Chiqui

Era la más guapa, la más fuerte, la más alegre de todas, y también la más dura y autoritaria. Era la auténtica heredera del matriarcado de mi abuela y era todo un personaje. Era la tía que yo más admiré y que más quise, y también a la que más miedo le tuve. Y siempre será uno de mis modelos femeninos fundamentales y siempre formará parte esencial de mi superyó.

Aunque nunca me fue demasiado fácil. Siempre fue como una reina; yo la adoraba o la odiaba de lejos, con temor y respeto; no era posible la cercanía, más que raras veces. Nunca pude con ella. Tal vez porque era de esas personas que son muy inteligentes y muy poderosas y como que te leen el pensamiento.

Dicen que de joven era muy flaca, pero yo la recuerdo siempre madura y llena, elegante, guapa, imponente. Podía ser divertidísima, y no había nadie más simpático y cariñoso que ella. Pero igual, de repente, como jarro de agua fría, te congelaba con un comentario o con una mirada. Podía ser seca como ella sola, hiriente, cabrona. Y nunca sabías.

Se llamaba Rosalía pero le decían *Chiqui*. Así le dijimos durante toda su vida, y ni sus amigas más cercanas sabían cómo se llamaba. Era *La Chiqui Pedregosa*. Aunque de chiquita no tenía nada. Ni siquiera era la menor de los hermanos, era de los de en medio: Carmela, Vicente, Chiqui, Cándida y Lines. Seguramente ese apodo se lo pusieron acabada de nacer. Pero después creció, por fuera y por dentro, de tal manera que yo nunca la vi ni chaparrita, ni flaquita, ni pequeña de ninguna manera. Me parecía más bien *enorme*.

Ella nació aquí en México. Y aunque vivió algunos años en España, de recién casada, curiosamente, nunca pronunció. Hablaba como mexicana. Pero en todas sus actitudes se notó siempre que el modelo para ella era lo español.

Sus diferentes casas —Lerma, Guadalquivir, Taxqueña— son inolvidables para mí. Ir a su casa era siempre como fiesta. Siempre espléndida, le encantaba recibir, le encantaba guisar y tener su mesa

llena de gente, le encantaba organizar fiestas a todo tren. Cuando mis primos eran jóvenes de preparatoria y de los primeros años de universidad, se fascinaba de que llegaran muchos chavos a estudiar y a comer de improviso, y se metía con todos, bromeaba todo el tiempo. Como que le chocaban los niños pero le encantaban los muchachos y las muchachas. Le encantaba la juventud.

Cuando yo empecé a ir a la Universidad y a trabajar en el banco, iba mucho a su casa, que quedaba en el sur de la ciudad. En esos tiempos Arancha mi prima y yo éramos inseparables, y como yo no tenía coche, a veces me quedaba a dormir ahí si no encontraba quién me diera un aventón. Fueron los tiempos en que la sentí más cercana.

Era alegre, cómplice, consentidora. Me platicaba, me guisaba cosas especiales, me hacía sentir privilegiada: yo era de los suyos. Me hacía sentir que yo era más Pedregosa que Mendiola, más española que mexicana, y yo cooperaba gustosa en criticar a mi madre y a su familia. Yo creo que en esa época yo le caía muy bien. Me decía, burlándose, que de chiquita yo era fea e insoportable, pero que ya estaba yo mejorando. Yo le creía. La admiraba, la imitaba, participaba de su espíritu magnánimo y fiestero.

Ella se encargaba de hacer la mejor posada, el mejor cumpleaños.

Algunas fiestas fueron inolvidables. Tuvieron hasta música en vivo, marimba para bailar, y muchas fueron de disfraces, como aquella famosísima donde Juan Ramón fue vestido de Don Quijote, por supuesto, porque siempre se ha sentido *quijote*, como mi papá, y en el fondo, como toda la familia. Estaba perfecto, con su yelmo y su lanza, y como era flaquísimo y muy alto, daba el tipo muy bien. Su amigo Pepe, que era chaparrito y gordito, se vistió de Sancho Panza. Yo debo haber tenido unos catorce años, y cómo estaría de acomplejada que decidí ir de bruja. Mi papá me llevó a una tienda de alquiler de disfraces y eso elegí. Hasta me pinté un diente de negro para parecer chimuela.

Arancha mi prima, que era flaca flaca, iba preciosa, de leopardo, con un traje que le hizo mi tía, todo pegadito, como mallas, y con un gorro que tenía orejas y le dejaba la pura cara de fuera, con sus bigotes pintados. En esa época Arancha tenía un novio, Roberto, que era muy guapo y muy alto: medía dos metros y se parecía a Jorge Negrete. Ese se disfrazó del genio de la lámpara de Aladino y estaba muy apantallador, con el turbante con su pluma y sus babuchas que acababan en un pico rizado.

Agustín mi primo, el más chico, se vistió de chino. En esos entonces estaba de interno en una escuela muy pobre de padres españoles en Chalco, porque había reprobado tres veces tercero de secundaria y lo metieron ahí de castigo. El dice que no le fue tan mal, aunque a mí eso de que te metieran de interno me parecía lo más horrible que te podía pasar. Dice que gracias a los padres aprendió a cantar y que le encantaba trabajar en el campo y cuidar y limpiar a los marranos. Esa vez vino de vacaciones, y se la pasó arrinconado en la fiesta toda la noche. Yo creo que en esa época condenaba nuestra vanidad de vanidades porque estaba pensando meterse al seminario.

Todos gozamos mucho esa fiesta. Me gustaba un muchacho muy guapo que se llamaba Indalecio San Vicente, amigo de Juan Ramón, güero, de ojos verdes, que iba vestido del Doctor Watson, haciendo pareja con otro su amigo que le hizo de Sherlock. Yo quería bailar con Indalecio, pero Sancho Panza me agarró por su cuenta y ya no me dejó.

Nos tomaron película y todo. Desfilamos uno por uno frente a la cámara super ocho del tío Julio, que estaba feliz. Yo creo que ellos, los mayores, son los que disfrutaron más la fiesta. Y luego le mostraban a todo mundo la película, presumiendo.

Mi tía Chiqui creó aquellas inolvidables y míticas fiestas de los cincuenta o los sesenta años del tío Julio o de la tía Carmela o de ella misma, cuando mis primos y yo éramos veinteañeros, y seguíamos sus entusiastas órdenes y organizábamos el teatrillo, el show para las visitas. Allí salían todas nuestras capacidades histriónicas: nos disfrazábamos, escenificábamos cosas de García Lorca y yo recitaba como Rafael Acevedo, *"Antonio Torres Heredia/ hijo y nieto de Camborios/ con una vara de mimbre/ va a Sevilla a ver los toros"*, mientras Vicente mi hermano salía de Antoñito el Camborio con la cara pintada de "verde luna" y la guardia civil caminera lucía sus cinco tricornios que Consuelo, novia de Juan Ramón, había fabricado; o representábamos cuadros de Goya, como aquella memorable "maja vestida" que era la pobre de mi tía Pita, la prima de mi mamá, tan cristiana y modosa, que había venido de San Felipe, de vacaciones, y que estaba aterrorizada de hacer esa "estampa goyesca" a pesar de que le decíamos que agradeciera que no la pusimos de maja desnuda; actuábamos pedazos de la biografía del festejado, como aquellas escenas de mi tía Carmela subiendo al Popo, porque en su juventud fue alpinista, y nos sentíamos actores de zarzuela, y escribíamos canciones y las cantábamos, y montábamos coreografías y elaborába-

mos maravillosos programas de mano. Y aunque nosotros —sobre todo mi prima Arancha, directora, guionista, escenógrafa— hacíamos todo el teatro, el espíritu inspirador era mi tía Chiqui. La más animada y feliz era ella; el motor era ella.

En esa casa lo esencial era ser divertido. Simpático. Ingenioso. En general, fuerte. Ahí como que no se valía ser ni pendejo ni callado ni tímido: como decía mi abuela Paz, eso era ser “meaque-dito” o “estar pasmado”. El chiste era gritar, reír, decir chiste tras chiste, ser escandalosamente alegre. El romanticismo jamás. Prohibido lo cursi. Prohibido lo solemne. Sobre todo, nada de debilidad, ni de tristeza. En las navidades, cuando yo cantaba alguna canción lenta o melancólica, mi tía Chiqui invariablemente me regañaba. “Ya canta algo alegrito, mi vida, nos vamos a dormir”. Y a mí que ésas eran las que más me gustaban... Yo, tan cursi, yo que lloraba al final de los cuentos de Cachirulo, o en cualquier melodrama de Pedro Infante o de Sara García o hasta de Clavillazo. Y cómo se burlaban cruelmente de mis lágrimas, siempre, y se siguen burlando.

El conflicto ruidoso, sí. O simpáticos, o iracundos. Discutir acaloradamente sí se valía, y les sigue encantando a mis primos (y a mí misma). Los tres siguen siendo exagerados, gritones, viva la alegría y viva el salero. Yo siempre he identificado ese modo de ser con lo español, como si no pudiera haber españoles callados o dulces o prudentes. Pero en mi familia, de esos no había. Bueno, puede ser que mi abuelo Juan... O mi tía Cándida, pero es la única, y siempre la han criticado por ello. Ah, qué Cándida tan callada. Como que así no debe ser uno. Como que no es el modo de ser más apreciado; les gusta más el otro.

También en esa casa era un valor fundamental *el buen gusto*. El buen gusto que tiene que ver con todo, desde con el arreglo de tu casa, con tu conducta cotidiana, con la comida, y con cómo te vistes. Es mucho muy importante cómo te vistes. Tal vez tiene que ver con el hecho de que mi tía Chiqui, cuando yo era muy chica, era modista. Cortaba y cosía maravillas para todas las señoras elegantes de la H. Colonia. Hacía desde vestidos de novia hasta vestiditos bordados para las niñas, pasando por trajes de manola, divinos. Ella era, entonces, el árbitro de la elegancia de nuestra familia, y yo tuve el gran honor de que me hiciera mi vestido de graduación de secundaria, que no me gustó, y luego el de mis quince años, de brocado azul celeste con plumitas plateadas. También sospecho que ella fue la causante de que en la misa y el tedéum yo llevara peineta y mantilla. Porque ella era la que dictaba la moda.

Y esto quería decir que pobre de ti si no te vestías a su gusto. Aunque después ya no siguió cosiendo, siempre conservó la autoridad, y creo que esa autoridad la heredaron mis primos, que siguen siendo los más elegantes y los que tienen mejor gusto de la familia, y la heredé yo, pero de otro modo: hasta la fecha, cuando quiero ir bien vestida, me imagino el juicio de mi tía Chiqui, y su voz me acompaña en mi clóset y en mi espejo, y me critica o me aprueba, me regaña, me compone. En los tiempos de la minifalda, siempre me fastidiaba, medio en broma y medio en serio, cuando usaba medias blancas. Y jamás le gustaron mis huipiles de mi época folklórica. Yo le tenía terror a sus comentarios, a sus miradas escudriñadoras, y en el fondo siempre la he obedecido.

Seguro lo heredé de mi madre, la joven cuñada mexicana que siempre fue abierta o sutilmente criticada por ella. Parece ser que desde que mi tía llegó de España, cuando se separó de su marido y lo dejó allá y se vino con sus tres hijos porque ya no era posible y tuvo que vivir una temporada en Artes, se traía a mi mamá de su puerquito. Y mi madre recién casada, asustada, prudente, prudente. Le revisaba a sus hijos —a mí y a mis hermanos— de pé a pá. Qué vestido, qué calzones, qué zapatos traíamos. Era muy importante su aprobación. Cómo gorrito. Cómo zapatitos. Si los bebés deben ir descalzos. O cuando mucho, con sandalias. Y los varoncitos, a huevo con pantalón corto, hasta los doce años. Etcétera. Lo español estaba bien, lo mexicano estaba mal.

Y así, mi madre se tuvo que ir españolizando en sus costumbres. Para no ser menos, nos vistió de piqué y de calzones tejidos, calados, de hilaza, hasta que fuimos adolescentes, y aprendió a guisar con mi abuela Paz, y sus croquetas y su cocido y su paella son famosos y sus tortillas de patatas igual, aunque mi tía Chiqui no lo quisiera reconocer nunca. Le salen buenísimas, mejor que la comida mexicana, exceptuando sus frijolitos y su capirotada. Los callos a la madrileña nunca le gustaron y por eso no los sabe hacer. Esos eran la especialidad de mi tía Chiqui, lo mismo que la mejor zarzuela de mariscos del mundo.

Ellos, además de lo del buen gusto y de lo ruidoso, eran ricos. Creo que ahí tuvo que ver el tío Julio. El tío Julio es otro personaje inolvidable. Era guapetón, robusto, con el pelo rizado y gris y con las cejas larguísimas. Tenía una oreja defectuosa: más bien casi no tenía una oreja, sólo un pedacito de carne en lugar de oreja. Vivió con ellos casi desde que llegaron de España, es decir, desde que eran chiquitos mis tres primos hasta hace algunos años, cuando el pleito.

El tío Julio era concuño de mi tía Chiqui. Estaba separado de su esposa. De repente, llegó de España y se fue a vivir con mi tía. Mi padre se encabronó muchísimo de tamaña inmoralidad, porque se podía permitir ser separada, pero no vivir con otro hombre, y dijo hasta el cansancio, siempre dramático, que eso fue lo que le provocó al abuelo Juan el infarto. “Eso mató a mi padre”. Parecería que la relación era de pareja, pero no. O bueno, en parte sí. Eso es un misterio que yo me siento incapaz de desentrañar. Vivía con ellos, pero tenía su recámara siempre aparte. Y mi tía se encargó de decir, toda su vida, que no había nada entre ellos. El tío Julio quiso ser como el papá de mis primos, como el jefe de la casa de alguna manera, pero no lo logró nunca.

Era seguramente un acuerdo extraño: él necesitaba una casa, una familia; ella necesitaba una figura masculina de respeto para sus hijos, supongo. Y a mi tía le debe haber caído bien o lo debe haber querido algo, para hacer ese acuerdo, porque no decides vivir con alguien que te choque, ni mi tía Chiqui era de las que se sacrificaban.

Y aunque mi tía siempre trabajó, y Arancha mi prima también, él aportaba dinero, o por lo menos el aspecto de riqueza. El tío Julio siempre tenía unos coches espectaculares —la camioneta Buick, el Impala plateado— y vivían siempre en casas muy grandes, muy chingonas, con muebles finos y elegantes, tipo moderno, línea danesa Van Beuren, donde abundaba la comida, y no cualquier comida: el jamón serrano, los camarones, los espárragos, los vinos y coñaques, los quesos roquefort, todo en cantidades industriales.

Las discusiones en esa casa eran cotidianas. Porque mi tío Julio era tremendo. Era muy necio y muy violento, además de franquista, reaccionario a más no poder, y Juan Ramón mi primo diario se peleaba con él. Y Arancha, y Agustín. Nos peleábamos todos, porque le encantaba criticar a “la juventud”. Los pelos largos y las barbas de los chavos lo enfurecían; despotricaba a gritos contra las “canciones de protesta” que estaban de moda, como “*es más fácil encontrar/ rosas en el mar*” y por supuesto contra los *hippies* y contra esos estudiantes que no estudian y sólo se dedican a hacer manifestaciones. Casi todo lo que hacíamos o pensábamos le parecía mal. Y nosotros, tercos, desesperados, a defendernos. Pretendía hacerse el culto: nos llevaba a la ópera, a conciertos, a *El Hombre de la Mancha*, y nos lo presumía, ancho como pavorreal, como si él fuera Mozart o Cervantes, como si él hubiera escrito esa obra con sus propias manos, como diciéndonos que eso sí era bueno... Su argumento fundamental era: “pero a ver, vosotros los jóvenes, que tanto criticáis, ¿qué habéis

hecho?" Lo queríamos, pero a sus espaldas lo condenábamos y nos burlábamos de él.

Mi tío Julio tenía una imprenta. Seguramente llegó con dinero de España, porque desde el principio fue el dueño. En esta imprenta él, defensor de la alta cultura y los valores cristianos, hacía varias revistas, chafísimas: unas de box y luchas libres y de futbol, otras de vedettes encueradas, otras como cancioneros con fotos y chismes sobre los cantantes de moda, que le dejaban bastante dinero. Y mi tía Chiqui trabajó muchos años ahí, con él. Era algo así como la administradora, y se quejaba de él todo el tiempo.

Cuando era más chica, yo sufría cuando amistades o primos de la otra familia decían que mi tío Julio y mi tía Chiqui se acostaban. Yo, repitiendo la versión oficial, aunque nadie me creyera, lo negaba ardorosamente. A pesar de mis propias dudas, porque a ratos parecían pareja. Pienso sobre todo cuando bailaban. Los puedo ver enlazados y sonrientes, salerosos, bailando perfectamente bien bailado un pasodoble. Ahí sí que parecían marido y mujer. También en su casa, el trato era como para un marido. Su lugar especial en la mesa, la cena de tu tío, rápido... lo que diga tu tío, esperen a su tío. Pero por otro lado siempre durmieron separados.

Ahora pienso que lo ruidoso de esa casa era en gran parte por él. Era excepcionalmente gritón y violento. Te saludaba brusca y estrepitosamente, te hacía cosquillas, incluso a veces era medio mano larga. Casi ni lo querías saludar, mejor huías. Te daba unos besos salivosos, horribles. Era de esos que zarandean y avientan a los bebés hacia lo alto. Y era muy generoso. Cuando iba a España, a todos nos traía algo. Además de los regalos personales, de algún viaje trajo cerezas. O melocotones grandísimos, jugosos, presumiendo de la fruta española. Mi mamá probaba el pedacito que le tocaba y decía que los duraznitos chiquitos de su pueblo eran mucho mejores.

Solía dar regalos muy caros, pero el asunto tenía que ser muy espectacular, muy notorio. Llegaba tarde, gritaba, entraba aparatosamente con el paquete. Le encantaba, por ejemplo, aventar cosas sorpresivamente. Igual te lanzaba desde la puerta el regalo y lo tenías que cazar. Era su broma favorita, aventar vasos, o platos. Los domingos en Artes él casi siempre llevaba la fruta. Pero no creas que tantitos platanitos y ya. No. Era lo que se dice La Fruta: sandías, melones, chicos, mameyes, duraznos, uvas, manzanas, todo lo que hubiera en el puesto. Y mucho. Por supuesto, a veces le aventaba la sandía a alguno de mis primos. Que se notara que él ya había llegado, que se notara lo que él había traído. Y que se dijera y se

repitiera que ese mamey estaba buenísimo. A veces llevaba también pasteles y merengues, de *El Globo* o de *Elizondo*.

En nuestros cumpleaños, el mejor regalo lo daba él. Primero te hablaba por teléfono. Te preguntaba qué quieres. Tú sufrías, desgarrada entre la imagen de la muñeca carísima que sabías que él sí te podía comprar, y la mirada de tu padre, y tenías que decir, lo que tú quieras tío, y él se impacientaba en el teléfono, y tú papá diciendo que pobre de tí, y de todos modos se molestaba porque Julio Correa te regalara algo, y de todos modos Julio Correa te daba algún regalo carísimo.

Los reyes magos, igual. Los mejores eran los de ellos. El día de reyes, que empezaban amaneciendo en nuestra casa, con algún juguete no muy caro y casi siempre ropa, remataban espectacularmente con muchos regalos y mucha gente alrededor de la rosca gigantesca en casa de mi tía Chiqui.

Como aquella vez, tendría yo dieciocho años. Una de mis lecturas favoritas eran los libros de *Charlie Brown*, y adoraba yo a todos sus personajes. Y en Taxqueña, mediante la evidente intervención de mis primos, me trajeron los reyes, sorpresivamente, un *Snoopy* de peluche como de metro y medio que me hizo absolutamente feliz.

El tío Julio compartía ese verdadero espíritu generoso que era el de mi tía Chiqui y de mis primos. Igual que mi tía Carmela. Les encantaba ser reyes magos. Alguna vez, en mi juventud, los acompañé esa noche feliz de compras, y hasta la fecha, ser rey mago es uno de mis más grandes placeres. Muchos años después, aun cuando mi tío Julio ya no estaba, entre Chiqui y Carmela y a veces Arancha también, nos seguían dando regalos de reyes, a todos, incluyendo a mis pequeños hijos.

Y luego, el pleito, la separación. Otro misterio. De repente mi tía Chiqui ya no quiso vivir más en Taxqueña y dejó ahí a mi tío Julio —la casa era de él— y se cambió a casa de las cotorritas. Desde entonces vivieron juntas las tres, hasta un poco después de que se murió mi tía Carmela y luego mi tía Cándida estuvo mala y luego mi tía Chiqui también y acabaron yéndose las dos a casa de Arancha mi prima.

Yo ni me acuerdo bien, porque nadie me lo explicó, pero parece ser que el tío Julio tenía una amante horrible, que dicen que era una secretaria vulgar, corriente, “hazte de cuenta una criada, una puta, que sólo quería quitarle el dinero”. Vete tú a saber cómo estuvo. Pero esas cosas no se preguntan. Las cosas importantes de ese tipo no se podían mencionar. Cómo me hubiera encantado que

algún día mi tía Chiqui me hubiera platicado su vida. Pero nunca me atreví a preguntarle, ni ella nunca contaba. No pasa nada. De repente, ya tenías que odiar al tío Julio, aunque no supieras bien a bien por qué, y de ese asunto ni hablar. Igual que con el papá de mis primos, que durante tantos años fue tan misterioso, que nunca se decía su nombre o por qué se separaron o qué. Está en España, y ya. Sólo he empezado a oír hablar de él ya de grande, con mis primos.

Y la orden fue borrar a Julio Correa de sus vidas y de nuestras vidas, y lo borramos. Como decía mi papá de su hermana Chiqui, que le daba órdenes: “Ahora quieran a Julio. Ahora ya no lo quieran...” Aunque yo a veces sospecho que la mejor época de la vida de mi tía, por lo menos cuando yo la vi más feliz, fue cuando vivió con él.

Y a mí que no se me puede olvidar cuando me fui a Europa la primera vez, que mi tío me regaló un cheque de muchísimo dinero, “hala, para que te pases un mes en España”. Y claro que me pasé un mes en España, y claro que me sentí muy agradecida con él. Pero es cierto que claro que nunca lo quise, ni de chiste, como quise a mi tía Chiqui.

Pobre tío Julio. Ahora creo que vive solo y pobre. Yo sólo lo he vuelto a ver un día, serio y lloroso, en el velorio de mi padre y, seis años después, hace poco tiempo, viejo viejo, hablando solo, sin reconocer a nadie, en el funeral de mi tía Chiqui.

Mi tía había estado como cinco años enferma. Tenía enfisema pulmonar y ya le habían prohibido fumar sus Salem mentolados. Se la pasaba encerrada, ahora en casa de Arancha, primero tejiendo y comiendo dulces y jugando canasta y solitarios o viendo la televisión, después ya sin hacer nada más que hojear sin ganas el *Hola*, solamente sentada, enojada, impotente, regañando y rebelándose, conectada al oxígeno, porque se fatigaba de todo, hasta de caminar tres metros para ir al baño. Se le agudizó la insuficiencia pulmonar porque hace mucho tiempo que no se movía: tenía muy malas sus rodillas.

Mi prima Arancha y toda su familia la cuidaban. Aunque más en lo particular, la que estaba con ella todo el tiempo, de día y de noche, era mi tía Cándida, siempre dulce y servicial, y siempre, pero siempre, regañada por mi tía Chiqui.

Se me murió de repente. Porque llevaba muchos años mala, y algunas veces se ponía malísima y la internaban en el Sanatorio, y a los pocos días la volvían a sacar, y entonces te dabas cuenta de que no estaba tan grave. Estaba jodida, pero no gravísima, y a veces te

decías, pobre mujer, mejor que Dios ya la recogiera, pero no se quería morir, y pensabas que iba a seguir mucho tiempo así. Como que ya te habías acostumbrado. Además, nunca sabías: llegabas a verla, “hola tía, cómo estás”, y la respuesta amarga, cortante: “pues cómo quieres que esté, mi vida. ¿No me ves? Mal”. Entonces tú ya no sabías qué decir y hasta te sentías culpable de preguntar una estupidez. Aunque en sus últimos tiempos se suavizó y a veces la plática fuera un poco más amable, tenías que estar alerta. Querías cumplir con sus expectativas.

O con las tuyas: ser como ella. Porque la verdad es que te encantaba.

Y en una de esas entradas al Sanatorio, se murió. La vi por última vez tres días antes, y no es la vez que la vi peor; estuvo platicando con mis hermanas y conmigo. Pensé que de ésa iba a salir. Ese último día me despedí de ella sin saber qué decirle, y por supuesto le dije una estupidez: le dije “adiós, tía. Cuídate”.

Mi tía Cándida la extraña mucho. El otro día me contó que hay días en que está tan triste que no se quiere ni levantar. Pero que se acuerda de su hermana Chiqui, que aun estando mala, doblaba su camisón y se vestía todos los días. Y entonces ella piensa qué diría Chiqui, y se imagina la voz diciendo, “Cándida, levántate y vístete. Dobla tu camisón”. Y así se decide a todo, a hacer cosas, así agarra fuerzas para ir viviendo, pensando en los regaños de Chiqui. “Cándida, sacude el polvo”. “Cándida, dale de comer al perro”. Casi igual que yo. Por ejemplo, cuando me veo deslavada y horrible en el espejo, y me digo: “Marcela, píntate la boca”.



22 | En la casa

Vivíamos en el gran departamento de cuatro recámaras, en Bahía de Santa Bárbara. No había ni Circuito Interior ni esos enormes puentes. La calle de la esquina se llamaba Melchor Ocampo.

Casi no me acuerdo de mis hermanos chiquitos. Será que probablemente me estorbaban. Los empecé a conocer y a querer hasta que fuimos grandes, y hemos sido amigos sólo después de que todos nos habíamos casado. En la infancia, es como si yo hubiera sido una niña sola. ¿Qué hacía yo en las tardes, en la casa? No sé.

Supongo que pensar en la inmortalidad del cangrejo y leer, metida en mi cuarto. Devoraba *El Libro de Oro de los Niños*, todos los “comics” —*La Pequeña Lulú*, los de Walt Disney, *Lorenzo y Pepita*— y todos los *Selecciones*. Después serían Julio Verne y *Mujercitas* y *Hombrecitos* y *Quo Vadis* y *Corazón Diario de un Niño* y luego todo lo demás, desde las de Corín Tellado hasta *La Odisea*.

No jugaba mucho con mis hermanos. Era tranquila, ingenua, solitaria. En cambio Vicente y Susana eran pandilla temible: los huesos rotos y las peores travesuras eran de ellos. Mi mamá les daba con la chancla. De Cacho casi no me acuerdo. Lo único que veo es una niña muy chiquita, muy vivaracha, siempre riéndose, siempre carcajeándose.

Aunque creo que Vicente mi hermano muchos ratos era también solitario. Lo veo en su cuarto jugando con sus canicas y con su supercarretera, o intentando amaestrar a sus ratas blancas, que cuando ya tenían demasiadas crías mi mamá las tiraba al *water*, o ya después fabricando conexiones para su tocadiscos, y entonces las que hacían pareja eran Susana y Cacho. Dormían en la misma recámara, iban a la misma escuela, las vestían iguales.

Reconstruyo cosas viendo una foto: la famosa escalerita, Marcela, Vicente, Susana, Cachito, acostados de panza en la cama matrimonial, vestidos sólo con calzones y camiseta. Arriba de la cabecera se ve el radio negro, ovalado, de mi papá. Y su lámpara con

el foco de doscientos que siempre le encantó para leer. Más arriba, la Virgen de Guadalupe, en su marco con pueritas.

Puedo ver a mi papá, leyendo su periódico, recostado en su cama, flaco flaco, peludo, encuerado de la cintura para arriba, porque dormía en calzones. Junto a él, en el buró, los cigarros Del Prado y el encendedor Ronson. Un poco más adelante, más cerca de su mano, el cenicero metálico de pie, café, apestoso y horrible, que tenía un platito giratorio y un depósito para las colillas, y que hacía un ruido inolvidable cada vez que apagaba un cigarro.

Puedo ver a mi mamá, del lado derecho de la cama, recién despertada, con su voz rasposa, pidiéndonos que le llevemos un café con leche y un mejoral. El perro pequinés, el Pirrín, está debajo de su cama, y nos gruñe a cualquiera que nos acerquemos. Cuando está de guardián de mi mamá no se acuerda que todos somos de la familia. Luego, ya cuando mi mamá se levanta, se le olvida y es cariñoso y juguetón, aunque ladra insoportablemente cuando llega cualquier visita.

Veo el largo pasillo, con las paredes llenas de fotos. Ahí estamos todos, de bebés, retratados y retocados por Cantera, el fotógrafo de los niños. Más allá, la foto de la boda de mis papás, blanco y negro, y algunas de mis abuelitos paternos y maternos. Tiempo después, también las de las cuatro primeras comuniones de nosotros.

Más adentro, después del baño verde, veo el baño azul, con mi mamá lavando. Tiene una pequeña lavadora y una pequeña secadora marca "Hoover". La secadora no es secadora; es una centrífuga que hace un ruido espantoso y exprime muy bien la ropa. Antes tenía una de rodillos, pero ahora tiene ésta que es mucho mejor y le ahorra tanto trabajo y está feliz. Ese baño es bastante grande, tiene tina y antes tenía también un *bidet*. Nosotros lo usábamos para abrir de repente la llave y mojarnos con el chisquete que salía para arriba. Pero ella lo mandó quitar para poder poner su lavadora.

Está despeinada, disfrazada con su bata de estar en la casa y sus botas de hule para no mojarse los pies. Y ha inventado todo un método complicadísimo para lavar, porque mientras está una ropa remojándose en la tina, está otra lavándose, y tiene ocho cubetas con otra tanta ropa —los pañuelos, la de color con vinagre para que no se despinte, las servilletas— y al mismo tiempo talla algunas cosas en el lavabo. Y luego saca una, mete otra, enjuaga ésta, exprime la otra. A veces le ayudo a frotar los cuellos de las camisas con un cepillito o lavo, con asco, pañuelos. A veces sólo me grita para darme una cubeta de ropa que tengo que tender en la terraza.

En la terraza hay, en el borde, una pequeña jardinera, y muchas macetas. A veces me toca regarlas. Mi mamá adora sus "hierbas". Me llama, me presume su gladiola que ya floreció, o sus geranios. Yo, indiferente. Ella insiste, "pero mira, Marce, qué preciosa, ¿ya viste?"

La veo también, todavía en bata, sentada junto al teléfono, hablándole a Paco, su carnicero español, a ver qué carne buena tiene y cuánto le va a mandar. "Mándeme un kilo de chuletas de rosbif". También le habla a Don Pepe, el de la tienda de abarrotes, y encarga huevos, jamón, cocas, nescafé, queso manchego, cigarros. Algunos días llega Manuel, el de la tintorería, y le da los trajes de mi papá. Otras veces es el "cambalachero": aparece con su gran canasta llena de vasos, de platos, de chucherías de cristal y de porcelana, y mi mamá busca ropa y zapatos viejos, y regatea con él para quedarse con cierto juego de copas.

Ella, fuera de ir a veces al *Palacio*, casi no salía a comprar. La comida se la llevaban a domicilio, menos las verduras y frutas, que se las encargaba a las muchachas, Lupe o Ricarda, lo mismo que las tortillas. Tortillas a veces no había, pero pan, sí. Siempre. A veces íbamos nosotros. "Tráite un peso de pan blanco". Toda la vida hubo bolillos, jamás teleras, en la mesa y al atardecer era delicioso merendar un bolillo con un chocolate Morelia Presidencial adentro. O unas galletas Marías con mantequilla o con mermelada, en forma de *sandwich*, y que al apretarlas, se les salía por los hoyitos. Si iban a venir visitas, mandaba por cinco pesos de bizcochos. No se decía pan de dulce. Se decía bizcochos.

Alguna vez, cada año o cada dos, había una como revolución: mi mamá iba a dar goma-laca. Ese día no había comida, había tortas. Había que sacar todos los muebles de las recámaras para pintar las duelas del piso. La goma-laca eran unas laminitas doradas que se compraban en la tlapalería y luego se disolvían en alcohol. Quedaba como barniz café y olía riquísimo. Luego no podías pisar en todo el día. Y claro que pisábamos, y claro que nos iba como en feria. Pero se veían padrísimas las huellas polvosas de tus pies. Ahora me doy cuenta que esa mismísima laca se usó después, en los sesentas, para rociar el peinado enorme, que te quedaba como casco.

En el comedor, con sus mosaicos blancos y negros, puedo ver la consola. Es un mueble grande, con un vidrio protector arriba, y algunas carpetitas y el teléfono y el memorándum como de oficina para apuntar los recados. La consola tiene la bocina en el centro y dos puertas a los lados. Del izquierdo, el tocadiscos. Del derecho, el

radio de bulbos, potentísimo, onda corta y onda larga. Tiene un ojo. Un gran foco que es un ojo-verde, que me da miedo, cuya pupila como que se abre o se cierra según si sintonizas bien o mal la estación. En la parte de abajo hay lugar para guardar los discos. Hay muchos álbumes, con fundas de papel, para guardar los discos de 78. Hay también ya varios *long-play*, 33 revoluciones por minuto, recién inventados.

Entre los de 78 están unos de Cri-crí, otros de Lola Beltrán, de Pedro Vargas, de Toña la Negra. Está una jota que se llama "La Madre del Cordero". Luego, con los Churumbeles, "La leyenda del beso", que detrás tiene "Las Bodas de Luis Alonso". Está "La Pastora", un tango que me encanta, por el trío Argentino. Está uno que dice "María Cristina me quiere gobernar" y están "La vaca lechera" y "Burundanga le dio a Muchilanga" y varios de Imperio Argentina. Entre los de 33, hay uno de Jorge Negrete, uno de Lucho Gatica, y algunas zarzuelas: "La Dolorosa", "Los Gavilanes", "Molinos de Viento" y por supuesto "Luisa Fernanda" y "La Verbena de la Paloma". Esos tienen una bandera española y son marca "Montilla". Ya después, habría varios de Frank Sinatra, que era el amor de mi mamá, y claro que los de Sarita Montiel y el de Joselito. También estaban el de Sonia y Myriam y el de Nat King Cole en español y uno de los Bribones, el de "Arroyo claro".

También después habría unos chiquitos, de 45: los de Gila, que mi papá ponía a cada rato, porque le encantaba. Tenía un humor y un estilo parecido al suyo. A mí también me parecía chistosísimo. Me acuerdo del del pisito, que tenía una cocina muy chica, donde "puedes freír huevos: uno". O ése donde era un soldado y le informaba a alguien: "El prisionero ha cantao. Ha dicho que desde Santurce a Bilbao viene por toda la orilla". Como yo me sabía la canción, me desternillaba de risa.

Veo a mi papá, cuando yo era muy chica, enseñándome a bailar chachachá, ahí, frente a la consola. "Los marcianos llegaron ya..." Y veo a mi hermanita menor, casi un bebé, María Elena, cantando *Cachito cachito cachito mío*, su canción favorita, con lo cual se ganó el apodo para toda la vida. Cachito primero, después simplemente Cacho.

Veo a mi mamá arreglándose, rapidísimo, un poco antes de que llegue mi papá a comer. Se pinta muy poquito, parada, frente al espejo triple de su recámara. Se peina con las manos su pelo corto, recién lavado. Pone boca de beso y se toca los labios recién pintados y con eso se pinta chapas. Siempre recibe a su marido vestida y arreglada, guapísima.

Veo la mesa del comedor, a la hora de las comidas. Mi papá siempre venía a comer a la casa. Y su llegada era todo un ritual: tocaba el claxon, tres toques, siempre ta-ta-tá, y el Pirrín ladraba, y nosotros gritábamos “¡mi papá!” y bajábamos corriendo los dos pisos a recibirlo, emocionados. Eso sucedía cada mediodía y cada noche. Luego, a comer. Mi papá y mi mamá, con sus cubiertos especiales, de plata, que alguien les regaló cuando se casaron. Dos cucharas y dos tenedores, pesados, grandísimos. Para mi papá, y sólo para él, sentado en la cabecera, servilleta de tela. Los demás, de papel. Y si se sentaba y no estaba la dichosa servilleta, diario limpia, armaba unos numerazos.

Eso, y los ruidos. Tenías que comer con sumo cuidado. Ay de ti si sorbías estruendosamente la sopa. Ay de ti si bebías del vaso haciendo ruido, o tronabas cualquier chicharrón o caramelo cerca de él. Se encabronaba muchísimo. “Parecen yeguas”. Melodramático, de cualquier cosa hacía una escena. Por ejemplo, con las sopas misteriosas de mi mamá, que eran sobras de tantito pollo y tantitas verduras, molidas en la licuadora. No podía tolerar esas “cremitas sospechosas”, y gritaba que se cagaba en la mar salada, y retiraba lejos el plato, y actuaba como de tragedia. Claro que se las acababa comiendo. O por ejemplo, cuando, como todos los días, tenía el cigarro prendido en el cenicero mientras se comía la sopa. Y mi mamá, con voz suplicante, le decía, “Vicente, apaga tu cigarro mientras comes”, y a continuación el inevitable “¡Coño, Lola, déjame en paz!”, y luego el cigarro que, muy enojado pero muy obediente, apagaba en el cenicero.

Algunas veces viene alguien a comer. Cuando soy muy chiquita, vienen mis abuelitos Celestino y Ester. Mi mamá les dice “papacito” y “mamacita” y les habla de usted. Les damos cuadritos de queso manchego de botana, y un tequilita. Mi abuelo se pone sal en el dorso de la mano, cerca del pulgar, con el puño cerrado, y luego la lanza hacia su boca abierta. Después, en la tarde, me cuenta cuentos, las aventuras de una bruja, que él inventa. Cuando vienen mis otros abuelos, Juan y Paz, no les dan tequila. Les dan Fundador.

Otras veces viene mi tía Ester, desde Tepexpan, con o sin hijos, con o sin mi tío Nito. Me pongo feliz desde que oigo su voz y sus tacones en la escalera. Llega muy cansada, con mucho calor, y pide una bata y unas chanclas prestadas y se quita el vestido y los zapatos. Cuando viene mi tío Nito, el Pirrín ladra más que de costumbre, como que lo odia, y mi tío lo cocorea todavía más, bailándole un tremendo zapateado, y entonces el perrito acaba huyendo, muerto del susto.

Cuando hay visitas mi papá se porta mucho mejor: no hay regaños. Puras carcajadas. Y eso que mi tío Nito a veces mastica tronando las cosas.

Mis tías las Pedregosa casi no vienen a comer; sólo mi tía Cándida. Las otras nada más en los cumpleaños.

Veo en la sala más antigua, antes de que compraran el piano, la primera televisión. Redondita, metida en otra gran consola que tenía puertas. Creo que era "Zenith". Los primeros programas que recuerdo son uno de títeres que se llamaba algo así como *Jaudi dudi* y otros actuados en vivo, como teatritos, que se llamaban *Nera la Pirata* y *Dick Turpín*. Luego, las series gringas: *Ivanhoe*, *Cisco Kid*, *El llanero solitario*, *Hopalong Cassidy* y el maravilloso Rin-tin-tín. También me gustaba ver el *Teatro Familiar de la Azteca*, donde actuaban Lorenzo de Rodas y Carmen Molina, y a veces mis amados Enrique Rambal y Angel Garasa.

También en la sala, frente a la televisión, veo la mecedora, que siempre rechina, que ha durado cuarenta años y que siempre fue el lugar de mi padre.

Veo a mi papá irse a su cuarto, a dormirse su siesta de quince minutos, después de comer. Nos dice: despiértame a las cuatro. Y cada vez que vamos, dice entre sueños: otros cinco minutos. A la tercera vez, se levanta heroicamente, pide un café, se peina, se pone el saco y se vuelve a ir.

Algunas tardes, veo a Susana en la mesa. No quiere comer. Mi mamá, enfurecida, le da la comida a fuerzas, mientras le jala los pelos.

Otras tardes veo a Vicente sentado en la misma mesa. Trata de hacer la tarea. Mi mamá está junto a él. Le pregunta: cinco por siete. Y Vicente dice veintidós. Sale coscorrón inmediato. "Treinta y cinco, estúpido, treinta y cinco".

Algunas noches, mis papás salen; van al cine o a cenar con algunos amigos. Nos dejan con las muchachas. Entonces nos portamos mal. No puedo recordar exactamente qué hacemos. Tal vez vaciar el bote de talco en el pasillo para poder patinar en calcetines. Probablemente los que se portan más mal son mis hermanos; yo no. Ricarda dice: "Van a ver cuando lleguen sus papás". Pero nunca nos acusa. Por fin llegan: oigo el ruido de las llaves, entran, y mi mamá dice, con voz dulce y bienhumorada: "¿Cómo están, mi vida?"

Veo las paredes del comedor llenas de los platos que atesora mi madre. Hay uno muy principal, de plata, que es el premio de

poesía, legendario, que se ganó mi abuelito Celestino en unos Juegos Florales.

Pero eso sería después. Antes de los platos, lo que predomina en esa casa son los relojes. Hay quince o veinte. Mi padre, desde el tiempo de la joyería, los colecciona, y según él los sabe arreglar. A veces no puede, pero se pasa horas, en las noches, dándoles cuerda, armándolos y desarmándolos, atrasándolos y adelantándolos. Hay el reloj principal, de caja, en el comedor, que todavía sigue funcionando, y que es el más grande, con péndulo y con campanas muy sonoras, tipo Big Ben, que tocan cada cuarto de hora. Hay el que está arriba del piano, neoclásico, de mármol negro, que también tiene campanitas, pero más discretas: Tin, tin, tin. Ese está prohibido sacudirlo o tocarlo porque es muy delicado y se para. Hay varios medianos, con cajas de madera tallada, y que tienen en la portada columnas, dóricas, jónicas y corintias. Hay uno chiquito, con caja de cristal y con el mecanismo visible. A veces les pone el silenciador, pero a veces todos suenan a la hora en punto.

Sobre un mueble del comedor está mi favorito: Luisiana. Mi papá lo bautizó así, y es una estatua como de treinta centímetros, dorada, de una dama como *nouveau*, con su túnica tipo romana, y que tiene un brazo extendido y un dedito como señalando algo. Y luego, aparte, el reloj propiamente dicho: la carátula redonda, dorada, con números romanos, y con un extremo largo, que funciona como péndulo. Hay un agujerito entre carátula y péndulo. Parece de magia. Coges el reloj, lo acomodas en el dedito de la Luisiana, le das un empujoncito y ya. Se mueve solo, tic, tac, para allá y para acá.

Finalmente, el reloj se rompió, pero la estatua, aunque remendada, está arriba de mi vitrina del comedor. Porque yo, como mi madre, también tengo vitrina en el comedor.

La vitrina de ella era enorme, y tenía espejos y puertas correderas. Su contenido era la vajilla elegante y las copas y vasos para cuando hubiera visitas, y entre la cristalería, revueltos, los recuerdos. Por ejemplo: el Niño Jesús de porcelana, que era de su abuela. El muñeco japonésito que le trajo mi tía Marta de Japón. El cenicero con La Cibeles pintada que le trajeron de España. El Don Quijote chiquito de plata. Algunas tacitas para el té, finísimas. Algún idolito, auténtico, de jade o de ónix. Una familia de elefantitos. Todo sobre carpetas blancas tejidas a gancho, seguramente por mi abuela Paz.

Veo aquella casa en la noche, silenciosa. Mi papá ya se acostó. Mi mamá ya terminó de ver su película de Errol Flynn o de Gary

Cooper. Después de pegar algunos botones y de zurcir calcetines con su huevo de mármol y su dedal, lava los últimos trastes, recoge cualquier cosa que no esté en su lugar, apaga todas las luces y pone el pasador en la puerta.

Mientras camino hacia mi recámara, voy oyendo los tic-tacs. Me voy a dormir, sintiéndome segura.



23 | Memoria mestiza

Historia, memoria mestiza. Castiza. Ceniza. Pesquisa. Memoria con color de confesión, autobiografía entretrejida con las otras memorias platicadas y las otras vidas vividas, con las otras negaciones y los otros olvidos y los otros espejos.

Hipótesis y sospechas. Deducciones y búsquedas.

Memoria revuelta con inventos inventados. Correcciones voluntarias e involuntarias de los hechos y los mitos, deformación caprichosa, ficción inconsciente que ya no se acuerda pero bien que le compone a los sentimientos, a las palabras, a las figuras, a los tiempos.

Mis palabras mestizas. Lenguaje híbrido, idioma ecléctico y sincretista. Crónica y fábula, doble discurso bipolar o ambivalente, andrógino y paralelo. Género ambiguo, polimorfo y polisémico, verborreico, reiterativo, eterno y circular.

Vida relatada, vida interpretada, ni novela ni ensayo, ni épica ni lírica ni dramática, es decir, ni chicha ni limonada, sino lo que viene siendo, más bien, mejor dicho, ya viéndolo con cuidado, de chile, de dulce y de manteca.

La Real Academia Española dentro de mí, hablando con sus reglas de oro pero con su Lengua amexicanada, picosa y devaluada, mutilada y deformada, colonizadora y colonizada, corregida y aumentada y cocinada y mejorada por la bola infinita de pendejos y de pinches y de chiles y tomates y pozoles y tamales y de todos toditos, de tochos morochos todanos toledanos los hijos de la chingada y los chavos y las chavas y los rucos y las rucas y los muchos otros dichos y susodichos que los acompañan.

Memoria mía que no es tan mía. Memoria conformada por lo que me dijeron y me contaron y me enseñaron. Identidad prefabricada que se quiere volver a fabricar y que siempre regresa a los álbumes y a los viejos y a los cantos y a la repetida historia que me dijeron que era su historia y mi historia.

Historia y memoria compartida, memoria de aquí y de allá, mi memoria, nuestra memoria, española, criolla, mexicana y mestiza.



24 | Altar de muertos

Como desde hace muchos años, pongo, hoy dos de noviembre, el altar de muertos. Nadie de mi familia lo puso nunca. No es entonces aprendido de mi madre ni de mi abuela, ni siquiera de mi suegra. Es un altar ecléctico. Tiene elementos de mis visitas a Michoacán, a Guanajuato y a Oaxaca y de mis múltiples lecturas y fotos repasadas y narraciones oídas. Tiene también un cierto sabor defeño que he aprendido de la gente de mi pueblo actual, Contreras, y lo demás responde a mi muy propia y particular estética que me sale no sé de dónde, de un pasado más antiguo y más oscuro, que vengo trayendo desde hace quinientos años.

Este mi altar de muertos, desde cuándo se está gestando dentro de mí. Desde cuándo lo empecé a poner. Desde cuándo estoy juntando flores amarillas y frutas y ajonjolí.

Habrà sido desde que iba a la Preparatoria, donde me empecé a sentir a mis anchas con aquello de que *por mi raza hablará el espíritu*.

Desde que empecé a tejer las grandes amistades mexicanas que me durarían toda la vida. O desde aquel novio amadísimos, mexicano, que tuve a los dieciocho.

O será desde aquel día, yo ya mayor de edad, en que, cuando fui a pedir mi pasaporte mexicano a la Secretaría de Relaciones Exteriores, me hicieron subir a una oficina especial, y con toda solemnidad me preguntaron si quería yo de veras elegir ser mexicana y renunciar a mi derecho a la nacionalidad española, y yo con alegría firmé mi renuncia a la fidelidad al gobierno del Generalísimo Francisco Franco Caudillo de España por la gracia de Dios.

O será desde antes, algo que está en mi sangre gracias a mi tatarabuela india, que llevo en el corazón aunque no sepa su nombre, o será el recuerdo de las caricias y el calor de mis nanas morenas, que me acompañaron toda mi niñez.

Habrà sido mi madre, tan cumplidora de las tradiciones, que me heredó México concentrado en Guanajuato, con su nostalgia por

la Casa Grande y por el piano de su tía Coya y por toda esa Suave Patria de López Velarde. Con sus eternas veladoras, sus nacimientos, sus viernes de Dolores con su vigilia y sus romeritos, y la Semana Santa con su visita a las siete casas. Con su amor por los patios y las fuentes y los corredores, y por el perico aquel de su tía Chabela, que cantaba *Corazón Santo* y el Himno Nacional.

O será herencia de mi padre, que me enseñó a amar a México con esos sus ojos de español maravillado; de hijo adoptivo agradecido, con su espíritu aventurero descubriendo pueblos y mercados y viejas iglesias, con su amor por los volcanes y las pirámides de Teotihuacán y el mar de Veracruz con su café de La Parroquia y el de Acapulco, con su quebrada y su arena y sus conchitas. Mi padre, con su coche siempre listo, con sus ganas de viajar por esta tierra y de llevarnos a conocerla desde que nacimos.

El caso es que desde mi juventud universitaria, España se me fue alejando. Se me fue convirtiendo en una serie de temas de alta cultura, y me sumergí en Lope y en Federico García Lorca, y Don Quijote dejó de ser un adorno de vitrina o un dicho familiar para volverse un libro maravilloso que leí con gran deleite y asombro dos veces seguidas. España se convirtió en ganas de viajar, en mito reconocido, en unos parientes lejanos que estaban en Madrid, y aunque me sabía versos de Machado y de León Felipe de memoria, España se me volvió simplemente otro país que estaba en Europa, y los españoles se me volvieron extranjeros a veces bastante insoportables, y empecé a reconocermé más en las voces queditas y en la cortesía rebuscada que en los gritos y las brusquedades y me fui quedando más bien con lo mexicano como modo natural de vivir.

Pero primero pasé por el otro extremo. Todo mexicano, y nada más lo mexicano. Bueno, a veces podíamos admitir algo de Guatemala, de Venezuela o de Argentina. Esto tenía que ver con la mentalidad que adoptamos los jóvenes sesenteros y con el afán latinoamericanista que traíamos todos. Empecé a volverme fanática de las artesanías, de la música folklórica auténtica, no creas que de la de los mariachis, porque eso era una deformación, y renegué en ese paréntesis hasta de Agustín Lara, y me pasaba mis fines de semana metida en el Museo de Antropología descubriendo las maravillas de mi glorioso pasado, gozando pieza por pieza, comentando el arte prehispánico con mis amigas y alternando estas visitas con nuestras idas a los conciertos de la Sinfónica y al Museo de Arte Moderno, descubrien-

do al mismo tiempo a Picasso y a Matisse que a Diego y a Frida y a Orozco y a Tamayo.

Y luego, me acabé encontrando con el que sería mi marido. Blanco y barbado, por supuesto, aunque mexicanísimo —tataranieto de gallegos y dizque descendiente directo del Virrey Conde de Revillagigedo— y cultísimo, artista, revolucionario, además hijo de folcloristas mexicanos ilustres. Y entonces sí como que se juntó la tos con las ganas de toser y empezamos a darnos el lujo de andar disfrazados todos los días con huipiles y con huaraches, con jorongos y con rebozos, sin mucho problema de discriminación porque al fin y al cabo nunca nadie nos iba a confundir con indios verdaderos, y nos casamos en típica boda a la usanza de nuestro momento histórico, vestidos de manta rebordada, y la iglesia llena de mercadelas y pinceles morados, nada de nardos ni de azahares, porque eso era de pequeñoburgueses, y aunque éramos católicos, éramos católicos progresistas, y hasta vivimos un tiempo en una “comuna” que fracasó rápidamente porque los únicos que trabajábamos éramos mi marido y yo, y desde entonces y durante muchos años mi casa ha parecido el Museo de Culturas Populares.

Mi casa, con su patio en el centro, rodeado de macetas con geranios, con helechos, con aretillos. Mi casa de adobe con tejas en el techo, pintada de rosa por fuera y de blanco por dentro. Mi casa mestiza, que podría estar igual en Andalucía que en Morelia. Con su cocina llena de jarritos de adorno, con sus mosaicos azules, con el cucharero de Pátzcuaro para las cucharas de palo. Mi casa con sus resabios de San Felipe y de Tepexpam. Con sus amates extraordinarios pintados por manos indias colgando de las paredes de la sala, cerca del poyito, junto a los cuadros modernos más buenos que nos podíamos comprar antes de que la cosa se pusiera tan difícil para los profesores universitarios, y junto a nuestras propias obras de arte, las pinturas y esculturas que hicimos con nuestras propias manos.

Mi casa que ha ido perdiendo el aspecto de tienda de *Fonart* por el uso y el desgaste de la vida cotidiana, por la presencia de mis hijos, que tienen sus propios objetos y adornos, por los dos millones de libros que amenazan con invadir todos los rincones, por sus muebles viejos, que no antiguos, que le dan su verdadero estilo actual: *providencial mexicano*. La vitrina del comedor, heredada de mi suegra; la mesa, horrible, único vestigio de la comuna; el roperito que era de la tía Amalia y que sirve para los vasos; la cómoda de mi cuarto tipo danés, que ni modo, porque no me cabe la ropa, y que tiene encima el Sagrado Corazón y la consiguiente carpetita que eran

de mi abuela Paz; la cajonera del cuarto de los niños, *chiffonier* le dicen, que nos dio la tía Chabe; mi viejo piano tapado con un tapiz español medio chafa a falta de mantón de Manila, y que tiene encima un pequeño Quijote de madera que era de mi papá; mis objetos varios obsequiados por mi tío Eulogio; cosas y chunches que nos han ido regalando a través de los años las tías o las suegras o los hermanos porque siempre hemos estado más o menos necesitados y siempre hemos sido alegremente receptivos.

Y el mexicanismo y el folklorismo se me fue convirtiendo, como en mi casa, en una identidad providencial mexicana. Una nacionalidad que se me ha ido volviendo menos turística y también menos malinchista, una nacionalidad menos perfecta y menos estereotipada. Ser mexicana ya no es ni vergüenza pura ni puro orgullo, y es una mezcla de remiendos y de crecimientos, y de amor y de dolor espantoso, como estar enamorada para siempre, y que más bien ya no pretendo entender qué es.

Hoy estoy sola, en mi casa, comiendo con mis muertos.

Hoy compartimos el mole poblano, el arroz, la calabaza en tacha. El pan con azúcar color de rosa. Las naranjas, los plátanos morados, el vaso de agua. Y el brandy Fundador y el tequila Sauza y el café y los cigarros.

Desde sus fotos, ellos me miran. Les pongo música, les pongo uno de nuestros discos favoritos: Romanzas de Zarzuela, con Alfredo Kraus. Más tarde les pondré vales de Ricardo Castro y de Felipe Villanueva, y luego los Churumbeles y *México Lindo y Querido*, con Jorge Negrete.

Esta vez mi altar no es un adorno folklórico ni un puro pretexto para hacer fiesta y borrachera y que digan mis amigos que qué bonito me quedó. Hoy la ofrenda es en serio: simplemente la presencia rotunda de mis muertos. Cada vez son más, cada vez hay más fotos sobre el mueble del comedor.

Los compasúchiles no son sólo flores de bonito color que contrasta con el morado de los alhelíes. Son flores de muerto, flores de tumba, amarillas, solemnes y tristísimas, que huelen a tierra húmeda, a hierbas de panteón, como la palabra "difunto". Las veladoras arden litúrgicas, sagradas. Las calaveras de azúcar me miran fijamente a través del humo del copal y me transportan a mi pasado y a mi futuro. Mi altar, hoy, es un altar de reconciliaciones y de herencias. Es encuentro, es comunión, es paz. Es ofrenda y es perdón.

Es adelantar mi muerte y probar con mucho cuidado el mole para que no se me olvide a qué sabe y cuando esté muerta y venga a comer de esta mesa me acuerde de esta tierra y de esta casa y de todo. Es saborear despacio las cosas para sentir lo que sienten ellos una vez al año cuando vienen, cuando me acompañan y los acompaño, cuando llegan muertos de sed de agua y de gente.

Les puse arriba el Cristo, y de un lado la Dolorosa y del otro la Virgen de Guadalupe. El brandy Fundador es para mis abuelos Juan y Paz. El tequila, para los otros abuelos, Celestino y Ester. Hay unos dulces de Guanajuato: se llaman alfeñiques. El café es fundamentalmente para mi padre, cuya foto está en el lugar de honor, aunque claro que lo puede compartir, y sus cigarros. Este año, además de Del Prado, hay Salem mentolados y, como siempre, la coca cola de mi tía Lines.

Y en resumidas cuentas te pones a pensar que no importa tanto dónde naciste. Más bien importa a quién amaste, qué paisajes te rodearon mientras soñabas, dónde nacieron tus hijos, qué comida te nutrió. Y dónde, finalmente, te fuiste a morir.

Quién les iba a decir a ustedes que iban a acabar amasados con esta tierra, para toda la eternidad. Ya se chingaron. No están ni en Yunquera ni en Madrid, ni en el país vasco. Ni siquiera en Guanajuato. Su patria finalmente resultó ser México, Distrito Federal, y están entre cempasúchiles, no entre claveles, y su carne y sus huesos florecen cada año en milpas y en nopales y en platanitos rojos a más de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar.

A ustedes los aventureros, los esforzados, los valientes, los soñadores viajeros, a ustedes los poetas, quién les iba a decir que se iban a quedar amarrados a este corazón y a este libro y a esta casa, y que iban a venir año tras año a Contreras, a comer mole con tortillas



El cuidado de esta obra estuvo a cargo de
Norma Castro Quiteño.

La primera edición
se terminó de imprimir en abril de 1994.

La segunda edición
se terminó de imprimir en diciembre de 1995.

Diseño e impresión de portadas:

Eduardo Contreras S.
Av. División del Norte 2657-3
Del Carmen Coyoacán
C.P. 04100

Interiores:

Rogelio Ramírez Gil.

En la composición se utilizaron tipos
Times y Helvética en tamaños 7, 9, 12, 14, 18, 24 y 36
puntos.

El tiraje de la primera edición fue de
1,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

El tiraje de la segunda edición fue de
500 ejemplares más sobrantes para reposición.

Impreso en:

JL, Servicios Gráficos, S.A.
Monrovia 1101 Bis,
Col. Portales
C.P. 03300

DEMAC

José de Teresa 253, Tlacopac, San Angel.
01040 México, D.F.
Tel. 593 58 50 / Fax 680 39 00